ALEXANDER PUSHKIN

Diario secreto 1836-1837

Este «diario secreto» del último año de la vida de Pushkin (el texto más buscado en Rusia durante casi siglo y medio, y sacado clandestinamente de la extinta U.R.S.S.) constituye algo más que el testamento vital del gran poeta ruso: es una visión insólita sobre la vida, la muerte y… el sexo. Y es que en vísperas del duelo que le costaría la vida, el gran Pushkin muestra en efecto la cara oculta del hombre al que admiró toda Rusia: su sed de escritura y de goce sexual, las dificultades de la vida conyugal, sus complejas relaciones con el zar Nicolás I, pero, sobre todo, su necesidad de coleccionar mujeres, a pesar de estar casado con una de las más grandes bellezas de la Corte imperial.

Aleksandr Pushkin

Diario secreto 1836-1837

ePub r2.0
Titivillus 11.08.2019

Aleksandr Pushkin, 1986
Traducción: Olga Volkonskaya
Prólogo: Mijail Armalinsky & Olga Volkonskaya
Ilustraciones de Alexander Pushkin, extraídas de sus manuscritos

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Prólogo a la edición en español

El libro que tiene en sus manos ha provocado discusiones, escándalos, protestas y hasta juicios en todo el mundo.

No vamos a ocultar la verdad: varios expertos en la vida y obra del gran poeta ruso Alekxandr Pushkin (1799-1837), consideran éste una falsificación.

«Es una falsificación insultante que ofende la memoria del genio de la poesía rusa», afirma el famoso pushkinólogo Ilya Iilbershtein en un artículo publicado en la revista moscovita *Ogonyok (Fueguecillo)*.

«Así no se pensaba ni se hablaba sobre el sexo en el siglo pasado. Es un invento comercial de los tiempos modernos», asegura el crítico Alekxandr Rosliakov, del periódico *Novedades de Moscú*.

«No es obra de Pushkin, sino de un escritor judío desconocido. Un tal Mijail Armalinsky, quien emigró de Rusia en los años setenta. Al parecer un hombre con un gran complejo de inferioridad sexual», dice el periódico *Pravda (Verdad),* citando los títulos de los otros libros de este mismo autor, editados en Estados Unidos: *Coitus* (un almanaque de la literatura erótica rusa), *Un folklore erótico infantil, Por dos lados del orgasmo*, y otros más.

«Pushkin pudo haberlo escrito, ya que en verdad fue un gran mujeriego, de conducta licenciosa y disipada en el San Petersburgo de aquel entonces», dicen los oponentes, citando las memorias de los contemporáneos del poeta, además de sus propias confesiones.

«Pushkin era un verdadero “erotómano”», afirma el periódico *Globo*, de Israel.

«Sí, ésta pudiera ser obra de Pushkin, pero para su goce interno, nunca destinada de antemano a la imprenta», advierte el periódico *Smena*, de San Petersburgo.

«El de Pushkin, después de 50 años, deja de ser secreto y se convierte en público», proclama el diario *Panorama* de Los Ángeles.

El famoso escritor soviético, ya fallecido, Yuri Naguibin, al visitar los pueblecitos aledaños a Moscú y San Petersburgo que fueran propiedad de la familia de Pushkin, anotó en su diario:

> Pushkin se manifiesta allí con una inmoralidad muy especial e idílica. La hacienda Trigorskoye ha tenido desde entonces un ambiente de burdel dado por Pushkin, quien se acostaba con la vieja condesa Osipova y con sus hijas, con Ana Kern, la dueña de una hacienda vecina, con varias campesinas, con las muchachas de la servidumbre, y con todas las mujeres que se hubieran allegado al lugar, aunque sólo hubiera sido por breves momentos.
>
> La profunda honradez de la gente local se pierde por completo, adquiriendo una inclinación total hacia «el erotismo pushkiano»: ¡Allí no se resisten los llamados intensos del cuerpo!

La biografía de Pushkin, escrita por Yuri Naguibin, es la única en su género: por primera vez en la historia de la literatura rusa se quita un brillo de la crestomatía de la imagen del gran poeta. Lo muestra tal y como era en realidad, sin idolatría, ni galas retóricas.

Durante toda su vida, el gran poeta rebelde se mantuvo siempre bajo doble vigilancia: la policiaca y la moral. El Tercer Departamento del Ministerio de Asuntos Interiores, es decir, el servicio secreto de la Rusia zarista, tenía un expediente secreto de Pushkin, tan amplio, que contenía toda la información sobre sus contactos íntimos con las mujeres más bellas de Moscú y de San Petersburgo. Un soplón anónimo escribió: «El límite a su inmoralidad, así como su grado de perfección en la misma, estaba al nivel de su propio talento».

«Hay en él algo salvaje… africano», aseguraba Petr Viazemsky, un famoso poeta ruso del siglo pasado. «Pushkin lleva una vida tan desordenada y depravada, que lo podría destruir».

Y era verdad… Pushkin llevaba en sus venas sangre africana. Sus antepasados, por parte de su madre, procedían de Etiopía. Su bisabuelo Ibraguim Gannibal era negro, y cuando tenía ocho años lo compró como

esclavo el embajador de Rusia, en Constantinopla, para regalárselo al emperador ruso Pedro el Grande. En ese entonces se había puesto de moda en la Corte el poseer entre la servidumbre uno o varios negritos, utilizados como pajes. Pedro el Grande lo educó como a un hijo y lo mandó a estudiar a un colegio en Holanda. A su regreso, le otorgó un título de nobleza y le regaló un gran terreno con una hacienda, cerca de San Petersburgo. Gannibal se casó con una rusa, y así se formó una nueva generación en la nobleza de San Petersburgo.

Pushkin estaba muy orgulloso de su bisabuelo y describió su extraordinaria vida en la novela *Un negrito de Pedro el Grande*.

Por la línea paterna, sus antepasados procedían de la antigua nobleza rusa, remontándose hasta la mismísima familia de los primeros zares de Rusia: Riurikovich, de origen escandinavo. Esta mezcla de sangre probablemente formó el carácter del futuro poeta: impulsivo, irascible, explosivo, impetuoso y rebelde.

Pushkin estaba siempre en conflicto con la alta sociedad, con el mismo zar y su séquito, con la policía secreta, y con sus censores y críticos. Odiaba las reglas y el protocolo de la Corte: su carrera de empleado público en la Cancillería Rusa, y su graduación como cadete, otorgada por el propio emperador. Se ahogaba en la atmósfera asfixiante de chismes y rumores en la Corte zarista. Se sentía aprisionado en el marco familiar y la vida conyugal. A pesar del amor tan fuerte que sentía por su esposa Nataly, el matrimonio no podía detener su temperamento apasionado. Lo que más amaba sobre todas las cosas era su libertad absoluta.

Por eso era visitante asiduo de burdeles, casinos, restaurantes e hipódromos. Le fascinaban los juegos de azar, las aventuras amorosas y las emociones fuertes.

Por violar las leyes de la censura y por desobedecer las órdenes del emperador, fue exiliado bajo vigilancia policiaca, primero a Moldavia y después al Cáucaso, donde permaneció durante siete largos años.

Como le gustaba perturbar la tranquilidad, era persona *non grata* para el régimen zarista. Cierta vez dijo con gran convicción: «Puedo llegar a ser subordinado, hasta un súbdito, pero nunca jamás seré bufón o siervo ni siquiera del zar celestial».

Al mismo tiempo era un genio reconocido mundialmente. Su fama resonaba por todo el país. Rusia entera se enfrascaba en la lectura de sus libros. Sus versos se copiaron a mano y se aprendieron de memoria. Siempre se mantuvo rodeado por una multitud de apasionados admiradores, quienes captaban cada palabra de sus libros. Aún en vida, Pushkin se había convertido en el ídolo del público, en el dueño espiritual de sus almas.

Cuando la mente y el corazón de una persona elegida se transforman, por medio de una chispa divina, se le coloca más allá de las nubes, muy por encima de la muchedumbre. Y las medidas comunes y los criterios normales no son aplicables a él. Impetuosamente se coloca encima de las leyes, reglas y costumbres de la moralidad universal, subraya Alekxandra Arapova-Lanskaya, hija del segundo matrimonio de Nataly Pushkin, en sus memorias, recientemente publicadas en San Petersburgo.

Ella no oculta de los admiradores del poeta la verdad que le confesó su madre, antes de morir.

Pushkin se enamoró a primera vista de Nataly al verla en un baile. Fue un *coup de foudre*, como dicen los franceses. Ella apenas contaba con 16 años, mientras que Pushkin había cumplido ya los 30. La sociedad estaba asombrada de su belleza divina, clásica y majestuosa. Con su vestido blanco y transparente, y una diadema de oro sobre su cabeza, aquella jovencita parecía un ángel. Alekxandr Pushkin no pudo apartar la mirada de ella, de tal manera que cuando regresó esa noche a su casa escribió los siguientes versos:

Estoy enamorado, estoy encantado y totalmente «engoncharovado»; debido a que el apellido paterno de Nataly era Goncharova.

Su bendición nupcial tuvo lugar el 19 de febrero de 1831, en una pequeña iglesia ortodoxa en el centro de Moscú. Después de la boda, los jóvenes cónyuges se trasladaron a San Petersburgo. Y junto con ellos, las hermanas mayores de Nataly, Ekaterina y Alekxandra, quienes aprovecharon para alejarse de la tutela tan estricta de la madre, generando problemas y desgracias a la pareja de recién casados.

Después del primer año, el matrimonio empezó a ser una carga muy pesada para el poeta. La pasión por su esposa se había enfriado poco a poco. Esto se debía a varias causas: los frecuentes embarazos de Nataly (en

seis años de matrimonio dio a luz a cuatro hijos: un varón y tres niñas), las preocupaciones cotidianas de la vida, la falta permanente de dinero, simplemente el transcurrir del tiempo… Cualquiera que haya sido la causa, el matrimonio empezó a ser insoportable para Pushkin. Su actividad creativa no necesitaba un puerto seguro, sino una tormenta, un torbellino de sensaciones fuertes para enardecerse y transformar sus versos en obras maestras.

«Frecuentemente Pushkin regresaba a casa en la madrugada, después de pasar toda la noche en compañía de mujerzuelas o simplemente jugando cartas con los amigos», confesaba Nataly a su hija mayor. «Siendo enteramente celoso y rayando en la locura, justificaba su infidelidad de hombre como una cuestión genética, fatal y sofisticada, sin prestar mucha atención al daño que estaba provocando en el alma de su propia esposa. Llegó hasta a contarme sus aventuras amorosas, con todos los detalles».

«Únicamente las mujeres podían entender la profundidad de sus sufrimientos, la desesperación de su soledad, el dolor de su alma, a lo largo de interminables noches solitarias; mientras que su marido se la pasaba en la alegría despreocupada», escribe su hija Alekxandra y rinde un homenaje a la paciencia de su madre, al dominio de sí misma, a su bondad y amor sobrehumanos y a la capacidad de entender y perdonar a su famoso marido.

Nataly se daba cuenta de que no era nada fácil vivir con un genio. Al revisar la vida de los genios de todos los tiempos y pueblos, aseguramos que casi todos ellos sacrificaron su felicidad personal en aras de la fama y la inmortalidad. Y casi nadie pudo hacer felices a sus seres más cercanos.

«Hubiera querido dar felicidad a toda la humanidad, pero no pude darla ni siquiera a una sola alma viva», subraya el mismo poeta.

¿De veras tuvo relaciones íntimas hasta con las hermanas de Nataly, que vivieron en la misma casa? ¿En realidad fue tan depravado y desenfrenado en sus deseos y pasiones?

Alekxandra, la hija de Nataly, afirma que se llevó a la tumba este secreto, pues Nataly nunca, ni con una sola palabra, había reprochado a sus hermanas acto semejante. Hasta su muerte siempre sintió por ellas un afecto tierno y profundo.

Solamente la vieja nodriza, que siempre estaba en contra de Alekxandra y Ekaterina, decía que Dios las castigaría por su negra actitud… La anciana confesó una vez que un siervo doméstico de la familia había encontrado la cruz de Alekxandra, al estar arreglando la cama de Pushkin. En ese entonces Nataly estaba por dar a luz. La nana dijo con gran convicción: «Sin duda alguna, Alekxandra y Ekaterina han cometido un gran pecado. ¡Que Dios las perdone!».

La aparición en 1833 de un oficial francés: Georges D'Anthès, hombre muy apuesto, elegante, joven (24 años en aquel entonces), alegre, imprudente y frívolo, en la alta sociedad de San Petersburgo, desempeñó un papel fatal en el destino de Pushkin. En el *Diario Secreto*, el poeta confiesa los sufrimientos insoportables que le causó en el alma Georges D'Anthès. Un ídolo para todas las mujeres de la Corte. El favorito de la familia imperial rusa e hijo adoptivo del barón Hekkeren, embajador de Holanda en Rusia. D'Anthès se enamoró a primera vista de Nataly y se casó con su hermana mayor Ekaterina, aun sin quererla, sólo para estar más cerca de su querida Natalia.

Nataly, la mujer más bella de Rusia, sin lugar a dudas le correspondía; sin embargo ella anteponía su deber matrimonial y familiar.

Hasta ahora todo el mundo sigue preguntándose: ¿Era fiel a su famoso marido? ¿Lo traicionó con D'Anthès o no? ¿Tuvo ella la culpa de la muerte trágica del poeta?

El mismo D'Anthès, antes de su muerte, confesó a uno de sus amigos que nunca tuvo relaciones íntimas con Nataly. En su última cita, Nataly le dijo: «Sé que mi marido me engaña. Tampoco le voy a ocultar que lo amo a usted, como nunca he amado a nadie, pero no pida más que mi corazón, pues el resto no me pertenece. No podría ser feliz de otra manera más que respetando mi deber. Arrebatada por la pasión, podría abandonar a mi marido, pero usted no tiene en cuenta una cosa: soy la madre de cuatro hijos pequeños. Si los abandonara en bien de mi pasión criminal, me vería ante mí misma como la mujer más vil del mundo. Entre nosotros todo está dicho ya y le suplico, señor, que me deje en paz».

Ésas fueron sus últimas palabras y jamás volvió a ver a D'Anthès. Pero para los enemigos de Pushkin esta cita fue el pretexto para encender el

fuego de los celos.

Al día siguiente, el poeta y todos sus amigos recibieron una carta anónima que informaba:

> Los caballeros de la orden de los cornudos, encabezados por el gran maestro, el conde de Naryshkin [su esposa fue amante del zar durante muchos años] unánimemente eligieron a Alekxandr Pushkin como vicepresidente de la orden e historiador oficial…

La intriga contra el poeta se cerró. El duelo fue inevitable. Aunque, a decir verdad, no era un duelo entre el marido ofendido y el amante persistente e inconmovible. Era un asesinato político, planificado y organizado en el palacio del emperador. Pushkin y su esposa cayeron en la trampa, víctimas de las intrigas y provocaciones de la alta sociedad. A D'Anthès le tocó el papel de verdugo: ejecutar la sentencia de muerte, y este seductor del siglo pasado lo hizo a sangre fría… He aquí las memorias del testigo de este desafío:

> El duelo tuvo lugar el 27 de enero de 1837, a las cinco de la tarde en los alrededores de San Petersburgo, detrás del río Negro. La distancia entre los rivales era de 20 metros. Cada uno debería hacer cinco disparos para acercarse a la barrera. Ninguno tuvo el privilegio del primer disparo. Se podía disparar en cualquier momento. En el caso de que ambos fallaran, tenían entonces que empezar de nuevo, bajo las mismas condiciones. No se permitiría una discusión personal o explicación entre los adversarios… Hacía mucho frío. Pushkin tenía puesto un abrigo de piel de oso ruso y fue el primero en acercarse a la barrera y en apuntar su pistola. Era un tirador muy bueno, sin embargo D'Anthès logró disparar una décima de segundo antes que él…

Dos días después, el 29 de enero de 1837, a las 2:35 de la tarde, Pushkin moría a causa de las graves heridas provocadas por el disparo. El zar Nicolás I, al saber la noticia, dijo: «Hacemos que Pushkin muera como cristiano», y agregó que iba a tomar a su esposa y a sus hijos bajo su tutela.

Una necrología escrita por el conocido poeta Odoevsky empezaba con las siguientes palabras: «Se ha puesto el sol de la poesía rusa…».

«¡Dios mío, que metáfora tan fuerte! ¡El sol de la poesía! ¡Vaya! ¿Por qué tan grande honor?», se indignó el Emperador…

¿Cómo se desarrolló la vida posterior de los otros participantes en este drama?

Un mes después del duelo D'Anthès, odiado por todo el pueblo, fue deportado de Rusia con su esposa Ekaterina y su padre adoptivo, el barón Hekkeren. Regresó a su patria, a Alsacia, una provincia de Francia. Ekaterina (Koko) dio a luz cuatro hijos. Su matrimonio no fue feliz. Nunca pudo superar la indiferencia y la frialdad de su marido y murió en 1843 de fiebre puerperal. D'Anthès la sobrevivió casi treinta años, terminó su vida maldecido y olvidado por todos.

Alekxandra (Aza), la otra hermana de Nataly, se casó a la edad de cuarenta años con el viejo barón austriaco Frizengoff y se mudó a Viena. Muy pronto enviudó y se fue con su única hija a Hungría, donde murió sin conocer realmente la felicidad amorosa.

En 1844, siete años después de la muerte de Pushkin, Nataly se casó con Petr Lanskoy, un general del ejército zarista, dio a luz tres hijas más y murió a la edad de 51 años, en 1863. Su segundo marido la adoraba, y todas las noches al acostarse le decía: «Estoy un día más cerca de mi querida Natasha». La sobrevivió catorce años y fue enterrado junto a su esposa en el Panteón de la Gente Ilustre de San Petersburgo.

El padre de Nataly tenía razón al afirmar que Dios había mandado una maldición que perseguía a toda la familia y descendientes por generaciones de los Goncharov.

Ninguno de los descendientes de Pushkin heredó su don poético.

Al leer este *Diario Secreto*, posiblemente cause impacto la develación de los sentimientos más íntimos del gran poeta. Estas notas no fueron destinadas a los ojos ajenos. En una de las cartas a su esposa, Pushkin subrayaba: «Nadie se puede meter en la intimidad de nuestra cama. Sin secreto y sin misterio no hay amor, ni matrimonio».

Hace cien años Oscar Wilde dijo: «Me propuse como meta llevar las reglas de la decencia, hasta la indecencia, y si esto fuera insuficiente, hasta

el crimen». Y fue condenado a cuatro años de cárcel por inmoralidad.

Hace cuarenta años, en París, se publicó la primera novela pornográfica (*Lolita*) del escritor de origen ruso Vladimir Nabokov, donde la perversidad era una evolución natural de la perfección espiritual.

La revolución sexual del siglo XX hizo posible la publicación del de Pushkin. Su contenido trasciende lo meramente pornográfico, pues la profundidad de sus reflexiones, el análisis de sus propias actitudes, los cuestionamientos existenciales y espirituales que contiene y las revelaciones de ese espíritu que se vierte compulsivamente en el papel, nos revelan a un hombre íntegro consigo mismo, consciente de su próxima muerte y sediento de volcar sus aspectos más oscuros como una forma de desahogo, como una confesión final ante la certidumbre de su destino ineluctable.

Olga Volkonskaya

Nota del editor

El manuscrito del *Diario secreto* de Alexander Pushkin es una obra de culto cuya paternidad, atribuida al gran poeta ruso, sigue siendo objeto de controversia, como se verá en el prefacio.

Con todo, nos ha parecido interesante publicarlo en español pues si el manuscrito fuera de Pushkin, aportaría unos matices nada desdeñables a la vida y a la obra del gran autor ruso.

Un prefacio necesario

Cuando en 1976 decidí emigrar a Estados Unidos, me vi en la necesidad de vender mi biblioteca para reunir dinero para el visado de salida.

Por mi apartamento pasó un sinfín de amigos y desconocidos que deseaban adquirir mis libros, que costaba mucho encontrar en la Unión Soviética. Entre ellos destacó la presencia de un señor de edad avanzada, modales refinados y actitud respetuosa, que se presentó como una relación de un conocido mío, a quien yo no recordaba en ese momento, y no le di la mayor importancia, ya que lo que más me interesaba era que compraran los libros, sin importar quién.

El invitado se presentó como Nicolai Pavlovich. Me llamó la atención el brillo extraño que había en sus ojos, una luz que emanaba de tiempos remotos y que, al transcurrir los años, en lugar de extinguirse, se acrecentaba más. De entre los libros de historia rusa, Nicolai Pavlovich escogió varios. Sin embargo cuando le dije cuánto pedía por ellos, sólo compró uno, aduciendo que en ese momento no traía consigo dinero suficiente. Quedó en pasar al día siguiente por la noche para adquirir los demás y así lo hizo. Cuando llegó, inmediatamente entablamos una conversación. Le propuse tomar una taza de té y aceptó con gran alegría. Sus dientes blancos castañetearon sobre la taza y me explicó, un tanto confundido, que todavía no se acostumbraba a su nueva prótesis.

De pronto, Nicolai Pavlovich me preguntó si de verdad me disponía a partir al extranjero. «Si me lo permiten…», contesté. Mi respuesta lo animó notablemente y apuró una segunda taza de té, con más confianza, y ya sin ruido.

Durante la charla me enteré de que vivía solo, en un barrio cercano al mío. Era historiador y el interés de sus investigaciones se centraba en la

primera mitad del siglo XIX. Cuando le hablé de mí, me pidió mis versos. Se los di y en lugar de leerlos ahí mismo, me los pidió prestados. Los enrolló y los guardó en el bolsillo interior de su chaqueta. Me gustó el detalle. Todo acerca de él me cayó muy bien. Al observarlo de espaldas podría pasar por un hombre de mediana edad, aunque su cara, cuello y manos revelaban, sin lugar a dudas, su verdadera edad avanzada.

Días más tarde Nicolai Pavlovich vino a verme de nuevo y conversamos hasta avanzada la noche. La poesía fue el tema esta vez. Me preguntó si iba a llevar mis escritos conmigo y le contesté que lo pensaba hacer a través del embajador de Holanda. Fue entonces cuando me pidió que hiciera lo mismo con su manuscrito. Me aseguró que éste no tenía nada antisoviético; que sólo eran las notas de un diario de finales de los años treinta del pasado siglo. Nicolai Pavlovich había trabajado muchos años descifrando el texto, que estaba codificado en francés con alguna anotación en ruso y, al final, gracias a sus conocimientos del francés pudo descifrarlo completamente y traducir el texto al ruso.

Me interesaba sobremanera saber de quién era el diario. Sin embargo, Nicolai solamente me dijo que iba a ser una gran sorpresa para mí, siempre y cuando asintiera en sacarlo de la URSS, por medio del diplomático holandés. Yo acepté y Nicolai quedó en entregarme el diario el día antes de mi partida; entonces había ya recibido el permiso para emigrar y estaba recabando los papeles necesarios para el visado.

—¿Y por qué no trata de editar el diario aquí? —le pregunté con la mayor ingenuidad— Si tiene interés histórico pueden publicarlo aquí mismo. Siglo y medio ponen fuera de peligro cualquier acontecimiento.

—Usted se equivoca, joven —repuso Nicolai—. No importa cuántos siglos hayan pasado para un ídolo. Si todavía es ídolo, es intocable.

Llegó la noche de mi partida y yo esperaba cada vez con mayor impaciencia a Nicolai. El taxi que me iba a llevar a la estación de ferrocarril Moscovsky esperaba fuera. Quedaba menos de una hora para la salida del tren. Nicolai no tenía teléfono y, aunque sabía que vivía cerca, no tenía su dirección exacta. En el momento en que decidí no esperarlo más, sonó el timbre de la puerta. Era él. En sus manos traía la carpeta. Con la respiración entrecortada me dijo que el ascensor estaba averiado y había tenido que

subir los cinco pisos por la escalera. Puso la carpeta en mi maleta y me acompañó al taxi.

—Le llamaré. ¡Que Dios lo bendiga! —dijo al despedirme.

Apenas me alejé en el taxi, abrí la carpeta lleno de curiosidad. En la primera página estaba escrito con grandes letras: «A. S. Pushkin. Diario secreto. 1836-1837». En la siguiente página la escritura era pequeña e ilegible. El interior del coche era oscuro. Apenas se podían distinguir algunas palabras. Así que decidí leerlo en el tren.

Mi litera estaba en la parte baja, y frente a mí tenía a una mujer gruesa, una sindicalista. En la litera de abajo había más cuerpos.

El ferrocarril salió sin retraso. Decidí tomar la carpeta y me dirigí hacia el baño con la esperanza de poder leerlo tranquilamente ahí. La enorme cola frustró mis intenciones y regresé a mi cama, justo en el momento en que la luz se apagaba y todos se pusieron a dormir. Accioné el interruptor de mi lámpara de noche y para colmo no funcionaba. Pasaba de medianoche y decidí posponer la lectura para el día siguiente, si bien iba a ser una jornada complicada, antes de que abrieran la Embajada de Países Bajos.

Cuando llegué a la Embajada mi sorpresa fue enorme. Había una enorme cola, alrededor de la cual se paseaban los *milicianos*. Me puse a la cola y me resigné. Si quería ser recibido ese mismo día por el embajador, no debería separarme de ahí en ningún momento. Tampoco podía arriesgarme a leer ahí el manuscrito.

La Embajada abrió sus puertas. Mientras esperaba mi turno para ver al embajador, cruzaron por mi mente las extrañas y simbólicas coincidencias: recibí el diario de Pushkin de manos de su tocayo, el emperador Nicolai I y lo iba a entregar a través del embajador holandés, que en tiempos se llamaba Haeckeren. El texto llegaría a Occidente, adonde curiosamente Pushkin soñó en viajar inútilmente un día…

Cuando estuve frente al embajador, le hice mi petición, aprendida de memoria en inglés, para que sacara del país los manuscritos por medio de su Embajada; sin darle mucha importancia al asunto se negó con cierta indolencia.

Decidí usar una estrategia: dejar la maleta, como si se me hubiera olvidado, cerca de la silla del embajador, al tiempo que le hacía cualquier

pregunta para distraer su atención. Más tarde entendí que había captado perfectamente mis intenciones.

Me despedí de él preocupado de que me llamaran para hacerme entrega de mi maleta olvidada por «descuido». Pero nadie me llamó.

Regresé a Leningrado aliviado y sin el equipaje propio y el ajeno. Estaba impaciente por ver de nuevo a Nicolai para que me diera una copia del diario y poder leerlo sin que se interpusiera ningún obstáculo. Nicolai no me llamó ni me buscó. Los pocos días que tuve antes de mi partida hacia el extranjero, todo fueron prisas y carreras. No tuve ni el tiempo ni la manera de dar con sus señas.

Un año después de mi llegada a Estados Unidos, recibí un paquete que contenía mis manuscritos y el diario de Pushkin. Lo leí inmediatamente. Quedé estupefacto por la franqueza de la descripción de los detalles más íntimos del famoso escritor.

Sabía que las notas del diario de Pushkin, conocido por todos, llegaban hasta el año de 1835. También conocía los rumores, que se habían tornado en leyenda, acerca de que en los últimos meses de su vida había escrito otra parte de su diario, bajo la condición legal de que no se publicara sino hasta transcurridos cien años desde su muerte. Alrededor de este mito había leído asimismo muchas notas y artículos de los buscadores de este famoso diario y de los crímenes cometidos para obtenerlo.

Sin embargo, no había que ser un experto sobre Pushkin para advertir que las notas que llegaron a mis manos están muy lejos del estilo y del uso del idioma del gran poeta ruso. La explicación es lógica si tomamos en consideración que Nicolai Pavlovich lo había traducido del francés y carecía del talento de un estilista; por esto, tal vez haya sido mejor que el manuscrito original haya estado escrito en francés, ya que la traducción le permitiría dar connotaciones modernas al texto antiguo, acercándolo más a la época contemporánea.

Así ocurre con Shakespeare, cuyo arcaísmo lírico se hace, cada vez más ajeno y lejano para las nuevas generaciones de lectores ingleses, mientras en Rusia y para los rusos sigue siendo tan actual como antes, debido a que el idioma se está refrescando constantemente con traducciones nuevas. El lenguaje de un escritor, por más brillante que sea, se añeja y envejece. No

así sus ideas implícitas en los textos, que vivirán para siempre en la humanidad, renaciendo cada vez en cada traducción que se haga de ellas. Por esto no es el estilo del escritor, sino sus ideas, las que van a ser un estímulo para la traducción de sus obras en el futuro. ¿Acaso no es una paradoja que llegue el momento en que a Shakespeare sólo lo van a leer en su texto e idioma original unos cuantos, mientras que los lectores extranjeros siempre lo admirarán debido a las nuevas traducciones que se hagan de él? Y para conservar el interés por el poeta en su propia patria, a Shakespeare tendrán que traducirlo a un inglés actual o acorde al vocabulario de las nuevas generaciones. Un buen ejemplo de esto mismo puede ser en Rusia *La oda sobre el ejército del príncipe Igor*, obra de la antigua poesía épica rusa, que actualmente sólo se lee en traducciones del lenguaje original.

Por esto el francés del diario de Pushkin suena tan actual, gracias a su traducción a la lengua rusa moderna.

Naturalmente que al leer el diario brotaron en mi mente un sinnúmero de dudas y preguntas que no tienen respuesta, como: ¿Dónde está el original? ¿Cómo llegó este libro a manos de Nicolai? ¿Con qué código estaba escrito? ¿No será una falsificación o una imitación? ¿Sabe alguien más de la existencia de este diario?

Y por último una pregunta que me hice a mí mismo: ¿Hace falta publicar estas notas tan íntimas?

Mientras seguía con mis interrogantes, me dispuse a hacer una copia a máquina, por si la necesitaba para enseñársela a alguien. Menos mal que lo hice, porque poco después salí en un viaje de negocios y el manuscrito de Nicolai Pavlovích desapareció de mi apartamento, de la manera más misteriosa e incomprensible.

Afortunadamente la copia estaba a salvo en otra parte. Este incidente fue el que me obligó a pensar seria y detenidamente en la publicación del diario. Tuve miedo de enseñarlo a cualquier persona, por su naturaleza «explosiva». Si caía en manos de alguien sin escrúpulos, podría publicarla sin mi consentimiento.

También tuve miedo de que al publicarlo otro lo sometiera a una censura moral, para no difamar un nombre tan ilustre, ya que Pushkin no

sólo es un ídolo en la URSS, sino que lo es para todos los admiradores de su literatura en el mundo.

Sin embargo, a pesar de las muchas reflexiones que me hice, decidí publicar el manuscrito que recibí de Nicolai Pavlovích.

La reputación literaria de Pushkin es tan fuerte, que ni siquiera su reputación personal puede sacudirla. AI contrario, este diario es un excelente manual para la investigación de la naturaleza humana, pues gracias a su vigencia nos une con nuestro pasado y con el futuro.

Mijail Armalinsky
Minneapolis, 1986.

Alexander Pushkin

Diario secreto 1836-1837

Dedicado a mi esposa

Mi destino empieza a realizarse: desafié a duelo a D'Anthés[1]. ¿Acaso no es la muerte violenta a manos de un hombre rubio que me predijo una alemana[2]? Ya siento el poder del destino, que se está convirtiendo en realidad, sin tener la posibilidad de evitar esta amenaza, pues el deshonor es peor que la muerte.

El deshonor es una tormenta que crece del viento generado por mí. Me está destruyendo. D'Anthés asume la forma de esas represalias del destino que están provocadas por mi débil carácter. Al desafiar a D'Anthés, me parezco a Jacob, que luchaba contra Dios. Si triunfo, impugnaré las leyes de Dios, y la verdad reinará en los cielos para siempre.

Mis contemporáneos no deben saber tanto de mí como les estoy permitiendo a las generaciones futuras. Tengo que cuidar el honor de N. y de mis hijos. Mas no puedo detenerme y debo confesar mi alma en el papel. Es esta enfermedad incurable de escribir. Enfermedad mortal, pues mis contemporáneos me matarían por esta franqueza de mi alma y por las revelaciones que hago, si llegan a conocer este diario. Pero las futuras generaciones ya nada podrán hacer conmigo, ni con mis biznietos, ni tataranietos, pues la distancia en el tiempo hace que las acciones más reprochables se conviertan solamente en historia. A diferencia del presente, la historia no es ni peligrosa, ni ofensiva, sino amena y didáctica.

No quiero llevarme a la tumba mis pecados, mis errores, mis dudas y mis tormentos. Son demasiado grandes para dejar de ser la base de mi monumento.

Dentro de unos doscientos años, cuando seguramente quede abolida la censura en Rusia, al que primero le van a publicar su obra es a mi compatriota Barkov[3], y solamente después este diario, aunque me es imposible imaginar una Rusia sin censura. Por eso mi diario va a ser

publicado antes que nada en Europa, o más probablemente en América. Es sombrío pensar que en ese tiempo ya no sólo no estaré vivo, sino hasta mis huesos estarán totalmente putrefactos…

Miro mi mano que escribe estas líneas y trato de imaginarla muerta, como parte de mi esqueleto, enterrado bajo tierra. Y aunque sé que mi destino es inexorable, me falta capacidad para imaginarlo. La certeza de la muerte es la única verdad inapelable y, pese a ello, lo más difícil de aprehender intelectualmente, mientras que cualquier mentira la aceptamos, la reconocemos fácilmente y sin siquiera pensar.

La muerte de Delviguel[4] fue un signo trágico, estremecedor e inequívoco símbolo de que la última parte de la predicción de la adivinadora alemana había empezado a realizarse. En ese momento todavía no lograba entenderlo; sin embargo, ahora todo es tan evidente, tan pleno de significado. El anillo que se perdió durante nuestra ceremonia de bodas y una vela que se apagó en el momento crucial me convencieron sin lugar a dudas de que nada bueno surgiría de mi matrimonio. Al fin y al cabo somos nosotros quienes construimos nuestro propio destino.

Sin desanimarme por esas premoniciones, me consolé pensando anticipadamente en el goce de esa primera noche nupcial con N.[5], de las prematuras alegrías de poseer a la mujer más bella de Rusia, y rogaba a Dios para que esa alegría se prolongara para siempre en mi vida matrimonial.

Ese gran deseo por una felicidad perfecta me conducía al matrimonio, como una cura mágica a mi libertinaje y a mi melancolía. Era un intento de escapar de mí mismo, al no ser capaz de cambiar ni tener el valor suficiente de ser de otra manera.

Nataly fue mi suerte fatal. Regateé con su madre para obtenerla, la acepté sin dote y me llené de deudas para pagar la fiesta de la boda. Una vez comprometidos y mientras esperaba la fecha del matrimonio, pensé que

iba a cambiar radicalmente toda mi vida a partir del juramento de fidelidad eterna, promesa que quería cumplir con toda sinceridad.

Antes acostumbraba tener hasta cinco mujeres al día. Conocía perfectamente la amplia gama de vaginas, sus modos de hacer el amor y lo que diferenciaba a una mujer de otra. Ese anhelo por estar en la cama con una nueva mujer no permitía que mi pasión se aletargara, y la búsqueda constante e infatigable de mujeres era la esencia de mi vida.

Cuando vi a Nataly por primera vez, comprendí que había pasado algo inevitable. El ávido deseo por poseerla fue tan desmesurado, que no pude resistirme a desposarla. Eso ya me había ocurrido antes, pero nunca con tal fuerza. Jamás había sentido tal éxtasis de admiración hacia ninguna otra mujer que hubiera yo elegido. Una vez aceptada mi propuesta matrimonial tomé ventaja de mi condición de prometido y busqué quedarme a solas con ella el mayor tiempo posible. La abrazaba y hacía que mi mano recorriera lentamente sus senos redondos y púberes, y con mis uñas excitaba sus pezones. Nataly se ponía roja, aunque no hacía nada por retirar mi mano y sólo acertaba a musitar:

—Por favor, no. Mamá podría verlo…

Su madre es una verdadera prostituta, enojada con todos porque nadie le hace caso más que los mozos que cuidan los caballos, en Polotnyani Zavod[6]. Ella estaba dispuesta a acostarse conmigo, pero, como era natural, nunca le demostré el más mínimo interés. Maltrataba a Nataly y a sus hermanas, y las oprimía, peor que si estuvieran en un claustro. Yo gozaba con la idea de convertir su claustro en mi harén personal. Aunque siendo el novio oficial de Nataly, yo me reprochaba por esas fantasías tan pecaminosamente adorables; pero no podía liberarme de ellas.

Adoraba a mi monja y planeaba paso a paso el proceso de convertirla en una verdadera artista de la perversión, con toda la habilidad de que se puede ser capaz, pero mis planes nunca se realizaron y tal vez por eso la quiero todavía.

Nuestra luna de miel fue todo un aprendizaje lento y obediente; sensual y sexual. Yo estudié milimétricamente el lenguaje de su cuerpo y Nataly aprendió a responder dócilmente a mi pasión. Mi experiencia y su esmero la

condujeron a menudo a ahogar los gemidos de sus orgasmos, que eran para mí como la música de una sinfonía llena de voluptuosidad.

Poseer esa belleza ideal, pura y, por añadidura, virgen, es la máxima felicidad a la que puede acceder un hombre. Su intensidad era tan fuerte, que no podía durar mucho tiempo. Cuando estaba inmerso en mi nueva esposa, abrazándola profundamente, sintiendo sus movimientos cadenciosos, que no eran todavía una entrega total debido a su natural vergüenza, sentir su aliento tibio sobre mi oído me llevaba a un estado de exaltación sólo comparable, quizá, al que hubiera tenido Dios en el momento de la creación.

¡Qué alegría para mí era conducir a mi Nataly por los senderos sinuosos del placer y la pasión hasta el paroxismo del dolor exquisito del orgasmo! Cuando por primera vez la volví de espaldas, se abrieron ante mí sus nalgas redondas, firmes y nacaradas. Como sus piernas eran muy largas, tuve que levantarme más de lo normal para poder penetrarla cuando ya me esperaba con una ansiedad apenas reprimida. Le pedí que bajara su espalda para que me abriera su sexo y pudiera sentir la exquisita sensación de mi miembro dentro de ella. No me entendió, y en lugar de recostarse sobre el colchón se encorvó de espaldas. No pude más que echarme a reír a carcajadas ante esa acción tan inocentemente ingenua. Ella se descontroló. Se volvió para verme y entonces puse mi mano sobre su espalda y la empujé hacia abajo, como el maestro que, con mano suave y firme a la vez, enseña a su dócil y ávida alumna. Una vez entendida la lección y sintiendo el rigor de mi sexo que arremetía contra el suyo, en un momento dado entendió el porqué de mi petición y de improviso también se echó a reír, sintiendo que con su risa provocaba convulsiones que aprisionaban una y otra vez mi pene, endureciéndolo con cada manifestación de su alegría. Ella también lo sintió en su sexo y pensaba que para sentir la fuerza y la rigidez de mi miembro y querer aprisionarlo tenía que reír para provocar esas convulsiones. Luego intenté en vano que apretara con rigor mi pene, para aprisionarlo y que le llegara hasta lo más hondo en cada movimiento espasmódico. Todavía era

inexperta, así que tuve que hacerle cosquillas o provocar su tos, para que entendiera el mecanismo y lo hiciera suyo.

Esa noche tuvo solamente un orgasmo. Quedó satisfecha y no quiso seguir. Tener a una esposa bien servida en el sexo es una virtud muy valiosa, pues de esta manera nunca te molesta cuando tiene ganas de hacer el amor y tú de dormir.

Siempre me sentí como si hubiera engañado a la Naturaleza. Yo, un enano con cara de mono, poseyendo a una diosa; y ella no es capaz de apreciar lo bueno que soy para hacer el amor, porque para ello tendría que hacer comparaciones que espero nunca permita Dios.

En los primeros días de nuestro matrimonio acordamos decirnos todo el uno al otro, sin ocultarnos nada, incluyendo los pensamientos más íntimos. Sabía de antemano que yo nunca iba a cumplir ese acuerdo, pero quería inculcar a Nataly un sentido de responsabilidad y una necesidad de compartir conmigo sus penas y alegrías. Lo más importante era que yo no me enojara, dijera ella lo que dijera, pues correría el riesgo de que en lo sucesivo tuviera miedo de ser totalmente franca conmigo. Siguiendo esta regla tuve que contenerme para no demostrarle mi tormenta de indignación o de celos por los relatos que escuché.

Nataly aceptó el acuerdo con toda seriedad. Al contestar a mi pregunta sobre sus aventuras amorosas anteriores, confesó que cuando tenía catorce años había sido invitada, junto con su madre y sus dos hermanas, a un baile en el palacio del zar[7]. En un momento en que se encontraba sola, se le acercó una bella doncella de la Corte y le susurró al oído que el emperador quería verla. Mi chiquilla comenzó a temblar del miedo, aunque con docilidad siguió a la doncella, quien la condujo hacia un despacho donde se encontraba el zar sentado en un sillón. Después de presentarla, la doncella se retiró sigilosamente. El emperador se levantó y se instaló en un sofá más cómodo y amplio, e hizo que Nataly se sentara junto a él. Al tiempo que le hacía preguntas subía lentamente su vestido cada vez más y más.

Ella no se atrevió a moverse, y contestó las preguntas lo más ampliamente que pudo. Cuando el lujurioso soberano separó sus piernas, ella sintió «cómo olas de calor la inundaban por completo». Así me describió sus sensaciones. Súbitamente alguien llamó a la puerta y Su

Majestad se levantó inmediatamente, arregló el vestido de Nataly y salió del despacho. En ese momento apareció la doncella que la había llevado hasta ahí y la acompañó de regreso al salón donde se encontraban los invitados bailando.

La madre de Nataly se preocupó por su ausencia, pero cuando la dama de honor le explicó que había sido presentada al zar, se calmó y sólo miró a Nataly con suspicacia. Su hija estaba todavía tan perturbada por lo sucedido, que ya en casa decidió preguntarle si había estado a solas con el emperador. La respuesta fue afirmativa e inmediatamente agregó que no por mucho tiempo, debido a que habían llamado al zar de inmediato y que casi no tuvieron tiempo de charlar tranquilamente.

—Eres una mentirosa —le dije, tratando al máximo de controlarme.

Nataly me contestó que ella nunca mentía, que tan cierto era lo que le contó a su madre que ella no hizo más preguntas.

Cuando Koko[8] fue dama de honor, le prohibí que fuera a vivir a Palacio, lo que provocó que el zar se enojara aún más conmigo.

Recuerdo perfectamente que cuando el zar le dio dinero para nuestra boda, Nataly se mostró un tanto confusa. Y cuando fuimos a Zarskye Selo[9], la residencia de verano del zar en los alrededores de San Petersburgo, mi esposa trataba por todos los medios de evitar todo encuentro con él, y para pasear escogía los lugares más retirados.

Sin embargo, una vez, al caminar junto al lago nos topamos frente a frente con la pareja real y la emperatriz invitó a mi esposa a visitar el palacio. A nuestro regreso a casa, un tanto molesta, Nataly comenzó a decir que no quería frecuentar más la Corte, ni en general a la alta sociedad… Todo eso me pareció muy sospechoso y fue entonces cuando le saqué la verdad de aquel encuentro furtivo con el emperador.

Desde hace mucho sabía yo del lascivo comportamiento del zar y de su pasión por las jóvenes de la Corte castas y virginales. Lo constaté por las confesiones de una doncella, a quien curaba yo de los nervios haciéndole el amor y dejándola de esta forma totalmente calmada. Así que la confesión de Nataly no fue una sorpresa para mí, aunque lo que más me dolió fue saber que también mi esposa había formado parte de los «cuadros vivos» del emperador. La verdad era que Su Majestad había prestado juramento de

fidelidad a la emperatriz y precisamente por eso no podía engañarla con nadie, pero solía hacer que las bellas jóvenes de la Corte se desvistieran y, una vez desnudas, les separaba las piernas para poseerlas a distancia, como se admira un cuadro de inmaculada belleza visual. Su exaltación hacia esta imagen de bellezas desnudas e intocables llegaba al clímax cuando, al masturbarse, terminaba arrojando su abundante semen una y otra vez sobre las caderas redondas e iridiscentes de las jóvenes. Así las poseía y, sin tocarlas, las hacía suyas. La emperatriz no lo ignoraba, pero sentía que de esa forma no le era infiel.

Muchas damas de honor padecían esas inocuas relaciones con el zar y N. creía que eran inocentes.

Nataly temía que el zar volviera a empezar con sus cortejos. Incluso llegó a decirle, una vez que trató de aislarla, que yo era tan celoso que era capaz de matar a cualquiera por el solo hecho de pretender mirarle el sexo. Desde entonces el zar dejó de intentar seducirla. Constaté que él me tenía miedo y que sería feliz si yo muriera, ¡el muy hijo de puta!

Así empecé a lamentar este acuerdo de sinceridad que le había propuesto a Nataly, pero estaba dispuesto a aceptar todas las consecuencias agradables y desagradables de este pacto. Ignorar sus pensamientos amenazaba con hacerme un cornudo, lo que para mí era la situación más insoportable y repugnante de cualquier hombre. Yo mismo había disfrutado un sinnúmero de veces de la ignorancia de los maridos de mis amantes y veía sus recién crecidas cornamentas todavía invisibles para todos, excepto para mí.

Un día, cuando quise una vez más confirmar mi poder sobre el cuerpo de mi mujer, la más bella de Rusia, me dijo:

—Quiero confesarte otro secreto muy íntimo.

—¿De qué se trata? —e inmediatamente me puse en alerta.

—Ya no quiero más sexo. Sólo quiero dormir. Estoy muy cansada.

Aliviado, me puse a reír.

—Puedes dormir como un tronco y yo te voy a hacer el amor dormida.

Y tal como lo acordamos, le hice el amor a mi «bella durmiente» intentando no despertarla. Ni mis besos ni mis caricias lograron quitarle el sueño. He aquí lo que es la vida y no un cuento de hadas…

Una vez apostamos a que tendría un orgasmo aun sin quererlo. Siempre he sabido que la falta de deseo en una mujer se puede convertir en un arrebato de pasión cuando el hombre sabe hacer bien su trabajo. Nataly mostraba tal indiferencia, que no imaginó lo fácil que podía desaparecer dicha indiferencia.

Le serví champaña y comencé a excitarla durante media hora, que fue lo suficiente para hacerla gritar invadida de placer. ¡Cómo la adoraba en esos instantes de éxtasis impetuoso!

Cuando ella entraba al aseo, yo la perseguía. Al principio se negaba rotundamente a hacer sus necesidades en mi presencia, pero yo no la dejaba sola hasta que mis besos, mis súplicas y lo imperioso de la situación la hacían ceder.

Sus olores y sonidos, todo lo que emanaba de ella me excitaba tremendamente. Siempre me ha impresionado la transformación de una diosa en una mujer mortal. En la cama muchas mujeres llegan a semejarse a las diosas. Sin embargo, detrás de la puerta del baño la magia desaparece. Viendo a Nataly me liberaba de la veneración excesiva que me impedía, a menudo, dominarla como mujer.

Todo el poder de las mujeres bellas de la Corte consiste precisamente en la ilusión de su divinidad, que resulta delicioso disipar sin ceremonias. Oh, grandiosa sabiduría tan conmovedora… Al ver a una beldad, la más inaccesible, sabes muy bien lo que tiene entre las piernas y por qué, y hacia dónde va cuando desaparece del salón de baile.

Cuando tenía seis años, vi un libro de ilustraciones de diosas desnudas. Con un goce anticipado, temblaba al ver sus rodillas cerradas y los contornos verdaderamente divinos de sus caderas. La cabeza me daba vueltas de admiración. Pero al mismo tiempo percibí claramente que algo extraordinario e importante se me estaba ocultando. El pequeño sexo de Olga[10], que siempre me mostraba con prontitud cuando se lo pedía, no podía ligarlo en mi imaginación con el enigma del cuerpo femenino adulto. Presentía que las mujeres tenían su cueva misteriosa y profunda, pero nunca

pensé que, para verla bien, necesitaba separar sus piernas. Cuando se abrieron ante mis ojos las entrañas de una mujer, lo primero que hice fue tomar un candelabro para disipar la oscuridad. Cuando confronté la verdad, entendí, desde ese instante, que estaba predestinado a servir a la divinidad que se encuentra entre las piernas de la mujer, y cantar los sentimientos que ellas provocan. Una mujer puede parecer una diosa, pero sólo porque en cada mujer se oculta una diosa verdadera entre sus piernas.

Cuando era soltero, pensaba que el matrimonio con una muchacha joven, bella y de buen corazón me llevaría irremediablemente a la paz y a la libertad, atributos de la felicidad verdadera. ¡Ay! Sin embargo la vida nos trae o la paz o la libertad. Nunca las dos juntas. La paz se adquiere por una actitud de callada resignación y sumisión, pero en ella no hay espacio para la libertad. La libertad, en cambio, induce a aventuras interminables pero, entonces, ¿dónde queda la paz…?

A pesar de mi sentido común, presentía la necesidad de casarme y ésta incrementaba con ardor mi lubricidad al ver frente a mí a cualquier joven belleza. Estaba dispuesto a casarme de inmediato con quien fuera, siempre y cuando no me resultara vergonzoso frecuentar con ella la alta sociedad. Olenina[11] y Sofía[12] no quisieron tener un marido loco. Nataly no tuvo otra opción. De esta manera Dios me puso a prueba.

Me había asegurado ante mí mismo un matrimonio calculado, a sangre fría, y sabía que mi experiencia me protegería de vanas esperanzas e ingenuos errores. Pero mi concepto del matrimonio era una mera teoría pura, pues no pueden entenderse las pasiones, hay que vivirlas. Sólo un sentimiento puede tocar el corazón y sólo el corazón puede enriquecer el intelecto. Toda mi experiencia consistía en ser el amante, nunca el marido.

Mi deseo carnal por Nataly no duró ni dos meses. Sabía que la pasión se desvanece muy deprisa, pero nunca verdad tan conocida me deprimió tanto, pues por primera vez se relacionaba con mi propia esposa.

Apenas terminada la luna de miel, ya no sentía ese dulce estremecimiento por el goce anticipado cuando Nataly se desvestía ante mí. En sólo dos meses, la conocía de memoria como amante. Ya no era capaz de sorprenderme. Sabía de antemano los movimientos que iba a hacer, la tonalidad de sus gemidos, la manera de aferrarse a mí, y cómo iba a suspirar en el momento final, liberador y relajante.

Sus olores ya no lograban despertar ese deseo de abalanzarme sobre ella como ocurría antes. Dejé de percibirlos. Como si fueran los míos. Incluso el sabor del queso alemán me excitaba más que su olor, porque me hacía recordar a otras mujeres…

Me equivoqué rotundamente al pensar que podría moldear a Nataly y enseñarle dócilmente todo lo que yo sabía, quería y me excitaba. El talento no se puede enseñar, hay que nacer con él, al igual que con el don para el amor. Nataly, en cambio, había nacido para la coquetería.

Lo que yo llamo refinamiento, para Nataly era libertinaje. La capacidad de sentir con voluptuosidad no es talento para el amor. Es un deseo tan fuerte, y excitado con tanta facilidad, que la vergüenza y aprensión desaparecen por completo.

Las mujeres con talento para el amor se convierten en sus esclavas y son las amantes perfectas, pero malas esposas. De nuevo, en la vida hay que escoger entre una buena esposa o una amante extraordinaria.

Mi caso me provee del mejor matrimonio pues, si tuviera una mujer con talento para el amor, me quedaría con una mala esposa. Es más fácil encontrar fuera a una amante experimentada y talentosa que a una esposa dócil, sumisa y obediente.

Entendí muy bien que el temperamento sexual de Nataly era de lo más conveniente para el matrimonio. Si tuviera apetito carnal como el de Z. o el de R., me mataría. Lo que más me humilla no es su frialdad, sino mi indiferencia hacia su cuerpo. Mi corazón no pudo someterse al hecho de que podía acostarme desnudo junto a ella, sin el menor deseo de poseerla por completo. Esto jamás me había pasado con ninguna otra mujer, y con Nataly —la más bella de todas— era como una emasculación a mi hombría. Sin embargo, Nataly ya no despertaba en mí ningún deseo. La miraba impasiblemente y pensaba para mis adentros que si estuviera en ese momento con cualquier mujer, aunque fuera fea, me arrojaría a ella con la lujuria que ya era incapaz de sentir por mi esposa. Mi indignación contra ella iba creciendo cuanto más poderosamente atraído me sentía por otras mujeres.

Lo novedoso de un cuerpo resultaba más fuerte que el amor, más intenso que la belleza, pero no quería que fuese más grande que la fidelidad a mi esposa.

Se aburría excesivamente durante los primeros meses de nuestro matrimonio. Tenía demasiado tiempo libre y ocio. Traté de embarazarla lo más pronto posible, antes de que todo el mundo se enamorara de ella. Durante esas horas muertas, le enseñé a jugar ajedrez. Le di a leer *La historia del Estado ruso* de Karamzin[13]. No había nada que no le causara tedio y aburrimiento, salvo esas novelas francesas tontas y cursis con las que se podía pasar todo el tiempo, devorándolas atenta, ávidamente, con un entusiasmo pueril.

Una vez le leí unos cuantos poemas míos, y los escuchó con tal indiferencia que jamás volví a fastidiarla con mi poesía. Tampoco ella me lo pidió…

En cambio, el placer más grande que puede recibir es un vestido bonito o simplemente un vanidoso halago a su belleza. Esto me conmovió, mas no llegó a amargarme del todo. Sabía que cuando vinieran los hijos, ella tendría por fuerza que preocuparse de asuntos más importantes.

Entretanto, al admirar su bello rostro mientras ella bordaba, veía claramente que sentía más un placer estético que erótico.

Ella había rechazado con indiferencia la mitad de mi vida, que es la poesía, para quedarse con la otra mitad, que es el amor, donde la agudeza de las sensaciones había ya desaparecido, dando lugar a la ternura. Pero se llega a encontrar el éxtasis sólo en el estímulo de las sensaciones.

Yo, que sentía tanto orgullo por mi fama como poeta y como amante, no encontré un lugar adecuado para desarrollar mis talentos en la vida familiar. Nataly alimentaba mi vanidad con su belleza, su bondad y su ingenuidad. Con el tiempo su inocencia se tornó poco a poco en coquetería; la bondad, en sentimentalismo; y me acostumbré tanto a su belleza que llegó a pasar inadvertida. Solamente en público y cuando todos admiraban la hermosura de mi esposa, me sentía orgulloso, lo que a menudo se convirtió en celos.

Por primera vez en mi muy agitada vida empecé a acostarme y a levantarme todos los días, invariablemente, con la misma mujer. La dulzura de la novedad había perdido rápidamente su fascinación. Por eso, y sin pensarlo mucho, cambiaba de amantes o agregaba una más a la muy larga lista, sabiendo también que un hombre casado no debería tener tal comportamiento.

La diferencia entre una esposa y una amante radica en que te acuestas con tu mujer sin ninguna concupiscencia. El matrimonio se considera sagrado por desplazar poco a poco la lujuria, así como por convertir las relaciones conyugales en amistosas o indiferentes, e incluso en enemigas en la cama. Entonces el cuerpo desnudo ya no es pecado, porque no hay tentación ni seducción. Al comprender esto me tranquilizaba y veía con cierta alegría a mi *madonna* con sus grandes e ingenuos ojos. Únicamente así se debe contemplar a una diosa.

La lascivia ocupaba una parte muy limitada en nuestra vida. Nuestros encuentros sexuales estaban oscurecidos por preocupaciones domésticas e

irritaciones diarias. Habíamos matado la pasión, e imperdonable pero inevitablemente el sexo se había convertido en algo habitual y cotidiano.

Miraba entonces la pared, donde estaba colgado un puñal, y sentía que nunca jamás volvería a encontrarme en una gran batalla de pasión ni a sentir el olor caliente de su sangre.

Fue entonces cuando empezaron a perseguirme fantasías sexuales: cosa del diablo, sin lugar a dudas. Por mi mente pasaban todas las mujeres con las que había gozado en diferentes etapas de mi vida. Sobre todo los recuerdos de las orgías secretas e interminables en la casa de Z. me excitaban y hacían que mi sangre hirviera en mi interior.

Cuando llegué a ser su amante, hicimos el amor siete veces la primera noche. Más tarde me confesó que en el mismo tiempo ella había tenido por lo menos veinte orgasmos sin cansarse. Z. era una ninfómana insaciable, cuyo apetito sexual nunca se satisfacía del todo, pero se adaptaba a la capacidad de sus amantes. Cierta vez le dije en broma que no me gustaría que lo hiciéramos con alguien más. Me contestó que a ella también le gustaría. Así pasé de ser el amante a ser el alcahuete, cosa que fantaseaba desde hacía mucho tiempo[14].

Recuerdo que desde niño me excitaba la idea de espiar a los amantes. Más adelante en los burdeles buscaba la oportunidad de mirar a hurtadillas a otras parejas, y si se daba la oportunidad, me reunía después con ellas y con la amiga del momento.

Terminadas sus confidencias acordamos que en el próximo baile me mostraría a un ulano (oficial de la Guardia Real) que le gustara y que no conociera personalmente. A mí me tocaría hacerle la proposición de divertirnos entre los dos con una dama en Kammeniy Ostrov. Naturalmente el nombre y la identidad de ella debían guardarse de forma confidencial. Nos recibiría desnuda y con el rostro escondido bajo una máscara, con el fin de que el oficial no la reconociera. Tampoco debía hablar para que él no pudiera identificar su voz. En caso extremo, ella me hablaría al oído para hacerme saber cualquier deseo concerniente al mencionado caballero.

Cuando en el baile le dije al ulano que una beldad de la Corte deseaba divertirse con nosotros dos, sin ser reconocida, me costó trabajo calmar su impaciencia y esperar a la fecha y hora del encuentro. Juró guardar el secreto y abandonar la casa a la primera petición de la dama. No había servidumbre, así que de acuerdo al plan acordado pasamos directamente a la recámara de la condesa. Llamé a la puerta con un golpeteo convenido y entramos. Cerca de la cama había una sola vela encendida que iluminaba a nuestra amiga totalmente desnuda y recostada en la cama. Al vernos, de inmediato separó sus piernas. Una máscara ingeniosa ocultaba su rostro, haciéndolo absolutamente irreconocible, pero al mismo tiempo dejaba libre lo necesario: boca… nariz… ojos…

Mi acompañante emitió un sonido parecido al del relincho de un caballo. Nos quitamos la ropa lo más rápido posible y nos abrazamos a Z. para apagar la sed de nuestra pasión.

Una hora después la dama hizo una señal, dando a entender que era hora de retirarnos. Ya en la calle, mi socio se extasiaba al recordar lo pasado e intentaba adivinar quién era la dama en cuestión, a lo que yo, con pícara sonrisa, le recordaba su promesa de no preguntar nada acerca de nuestra amante común.

Al día siguiente muy temprano, fui a la casa de Z. para hacer un análisis detallado de nuestra aventura amorosa. En lugar de los favorables comentarios que yo esperaba, se mostró molesta porque mi amigo había pensado sólo en sí mismo, y yo no había sabido dirigirlo. En resumen, habíamos actuado sin ninguna coordinación, cada cual por su lado. Ella consideraba que lo más importante debía ser que el ritmo de nuestros movimientos fuera igual y armonioso.

—Quiero sentir que me está haciendo el amor un hombre experto y hábil con muchos penes, y no como los animales, que sólo piensan en cómo llegar al orgasmo lo antes posible.

Al sentirme ofendido, Z. me calmó y aseguró que no se trataba de mí, pues ya sabía de antemano que la había complacido un sinnúmero de veces. Lo decía por otros hombres, de los que ni valía la pena hablar.

Luego, cuando me confesó que quería a otro hombre más, se puso roja como la grana, no por vergüenza, sino por el deseo que le producía sólo

pensar en estar con tres hombres en la cama. Fue cuando me indicó cómo debía dirigir a los demás, coordinar su ritmo y hacer que se subordinaran. Ése era el secreto y la condición indispensable para participar en nuestras orgías: la subordinación de los otros y yo como director dando las órdenes.

Z. elaboró un plan detallado de los pormenores y me instruyó sobre las posiciones de cada participante. El primero debía estar acostado y ella se sentaría sobre él. El segundo la poseería por detrás, y mi pene estaría en su boca, dirigiendo el ritmo de los demás por la cadencia de mis movimientos.

En caso de que Z. deseara incrementar la melodía pasional, me lo haría saber apretándome una vez con sus dientes. Si quisiera disminuir la intensidad, me apretaría dos veces. Más tarde ensayamos las señales, y después del gran final, y para no dar cabida a ningún intento de conversación, la condesa nos abandonaría de inmediato y a continuación saldríamos del recinto.

Nuestra cita iba a tener lugar en el castillo de unos parientes suyos que habían salido con toda la familia a una hacienda en el campo. Planeamos instalarlos en la sala y cerrar las puertas para que, en caso de sorprendernos la servidumbre, pensara que Z. había organizado una de sus tantas fiestas. Los sirvientes estaban acostumbrados a que la condesa invitara frecuentemente a sus amigos, y se comportara como si fuera la dueña de la casa.

El tercer participante en la orgía fue un amigo del ulano, a quien vamos a llamar K. Ambos eran inseparables y siempre se les veía juntos en los bailes, por eso lo escogimos. Así evitábamos que el ulano le contara todo a su amigo en un momento de debilidad. Al hacerlos partícipes de la orgía, los dos estarían unidos por un secreto común. Y como el que caza encuentra presa… Al día siguiente me encontré al ulano en la avenida Nevsky[15]. Me preguntó acerca de nuestra amiga común y si estaría dispuesta a divertirse de nuevo. Le contesté afirmativamente y le dije que esta vez quería a otro hombre más y le sugerí a su amigo K.

—Será un placer para él, pero ¿habrá suficiente lugar para todos? —inquirió el joven oficial.

—Tus fantasías no podrían competir con las capacidades que ella tiene —le dije, tranquilizándolo completamente.

Poco después nos reunimos los tres en una pastelería, para ponernos de acuerdo en cómo debíamos satisfacer a nuestra Venus. Les advertí que la condición principal era guardar el secreto, y para ello les previne de ir con los ojos vendados, para evitar que reconocieran el castillo y pudieran ponerse sobre la pista de la misteriosa dama.

Después de comentar al ulano su actitud egoísta anterior, diseñé el plan a seguir. Ante todo sería necesaria su absoluta subordinación a mis órdenes y al ritmo que les indicara. K. esbozó una sonrisa un poco burlona, por lo que el ulano lo puso en su lugar, diciéndole que lo que nos esperaba no era una aventura sexual, sino una excepcionalísima posibilidad de procurar un exquisito placer tanto a una mujer como a nosotros mismos.

Repetí que era fundamental no tratar de saber quién era ella, pues los envidiosos de la Corte jamás le perdonarían ese exceso voluptuoso, que es siempre inaccesible para las mujeres de la alta sociedad.

Cuando entramos a la sala del castillo, Z. estaba sobre la alfombra. La cubría una bata de seda, fina y transparente, que dejaba entrever su cuerpo fulgurante y voluptuoso, con esas formas redondas, blancas y firmes. La máscara no interfería con su boca semiabierta, ávida y trémula.

Se levantó, cerró la puerta y besó nuestros labios con lascivia, dándonos así la bienvenida a una noche inolvidable. Después se hincó de rodillas y en forma reverencial bajó los cierres de nuestros pantalones, y uno a uno fue saboreando lenta y amorosamente nuestros penes, que estaban firmes y ansiosos de dar inicio a la erótica batalla. Sin perder tiempo nos desvestimos, mientras ella, sensualmente, se despojaba de la bata.

Como K. era el más excitado, tuve que recordarle las reglas acordadas, y obedientemente se recostó en el suelo para que Z. lo montara como a un corcel brioso, hincando las piernas sobre sus costados; después Z. hizo una seña para que se acercara el ulano, a quien ayudé, con crema, a penetrar sus candentes profundidades.

Ella se revolvió de placer cual potra en brama y proseguí con nuestro plan, trasladándome a su boca, que recibió mi sexo con toda pasión. Combinando armonía y ritmo, empezamos a ejecutar en *allegro ma non troppo* nuestro concierto sexual.

—No olviden que deben seguir mis indicaciones. Nadie puede llegar al orgasmo hasta no satisfacer plenamente a nuestra dama.

Mis ayudantes aseguraron una vez más cumplir con mis órdenes y Z. me agradeció con una mirada llena de satisfacción y de lujuria.

Como antes de llegar habíamos bebido unas copas de champaña, se había incrementado nuestra resistencia, favoreciendo el goce de este grandioso rito sexual.

El final se acercaba y Z. empezó a emitir gemidos de pasión, haciéndome saber con sus dientes y con los movimientos voluptuosos de su lengua y de sus labios que había que incrementar el ritmo, pero el impulso de las caderas de Z. era tan claro que no tuve que dirigir. Como la cadencia aumentaba, mis ayudantes también aumentaron la velocidad y la fuerza. Gozábamos con nuestro gozo y con el de ella, que se agitaba con tal energía que nos llenaba de placer a todos.

Al llegar al clímax Z. lanzó un grito orgásmico en el preciso instante en que yo eyaculaba en su boca, llenándola de espuma. Los otros dos socios llegaron al orgasmo al mismo tiempo. Los cuatro habíamos alcanzado el máximo placer sexual jamás soñado.

No sé cuánto tiempo duramos unidos así. Cuando reaccionamos, K. se deslizó por debajo de ella, quien se dejó caer inanimada sobre la alfombra, como si su cuerpo hubiera perdido la espina dorsal que la sostenía, y que eran nuestros firmes miembros. Yo observaba nuestra obra en común. De vez en cuando una leve convulsión recorría el cuerpo pálido de Z. Unos minutos después se reanimó, con su gracia habitual se levantó del suelo, nos pidió que abandonáramos el recinto, y obedecimos sin desearlo.

Al salir de la casa vendé de nuevo a mis compañeros y los ayudé a entrar al carruaje que nos esperaba. El cochero me miraba con un dejo de miedo dibujado en su rostro. K. intentó quitarse la venda, lo que impedí inmediatamente con un ágil movimiento. Le recordé que había dado su palabra de honor e incluso le amenacé con retarlo a duelo si no la cumplía. K. entendió que no estaba bromeando y no sólo esperó obedientemente mis órdenes, sino que empezó a razonar acerca de la máxima nobleza que un hombre puede hacer por una mujer: llevarla al máximo placer. Después les pregunté a mis colegas, según su punto de vista, qué más podríamos hacer

para que nuestra dama recibiera un gozo sexual mucho mayor. El ulano propuso colocar espejos en las paredes y en el techo como lo había visto en un burdel. K. propuso invitar a un grupo de gitanos para que cantara en el cuarto contiguo.

Yo les sugerí que invitáramos a dos ayudantes más. Nosotros ocuparíamos las mismas posiciones y ellos tendrían que excitar los senos de nuestra dama, acostándose de espaldas, a ambos lados y con las cabezas hacia las piernas de ella, ya que las manos de nuestra amante estarían muy ocupadas acariciando los penes de nuestros nuevos invitados sexuales.

Esta nueva idea los animó muchísimo y empezaron a pensar de inmediato a quiénes podrían invitar. Deberían ser muchachos jóvenes, inexpertos y poco exigentes, para que se satisficieran con un papel bastante secundario: obviamente que nosotros tres de ningún modo íbamos a ceder nuestras posiciones en ese concierto, por muy gentiles que fuéramos.

El ulano recordó que sus sobrinos, de 14 y 15 años, eran vírgenes, y aceptarían cualquier contacto íntimo con una mujer. Acordamos que todo esto yo se lo iba a proponer primero a la dama que había robado nuestros corazones.

Cuando le comenté a Z. nuestro plan, sonrió, reconociendo que la idea de haberme escogido como su procurador sexual había sido una elección perfecta, pues yo sabía leer sus pensamientos. Me confesó que soñaba ya con verse rodeada de esos cinco hombres anhelantes. Y dijo que precisamente ese día iba a pedirme que invitara a dos personas más.

—Sé muy bien que esto no te perjudicará, ni importa entre cuántas personas te compartamos, pues tu brillo jamás se apagará —le dije, y a manera de despedida le di un beso en el vientre, ya húmedo sólo de pensar en nuestro siguiente encuentro.

El plan era que los muchachos besarían los senos de Z. y a una señal mía acariciarían sus piernas, pasando su lengua húmeda sobre el cuerpo de

la hermosa y apetecible mujer, mientras los otros actores pasarían a ocupar sus puestos en las profundidades ávidas de sexo y de lujuria de nuestra dama. Hubo una variación, el oficial y su amigo intercambiarían posiciones. Yo permanecería en mi atril humano dirigiendo con mi «batuta» el nuevo concierto.

Z. me suplicó que en caso de que ella perdiera el conocimiento, me ocupara de que su rostro no fuera develado si se llegaba a caer la máscara, pues en la otra ocasión estuvo a punto de un desfallecimiento. Aunque siempre había estado convencido de que una mujer podía superar un desmayo, ahora descubría que esto podría ser superior a sus fuerzas.

Esta vez debíamos esperarla en un apartamento que alquilaba especialmente para sus citas íntimas y del cual me había dado la llave. Les dije a todos que el apartamento era mío y que lo utilizaba como picadero de soltero, para mis propios encuentros secretos. Fue una dulce mentira que provocó la envidia de mis compañeros.

El apartamento estaba situado en el ala de un edificio de dos pisos y constaba de sala, comedor y recámara. Al llegar, ya había en la mesa cinco copas y cinco botellas de champaña escarchadas, invitándonos a tomárnoslas.

Nos pidieron esperar en la sala y al calor de las copas; pensé que nunca antes había estado en este apartamento y de pronto sentí un arrebato de celos, por compartir a una mujer como Z. y estuve a punto de descubrir su identidad. Afortunadamente pude contenerme y callé.

Nos sentamos y bebimos deprisa el champaña, pues no habíamos encontrado hielo y no queríamos que se entibiara.

Nuestra impaciencia hizo que nos asomáramos a la recámara, que estaba totalmente ocupada por una gran cama redonda, que obviamente no se utilizaba para dormir. El sol brillaba a través de la cortina de la ventana. En la sala había un clavicordio y uno de los chicos empezó a tocar una melodía alegre, aunque por el champaña sus dedos se movían con dificultad sobre el teclado. El muchacho mayor trataba en vano de ocultar una gran erección bajo la ropa e, impaciente, se paseaba por la habitación. Propuse un brindis por la mujer que todos esperábamos apasionadamente.

—¿Es una sola mujer? —espetó el chico mayor.

—Sí, pero es una mujer fuera de serie, que puede satisfacernos a todos —contestó su tío con sabiduría.

A los muchachos no les habíamos contado los detalles. Sólo se les había prometido una aventura sexual original y en extremo interesante. El tío le había dicho a la madre de los jóvenes que los llevaría a dar un paseo.

El menor había terminado su copa de champaña y se disponía a servirse más, cuando K. lo paró en seco.

—¿Quieres desperdiciar de esta forma tu primera cita amorosa? —preguntó.

El argumento logró en el muchacho el efecto esperado y, sin decir nada, se dirigió de nuevo al clavicordio. Empezó a tocar una melodía que fue interrumpida al escuchar las ruedas de una carroza que se acercaba al edificio. Todos nos dirigimos a la ventana.

Z. bajaba del carruaje. Su rostro estaba cubierto por un velo tan espeso que lo ocultaba totalmente. Un vestido azul claro abrazaba su escultural cuerpo.

En un instante se abrió la puerta de abajo y salí a encontrarla en la antesala.

Una vez Z. me comentó que usaba la máscara no sólo por miedo a ser reconocida, sino que con el rostro cubierto se sentía más segura, independiente y liberada de cualquier cosa que sonara a decencia y a moral.

—Te estamos esperando con impaciencia —le dije.

Ella sólo me contestó con un movimiento de cabeza y se adentró en la recámara. Traté de ayudarla a desvestirse, pero me pidió en voz baja que regresara a la sala y, cuando llamara dos veces en la pared, estaría lista y podríamos entrar.

En la sala estábamos de pie, en tensa expectación.

—Bueno, ¿ya entramos? —inquirió un tanto desesperado K., al tiempo que desabotonaba su camisa.

—¡Un poco más de paciencia, amigos, y llegaremos al paraíso! —contesté.

Para no perder más tiempo, todos nos desnudamos completamente, salvo los chicos, que, pudorosos, se quedaron en ropa interior, mirando fijamente nuestros falos erectos y listos para el llamado sexual. Fue en ese

momento cuando escuchamos los dos ansiados toques en la pared y nos lanzamos a la recámara.

La luz del día que se filtraba a través de la cortina nos presentó el sexo de Z. abierto y expectante como una fruta jugosa que nos llamaba con su olor, y despertaba nuestro apetito sexual guardado especialmente para ese instante. Nos apresuramos a cubrir de besos todo el cuerpo, centímetro a centímetro, milímetro a milímetro, sin que se nos escapara un solo lunar de la mujer que en esos momentos era nuestra diosa, y a la cual todos le íbamos a hacer el amor por todas partes y con el ávido deseo que habíamos contenido hasta ese momento. Sin embargo, Z. nos alejó e hizo una señal para que se aproximaran los muchachos, quienes agitados y nerviosos, permanecían cerca de la puerta. Ella les ayudó a quitarse el resto de la ropa, al tiempo que también los despojaba de su timidez, dándoles besos cortos y apasionados en los púberes penes que lograron una erección que complacía ampliamente a nuestra amada. Los colocó a ambos lados de la cama y se acostó entre ellos, apoyándose en sus rodillas, y empezó a disfrutar con sus manos lo largo y lo ancho de los falos jóvenes e inexpertos de los muchachos. El ulano se arrastró debajo de Z. hasta quedar en su posición y apoyó con sus manos los hombros de ella. Yo dirigí la boca de cada uno de los muchachos a los senos redondos, para que libaran de esos pezones firmes y excitados.

—Chupen… besen, sin parar.

Mientras esto pasaba, K. se aproximó a Z. por la espalda y, lleno de lubricidad, la poseyó por atrás con su pene untado.

—Lo hago por si acaso, pues ya está bien mojada, que Dios nos ayude —dijo, mientras la penetraba.

Unos minutos después tomé las manos de los chicos y las coloqué en los talones de Z.

—Besen, chupen —ésa fue mi última instrucción.

Al sentir que ella ya estaba mordiéndome y besándome como la vez anterior, di la orden final:

—A fondo. Todos juntos con gentileza.

Inmersos en sus propias sensaciones, los muchachos se olvidaban de su principal obligación y yo tenía que recordársela, golpeando levemente sobre

sus hombros. Z. sabía cómo manejar los inexpertos penes de los muchachos para contener su eyaculación antes de tiempo. Era una experta en eso. A ratos, únicamente los apretaba como si quisiera conservar los dos falos tiernos y rosados junto a ella para siempre. De pronto uno de los muchachos empezó a gemir como síntoma inequívoco de que llegaba al éxtasis, aun cuando ella había intentado retrasarlo intencionalmente. Al ver esto, ella atrapó el miembro juvenil para que el blanco líquido cayera dentro de su boca. En ese momento el otro muchacho manifestó los mismos síntomas y ella se volvió hacia él para probar de su semen entre sus movimientos espasmódicos. Se movió con una agilidad tan asombrosa que no se desperdició ni una preciada gota del elixir juvenil. Los chicos alcanzaron tan rápido el orgasmo que naturalmente perdieron todo interés en el acto sexual que todavía no terminaba, y se separaron de los senos de Z. Tuve que levantar mi voz para que empezaran de nuevo a cumplir con la obligación pactada de antemano.

Z. regresó a mi falo, sin dejar de apretar con sus manos los penes, ya fláccidos, de los jovencitos.

Llegado el momento, ella empezó a gemir y a gritar por el arrebato de placer. En ese instante me daba la impresión de que nuestros miembros se encontraban en sus entrañas apoyándose uno en el otro.

Nos sentamos alrededor de ella y la observamos durante unos segundos. Se había desmayado y yacía recostada de espaldas y con el vientre al descubierto. De su vagina al rojo vivo descendía el semen de K., cual si saliera lava de un volcán, y corría por las laderas de su cuerpo hasta perderse en la sábana. Era un espectáculo de lo más excitante. Separé sus piernas para poder apreciarlo en plenitud. Todavía alcanzamos a percibir las últimas contracciones de su vulva, henchida por su insaciable lubricidad.

Como los muchachos no entendían qué pasaba con nuestra amante, se les notaba en la mirada cierto miedo y curiosidad. En cambio, nosotros nos sentíamos orgullosos y satisfechos de haber llevado a una mujer a semejante estado de éxtasis.

Uno de los jóvenes le hizo cosquillas en el talón. Z. entreabrió los ojos, retiró su pierna y agitó su mano en señal de que debíamos retirarnos.

Esa misma noche Z. y yo comentamos la experiencia y saboreamos las sensaciones recibidas. Como de costumbre, su marido se había ido al club, por lo que nos entregamos desenfrenadamente a recordar la experiencia, enardeciéndonos otra vez de placer con toda clase de besos.

Z. reconoció que no soportaba las cosquillas, pero que al recibir tanto placer, el cosquilleo de los talones había sido ahogado por una sensación mucho más intensa y éste fue el matiz complementario en el cuadro multicolor de nuestro coito.

Me aseguró que podía distinguir las sensaciones de cada falo: sentir el acercamiento del final de uno, mientras que el otro empezaba a inundar sus entrañas… y el tercero se volvía fláccido al arrojar la última gota de placer. Incluso los instantes que separaban cada uno de los finales de los miembros dentro de ella le parecían una eternidad. Por eso era tan importante que todos cabalgáramos a un mismo ritmo; de otro modo, hubiera perdido la unidad de las sensaciones.

Después de los esfuerzos que tuve que realizar para procurarle nuevamente un placer tan exuberante a mi dama, decidí pensar en mí mismo, pues con dinero todo se consigue. Cuando era soltero, no temía que se me atribuyera fama de libertino, es más, para mí era como un cumplido.

Fue entonces cuando decidí ir a un burdel y conseguí cinco prostitutas a quienes instruí sobre lo que debían hacer. A la primera la recosté de espaldas y me puse sobre ella. Con sus dedos fue abriendo los labios carnosos de su sexo, dejando ver su botón rosado, para recibir poco a poco mi pene. Otras dos se acostaron a ambos lados de mi cuerpo y besaron mis pezones. Me engolosinaba acariciando, metiendo y sacando mis dedos de sus sexos vellosos. La cuarta se colocó debajo de mí para besar largamente mis testículos, al tiempo que con su lengua los acariciaba, hasta metérselos golosamente en la boca. A la quinta tuve que pagarle más, ya que tenía que lamer mis nalgas una y otra vez, introduciendo su lengua en mis oquedades más ocultas.

Imaginé a la vieja emperatriz en su lugar, pues una vez había visto mi trasero desnudo, ya que yo estaba de rodillas, poseyendo con gran prestancia a una doncella, en un parque del palacio de verano, en Tsarskoye

Selo[16]. El recuerdo me dio risa al descargar y se formó un vacío en mi cuerpo provocado por la satisfacción.

Entonces percibí en lo posible para un hombre lo que Z. debía de sentir con nuestros cinco miembros al mismo tiempo. La gran diferencia era que nosotros lo habíamos hecho con ella por alegría. También habría que pensar que se podría encontrar a una gran cantidad de perros dispuestos a hacerle el amor, con ávido deseo, a una mujer tan hermosa, mientras que en mi caso tenía que pagar y ver cómo las prostitutas lo hacían a fuerza y con desgano. Soñaba con hacer el amor a mujeres inocentes, hambrientas de sexo, ya fuera en un monasterio o en la cárcel. Y después de un tiempo huir para que no me forzaran a poseerlas hasta la muerte. Pero no, con ésta mi cara tan desagradable, pensaba que nunca iba a gozar hasta la saciedad de mujeres bellas y hermosas.

La *madama* del burdel se quejaba amargamente conmigo. Me señalaba con su dedo torcido y en sus quejas me decía que yo estaba depravando a sus pupilas y me amenazaba con no volver a dejarme entrar a su casa. Pero sus niñas se pusieron de mi lado, y por el buen dinero que recibían, ellas mismas me pidieron repetirlo todo de nuevo, claro, en secreto, y sin contárselo a la dueña…

Surgían en mí recuerdos que me consumían cuando abrazaba a Nataly. Frecuentemente imaginaba a Z. en su lugar; y unos celos profundos y un placer insípido hacían que eyaculara calmando mis ansias temporalmente, porque las fantasías sexuales ofensivas para Nataly me acosaban, y trataba de sustituirlas por otras «inocentes», como la de estar haciéndole el amor sólo a una mujer.

Cuando estaba en mi despacho intentaba escribir, pero mis pensamientos me llevaban hacia otras mujeres. Sexos de todos los tamaños y sabores aparecían de repente ante mis ojos y un gran deseo se apoderaba de mí. Tristemente, nunca en mis sueños aparecía el sexo de Nataly, aunque se encontrara tan cerca, tan hermosa y tan deseada por todos, menos por mí.

En ocasiones, cuando Nataly entraba en mi despacho y me sorprendía en esas candentes fantasías sexuales, la excitación desaparecía inmediatamente, sin dejar huella. El único remedio que encontré para poner fin a estas visiones que invariablemente me conducían a la depresión fue

hacer el amor con Nataly y lograr orgasmos simultáneos. Pero Nataly no me excitaba. Era verla como una obra de arte, una verdadera *madonna* (con la única imperfección de sus callos). Entonces, Nataly se convirtió sólo en un medio para liberarme de fantasías sexuales. En otras palabras, le hacía el amor, no por placer, sino por la enorme necesidad de serle fiel.

Ese escape era breve, ya que al poco tiempo volvía a surgir la necesidad de fantasear, casi tan rápido como crece el pasto después de la lluvia.

La variedad de formas y texturas de una multiplicidad de sexos femeninos acudía a mi mente en visiones tan reales, que casi podía tocarlas, sentirlas y olerías. Aquellos sexos tan amplios de las mujeres que con las manos estiran sus nalgas para apreciarlos mejor. O esas otras con el sexo tan estrecho y que lo abren con las manos, estirando sus labios. Ése es el mejor lugar en donde se puede conocer la personalidad individual de cada mujer.

En cierta ocasión llegué a pensar que las convulsiones que llevan a ese placer casi divino eran el objetivo final del amor. No es así cuando la fidelidad se convierte en una densa carga y la esposa es incapaz de satisfacer los apetitos sexuales. Además las convulsiones se pueden provocar con la masturbación, pero hay que descubrir el secreto del divino sexo que, aun cuando nos deja de conmocionar después de varias relaciones que se repiten noche tras noche, es un secreto que no desaparece nunca y se renueva con cada mujer.

El sexo de cada mujer tiene su secreto. El descubrirlo en una no significa que ya se haya desentrañado todo el misterio. Tomas a una de ellas, la haces tuya y crees que tienes el secreto entre tus manos. Cuando más seguro estás de ello, se desliza por entre las piernas de la mujer que has poseído y te guiña el ojo desde el sexo de otra mujer apetecible.

Lo único que hacer regresar el misterio a su lugar legítimo es la separación. Después de un lapso, la esposa se convierte de nuevo en la deseada, pero sólo por una noche, porque luego vuelve la su saciedad rutinaria, igual de legítima.

Un diciembre en el que no pude soportarlo más, corrí hacia Moscú. Decidí que la ausencia me ayudaría a recuperar la pasión por Nataly, pero debía pasar la separación en soledad y no en compañía de las gitanas, a quien mi amigo Naschokin[17] había invitado para nuestra diversión. Este distanciamiento no sólo refrescó mis sensaciones, sino que provocó que se borrara por completo la fidelidad de mis votos. Cuando Olinka[18] se acercó a mí, toda esa pasión renacida y guardada para mi esposa se desbocó en esta mujer que estaba más próxima. Como si hubiera sido la primera en mi vida, su sexo deseado me estaba guiñando el ojo con su mirada divina.

Sin embargo, una vez que me había saciado de ella, me puse a soñar ardientemente con Nataly, al punto de que si hubiera estado en ese momento con ella, me abalanzaría sobre ella con renovada pasión. Pero Nataly se había alejado de mí. Se había convertido en una extraña, por eso la deseaba con una nueva fuerza pasional. Todo esto ya no era un descubrimiento para mí. Anteriormente lo había sentido respecto a otras mujeres, aunque siempre pensaba que las leyes comunes no se aplicaban a mi esposa. Una vez que entendí que todo se había repetido también con ella, comprendí que mi concupiscencia tendría que dirigirse hacia cualquier mujer que estuviera a mi alrededor.

Así que regresé a las prostitutas. Las que han oído acerca de la belleza de mi esposa me reprochaban mi asistencia tan frecuente al burdel, teniendo en casa a la primera beldad de toda Rusia, pero ¿cómo hacerles comprender que la belleza no anula mi necesidad de satisfacer la variedad, que es lo único que me mantiene en la vida?

Los hombres que estaban enamorados de mi esposa me miraban con odio y perplejidad, sin comprender cómo podía pensar siquiera en otra mujer, poseyendo tan hermosa esposa. Muchos de sus admiradores estaban dispuestos incluso a dar su vida por gozar de sus favores y benevolencia. Nataly y yo nos reíamos de esas declaraciones escritas de amor. Si los enamorados supieran cuán rápido pasa el amor y la pasión y qué pronto

empiezas a sufrir por su ausencia… pues al no sentir el éxtasis, es imposible acostumbrarse a su extinción…

Hay un profundo significado en sacrificar la propia vida por la sola posesión de la belleza y así evitar volverse indiferente, actitud tan insultante para una nueva pasión. La muerte es la única manera de conservar la fidelidad hacia la mujer amada. Ahora entiendo muy bien la causa del suicidio de Romeo y Julieta. Actuaron intuitivamente, sin comprenderlo del todo. Sin embargo, su objetivo era el mismo: serle fiel al amado aun después de la muerte, lo cual es imposible para un cuerpo joven, bello y vivo.

Al ordenar mis sentimientos veo en ellos la influencia de la costumbre. En las primeras semanas después de la boda, todo, absolutamente todo, me enloquecía de lujuria por Nataly. Perdía la conciencia con sólo sentir el sudor de sus axilas, el sabor de su sexo y hasta el olor de su sangre menstrual extendida sobre sus caderas después de nuestras largas cópulas.

No había absolutamente nada en ella que me inspirara un mínimo de repugnancia. Todo en su cuerpo era hermoso y me provocaba un ardiente deseo. Cuanto más fuerte es el ansia de placer, menos puede haber un dejo de asco o de vergüenza.

Pasado un mes escaso de la boda, la costumbre empezó a agobiarme, al punto de que cuando veía a Nataly desnuda en la cama y junto a mí, en vez de precipitarme sobre ella para poseerla, simplemente me volvía de espaldas y dormía sin hacerle el amor. Mis sentimientos se habían insensibilizado, embotados por el hábito.

Recuerdo muy bien esa primera noche cuando nos acostamos sin hacer el amor y nos quedamos dormidos tranquilamente. Antes de eso, no desperdiciamos tan maravillosa oportunidad. Noches como ésta empezaron a sucederse una tras otra.

Después de la boda, mi suegra nos visitaba con frecuencia. Me miraba con odio y lujuria al mismo tiempo. Después Nataly me confesó que su madre le enseñaba a no entregarse a mí, si antes no hacía yo lo que ella quería. Mi esposa cumplía su palabra de ser absolutamente fiel y sincera conmigo y me lo contaba todo. Esto me daba la esperanza de que su alma siempre estaría abierta y cercana a mí.

En cierta ocasión inmovilicé a mi suegra en un rincón oscuro y la coloqué contra la pared. Ella se quedó quieta, esperando mi siguiente movimiento. Por un instante cruzó por mi mente la idea de alzar su vestido y estimularla, no por deseo sino por ser irreverentemente descarado. Sólo me detuvo el pensar que el deseo resultara más intenso que la imprudencia.

—Señora —le dije al contenerme—, no quisiera defraudarla, pero lo que usted está pensando jamás sucederá —me separé de ella inmediatamente. Y agregué—: Voy a llevarme a Nataly a San Petersburgo y usted no será bienvenida para visitarnos.

El traslado aTsarskove Selo[19] fue un gran alivio para Nataly y para mí, pues nos liberamos de los aburridos parientes, y de inoportunos y fastidiosos conocidos.

La visita al Liceo[20] hizo que acudieran a mi mente tantos y tan bellos recuerdos que, si Nataly los conociera, seguro que le daría un ataque de celos. En ese momento y siéndole aún fiel, me cuestioné si anhelar a otras mujeres, si el adulterio mental, era una forma verdadera de infidelidad o no… Llegué a la conclusión de que mis ardientes recuerdos no eran ningún adulterio, pues el que yo hubiera tenido una amplia experiencia sexual frente a la inexistente de Nataly no era ninguna traición. Y no lo era porque yo tenía con quién comparar. En cambio si Nataly soñaba con otro, entonces sí hay traición, ya que yo sería el único hombre que había conocido sexualmente y no tendría cómo compararlo. En otras palabras, mis fantasías sexuales provienen de mi memoria y no tengo poder sobre ella, mientras que las fantasías lujuriosas de ella procedían de perversos pensamientos presentes que ella evocaría intencionalmente.

Pronto pasé esa etapa: empecé a serle infiel y a traicionarla. Y al dejar de sufrir por ese problema, le perdoné todas sus posibles fantasías sexuales, pidiéndole a Dios que en la vida real no me engañara. Pero lo más terrible

de todo es que nunca voy a saber si mi esposa me es fiel, porque nunca sabré qué es lo que hace durante mis largas ausencias. Por eso lo único que me queda es tener fe en su fidelidad. Cuando mi fe se debilita, surge el demonio de los celos y entonces ninguna prueba es suficiente, pues en cualquiera de ellas mi intelecto encontraría una imperfección que la derrumbaría. Únicamente recuperar la fe del corazón nos libra de los celos, aunque desgraciadamente sea por poco tiempo.

En muchas cosas soy muy parecido a Othello: Soy de origen negro[21], muy celoso, pero tengo confianza.

Con alegría y buen sabor recuerdo el corto periodo de fidelidad a mi esposa. Fue positivo porque me liberó de la mayor de mis inquietudes: si a la mañana siguiente después de ir al baño sentiría de nuevo la excitación ardiente de una erección de mi falo.

Tengo celos de cualquier mujer bonita, porque amo a todas las mujeres bellas. Cualquier mujer es hermosa, si la amas, pero si después de que la hiciste tuya persiste su belleza, entonces en verdad es hermosa. Nataly es bella en realidad, pues, aunque hace mucho que dejé de desearla, no dejo de admirar su belleza.

La fidelidad es la lucha contra la tentación de ser infiel. A mí siempre me faltaron fuerzas en esta lucha. Al sentir que ceder a la debilidad era una desgracia, animé a Nataly para que nos fuéramos a vivir a un pueblo. Sabía

que sólo el aislamiento podría mantenerme cerca de mi escritorio, sin que la lujuria se encendiera en mí, ya que sólo estaría con Nataly y la servidumbre.

Me costaba azuzar esa serenidad suya, incluso cuando se complacía en flirtear con los hombres, pero sin riesgo alguno, según ella. Y esa coquetería hacía que los hombres más poderosos de Rusia, incluyendo al emperador, se pusieran de rodillas. Me confesó que nunca usaba su belleza para conquistar sino como un mero instrumento de un juego pícaro e infantil.

Si se le quitara esa veneración constante, su vida no tendría ya ningún sentido. Nada, ni los hijos, tiene tanta importancia para ella. Bueno, creo que exagero un poco: Para Nataly los hijos todavía están en primer lugar. Después del nacimiento de Mashka[22], Nataly había florecido mucho, y esperaba que después de cada hijo se pondría más y más bella, lo que significaría el aumento de su encanto físico, tan ardientemente deseado por ella. No, no quiero ser sarcástico respecto a mi esposa. La quiero mucho, y al decir esto me estoy vengando de ella por mi propia debilidad sin dañar su dignidad.

Al engañar a mi esposa la primera vez, sabía que estaba cortando lazos que nunca podría recuperar. Me engañaba a mí mismo diciéndome que hacer el amor con una prostituta no era infidelidad conyugal. Al mismo tiempo entendía muy bien que estaba perjurando el voto matrimonial y que desde ese día mi vida cambiaría radicalmente, aunque ella nunca lo supiera. Me repetía una y otra vez que un poeta no podía sobrevivir sin ninguna excitación, sobre todo cuando ésta es nula en el matrimonio, a menos que se acepte la muerte de la excitación, porque así es la ley de la vida. Dios no nos impide conocer sus leyes, pero nos castiga si intentamos cambiarlas. Para que aceptara la muerte de una vida llena de excitación debería ser creyente, y esto simplemente era imposible. Debía por tanto transgredir la ley.

Al violarla una vez ya no podría detenerme. Al principio Nataly lo supuso, después se enteró por otros e incluso por mí mismo. Me arrojé de nuevo al libertinaje pues estaba ávido de lujuria y si esto se considera sucio, entonces hasta la miel puede considerarse así, pues aunque se untase uno de miel de pies a cabeza, su dulzura jamás disminuiría.

Mi ejercicio preferido era hacer que una prostituta se enamorara de mí, pues el hacer que una jovencita sin experiencia se enamore de uno no es ningún reto. En cambio, lograrlo de una mujer cuya profesión se supone que la hace insensible, se convierte en el mayor reto masculino. Las prostitutas aprenden a no encontrar placer con los clientes. Rara vez lo hacen, a menos que alguna tenga un temperamento ardiente, pero cuando lo hacen muy seguido éste se desgasta. Por ello no era interesante hacerlo con las de este tipo. Escojo a la más fría y experimentada. Me acuesto con ella y empiezo a acariciarla con ternura y sin prisa, diciéndole qué bella es y cuánto la admiro. Al principio me mira con una sonrisa burlona y desconfiada. Otras veces sin ninguna expresión en su rostro, pero sé que le gusta escuchar mis palabras. Alguna me facilita el juego, diciendo a su vez que yo también soy guapo y que me quiere, pero está ejerciendo su profesión y para eso le pago, mientras que yo se lo digo desinteresadamente. Por eso para ella es mucho más agradable que para mí.

Me recuesto entre sus piernas y succiono su botón de amor. Ella se queda con los ojos abiertos mirando el techo, para no excitarse, pues además sabe por su triste experiencia que el cliente pronto dejará esas tonterías para meterle el miembro y concluir, satisfaciendo sólo su deseo sexual, sin importarle cómo la dejará.

Otra variante es cuando cierra los ojos y empieza a gemir y a mover las piernas. Sé que está fingiendo. Es muy pronto todavía, así que introduzco mi dedo índice en sus profundidades y empiezo a hacerle cosquillas suavemente, a frotar sus entrañas, mientras con mi dedo medio excito su ano; y con la mano libre logro que se endurezcan sus pezones, los presiono y los acaricio. Soy persistente y sigo lamiendo su jugoso sexo, de distinta manera, y le busco sus puntos predilectos. Comienza a despertar en ella una esperanza: ¿Y si en realidad puedo conducirla a sentir el gran final? Y aquí la prostituta desaparece y en su lugar surge la mujer. Sus senos empiezan a endurecerse. Entreabre los ojos y me mira, para verificar mis intenciones. En ese momento nuestras miradas se encuentran. Vuelve a cerrar los ojos, alerta, pensando que todavía puedo traicionarla, y al mismo tiempo atraída por una esperanza que va aumentando. Entonces siente las convulsiones próximas al orgasmo y se aferra a mi cabeza con las dos manos. Ahora cree

que esto va en serio y empieza a temblar. Las olas de placer están cerca, pero todavía no la inundan. Se pone tensa, como el pene antes del orgasmo. Aprieta con gran excitación mis dedos entre su sexo y me invita a que me suba para penetrarla. Cuando termina, sonríe. Antes de despedirnos me invita otra vez, asegurando que la siguiente cita no me cobrará. ¿Acaso no es ésta una declaración de amor?

El suceso fatídico que voy a relatar también sucedió en un prostíbulo. No hay mejor lugar para enardecer mi pasión que un burdel, pues me permite observar los placeres ajenos. El goce sexual de gente extraña provoca en mí un gran deleite. ¿No es éste un ejemplo de mi carácter filantrópico?

Al observar el dolor en un hombre ajeno a uno, la misericordia no puede compararse con el pleno sufrimiento de esa persona. Lo mismo pasa en la alegría que provocan los éxitos de una carrera profesional: un hombre que alcanza dicho éxito será mucho más feliz que una persona ajena a él, que sólo escucha de su éxito.

Verme ante los placeres sexuales ajenos me provoca un gozo a veces mucho más fuerte que el propio deleite.

Estoy plenamente convencido de que en el mundo no hay una escena más bella que el acto sexual, cuando un falo en su máxima erección entra y sale del sexo de una mujer. Cuando se observa a una pareja copulando, es como si se observara a uno mismo realizando el acto sexual. Es como si en ese momento me desdoblara para verme, porque cuando se ve desde arriba no se ve del todo. No veo, por ejemplo, cómo mis testículos se deslizan rítmicamente sobre el perineo. Claro que puedo poner espejos, pero no es lo mismo. Además, cuando estoy haciendo el amor, estoy demasiado apasionado para entregarme al placer visual, que es como un espectáculo. A mí me excita más ver un falo ajeno que entra en la vagina, que ver el mío. No sin razón los romanos antiguos exigían pan y circo, no pan y placeres.

Mi pasión por observar me condujo a un conocido que pronto podría convertirse en la causa de mi muerte.

En el prostíbulo de Sofía Astafievna[23] hay un cuarto especial con una mirilla en la pared, donde por un pago especial se permite mirar a través de ella. Este cuarto lo ocupan los clientes casuales, mientras que los asiduos como yo alquilan el cuarto vecino para observar el acto.

Esa noche tomé a Nina, una prostituta con gran experiencia, y la puse de rodillas. Ella sabía perfectamente lo que tenía que hacer y lo hacía muy bien. Mientras Nina me excitaba, yo veía a través de la mirilla cómo Lisa galopaba magistralmente sobre un garañón. Sabían que eran observados, así que realizaban su labor hacia el ojillo mágico, alumbrados por la luz de la vela de un candelabro.

Vi el trasero muy pálido de Lisa con un lunar rosa sobre la nalga izquierda. Estaba encorvada sobre su cliente y su sexo relumbraba con un falo dentro. Cada vez que el hombre se retiraba dejaba translucir una franja de las entrañas de ella en rojo vivo, y al penetrarla de nuevo la franja desaparecía en las profundidades de su sexo.

En el suelo se encontraba tirado el uniforme del caballero, seguramente un oficial de caballería.

Al penetrar a Lisa tan profundamente llegó al clímax y su sexo desapareció por completo. Ella se levantó y fue a la ducha. En el momento

en que vi el rostro del caballero, reconocí a D'Anthés, que recientemente fue admitido en la guardia de la Corte y había enloquecido a todas las mujeres de San Petersburgo. No nos conocemos personalmente, ni nos han presentado; sin embargo una vez me lo señalaron en una casa donde estaban reunidas las damas más hermosas de la capital rusa. En aquella ocasión Nataly estaba conmigo y también lo vio por vez primera.

—En realidad es muy guapo, ¡extraordinariamente guapo! —exclamó Nataly con ingenuidad. La sangre me hirvió en la cabeza.

Al recordar esto, llegué al éxtasis y Nina deglutió todo mi esperma, que por la excitación era más abundante de lo normal.

En ese momento comparé, molesto y con cierta irritación, los momentos en que Nataly tomaba mi falo, siempre con repugnancia, y lo llevaba a la boca, ahogándose y tosiendo para luego escupir con asco mi semen.

Una idea diabólica cruzó por mi mente: ¿escupiría o no escupiría el semen de D'Anthés? Una respuesta que hacía que me muriera de celos y al mismo tiempo me hundía en el abismo de un odio profundo: seguramente no lo escupiría, ni se atragantaría, y lo que es peor, con la lengua lamería lo que hubiera quedado en sus labios…

Al pasar por el salón del burdel, vi a D'Anthés, que estaba borracho, junto a otro oficial; bebían con Lisa y Tamara. Hablaba en francés y el oficial le traducía. Al verme, Lisa me guiñó el ojo y me mandó un beso con la mano. D'Anthés se volvió y me sonrió como si me conociera.

—¡Apuesto a que usted es Pushkin!

—No tengo el honor de conocerlo, señor —le contesté fríamente al pasar.

—Entonces, un momento. Permítame presentarme —y diciendo esto se levantó bruscamente del sofá.

Vino hacia mí y me saludó con una leve inclinación, al tiempo que decía su nombre. Yo correspondí también con un leve movimiento de cabeza, a manera de saludo, y me dirigí a la antesala. Él me siguió casi pisándome los talones.

—Estoy recién llegado a San Petersburgo y me gustaría conocerle mejor.

—Siento que éste no es el mejor de los lugares para conocerse mejor… —le contesté.

—¿Por qué no? Al contrario. Esta casa está hecha ex profeso para conocerse íntimamente…

Me detuve y le miré con curiosidad. Hasta ese entonces no me imaginaba cuánta palabrería tendría que escuchar todavía. Entretanto, continuó:

—Sé que usted es un poeta muy famoso. Pero ¿alguna vez se ha puesto a pensar acerca del fenómeno más poético de la naturaleza? —como me interesaba mucho lo que iba a decir, retrasé un poco mi salida del burdel—. Cuando veo a cualquier mujer, sé muy bien que cada una tiene una vagina. Ése es un hecho simple e indiscutible. Sin embargo uno no se ha detenido a pensar cuánta poesía hay en esta realidad. ¡Este único objetivo es el que nos atrae de una mujer! Sin esta seguridad, caeríamos irremediablemente en la melancolía o en la tristeza, ya que las mujeres se comportan en la sociedad como si carecieran de sexo.

No pude contener la sonrisa al darme cuenta de la similitud de nuestros pensamientos, así que le pregunté cuándo iba a aprender a hablar en ruso. Y me comprometí a prestarle un libro de mis cuentos, donde precisamente esa seguridad de la que hablaba era severamente cuestionada[24].

Como no me agradaba mucho esa conversación con D'Anthés, pronto me despedí. En otras circunstancias y: con otra gente me hubiera gustado conversar acerca de un tema tan divertido, pero desde que vi a D'Anthés no me inspiró confianza. Además temía discutir los placeres del amor y los encantos del sexo femenino después de mi boda y aun con mis amigos más íntimos. Cosa curiosa, si tomo en cuenta que antes de mi matrimonio había sido invariablemente el tema preferido de mi conversación. En un hombre casado, la confesión sobre la práctica del sexo inevitablemente afectaría a su esposa, pues cualquier observación de inmediato se asociará con ella, y su nombre es intocable.

Cuando empecé a serle infiel a Nataly, dejé de contenerme en mis palabras. Volví a mi tema preferido, mencionando sólo los nombres de otras mujeres, pero mis interlocutores relacionaban con Nataly todo lo que yo decía. Ahora que lo comprendo, ya es demasiado tarde.

Desde aquella noche en el burdel, siempre que me encuentro con D'Anthés en sociedad, invariablemente noto en su mirada un dejo de picardía socarrona que me convierte en su cómplice. Incluso una vez tuvo el atrevimiento de guiñarme el ojo, pero al ver la ira inflamada en mi rostro, dejó de comportarse con tanta familiaridad. Cada vez que D'Anthés baila con Nataly, me muero de celos y me entra el extraño presentimiento de que mentalmente le está haciendo el amor. Él no tiene pudores románticos. Está demasiado seguro de sí mismo y de sus encantos. Y, sobre todo, convencido de que el sexo de ella puede ser suyo. Esta idea me quita la serenidad y me está enloqueciendo. Por eso siempre me retiro del salón de baile y ahogo mis celos en el azar del juego de naipes, o bien en cortejar a otras bellezas.

Al ver los flirteos de D'Anthés, recuerdo mis correrías de soltero y mi eterna pasión por engañar a los maridos. Llega mi turno, me digo a mí mismo. El círculo se cierra. El pasado regresa de nuevo. Sólo que ahora yo estoy en el lugar del marido engañado, y tras mi esposa, los bribones que anhelan y ansían su deseado sexo, ¿qué le dirán?, ¿cómo la estarán convenciendo?

He persuadido a muchas mujeres: a las inteligentes, muy pocas por cierto, les he dicho que no hay nada mejor que la variedad, que al entregarse a mí por refrescar su pasión van a amar más a sus maridos. Y a las tontas les declaro mi amor tan apasionadamente, como nunca lo podrán esperar de su propio esposo. Lo más interesante es que siempre fui sincero tanto con unas como con las otras.

Confío en Nataly. Lo que me enfurece de su forma de coquetear es suponer que los demás dudaran de su fidelidad. Entonces tengo que reconocer que los chismes, ese murmullo de voces de la alta sociedad, tienen para mí más peso que la verdad. Sería mejor si Nataly hiciera el amor en secreto con alguien (pero sólo una vez) y que nadie se enterara, en lugar de los rumores y los chismes que se traman acerca de su infidelidad, cuando en realidad es fiel e inocente. Fue por eso que cuando Viazemsky[25] andaba detrás de Nataly, yo sonreía y sabía que la sociedad nunca creería que ella

pudiera ser cautivada por un hombre tan desabrido y poco refinado. Pero D'Anthés, con su belleza y su soberbia, ese muy peligroso. Los chismes le atribuyen victorias que en realidad no tiene, pero que se merece, según todo el mundo.

Odio tremendamente la insolencia con la que la alta sociedad se burla de mí, a mis espaldas. Y aun cuando estoy convencido de que no hay ninguna razón, siento a veces cómo los cuernos van creciendo en mi frente. Los chismes invariablemente me llevan a dudar. Destruyen mi fe, mi seguridad. A Nataly le sobran posibilidades para ser infiel. Si cualquier hombre la quiere y está dispuesto a hincarse de rodillas ante ella, entonces, ¿qué es lo que le impide aprovecharlo?

Convencí a Nataly de que D'Anthés tiene sífilis y que puede contagiar a cualquier mujer que se le entregue. Le dije que los sifilíticos tienen periodos de alivio temporal, donde el peligro de contagio disminuye, aunque no desaparece totalmente. Cuando el enfermo está en esos periodos, es cuando siente una pasión mucho más fuerte. Así intenté alejar a Nataly de D'Anthés, hasta que Katka[26] le demostró con su propio ejemplo que ello era mentira.

De regreso a casa, Nataly me confesaba, después de bailar con D'Anthés, que al parecer tenía un periodo de alivio de su enfermedad. Al decírmelo, sus ojos brillaban y respondía con gran animación a mis caricias. Era en esos momentos cuando pensaba que tenía mucho que agradecerle a D'Anthés, por ese deseo inspirado por él y que yo estaba aprovechando con tanta avidez. Incluso en una ocasión que Nataly se mostraba indiferente hacia mí, cruzó por mi cabeza una idea, que por loca era divertida: Llevar a mi esposa a un baile, para que D'Anthés la estrujara y excitase, de modo que estuviera lista para pasar una noche conmigo. Me asqueaban estos pensamientos, pero no podía hacer nada para liberarme de ellos, hasta que comencé a sentir una perversa alegría.

Al ver a Nataly coqueteando con cualquier hombre, yo decía con malicia para mis adentros: «Todos están trabajando para mí». Sin embargo,

los celos me hacían hervir. Una vez en un baile observé cómo Nataly, bailando con el conde X., le permitió besar su mano tres veces. Cuando regresamos a casa, quité un puñal de la pared, hice que se hincara y se lo puse en la garganta.

—¡Confiesa! —le grité—. ¿Me traicionaste con X.?

Nataly se aterrorizó y su cuerpo se puso muy tenso como en vísperas de las convulsiones voluptuosas.

—¡Te juro por mis hijos que te soy fiel! —dijo con voz entrecortada y mirándome fijamente a los ojos. Estaba listo a hundir el puñal en su garganta, si hubiese tardado en contestarme o hubiera la más leve distracción de su parte. Pero ¿cómo podía no creerle después de tal juramento? La empujé y cayó sobre el suelo. Cada ataque de celos despertaba en mí un nuevo deseo salvaje cuando ella, postrada a mis, pies lloraba indefensa. «Ya sabe que ahora le haré el amor», pensé y me disponía a subirle las faldas del vestido. Me sorprendí cuando vi sus caderas manchadas de sangre, pero la sorpresa mayor fue cuando me di cuenta de que no había percibido el olor de su sangre menstrual. Mi esposa había abortado.

Después de su primer parto decidí nunca más estar cerca de ella, para no oír sus lamentos desgarradores. Gritaba tanto que yo me deshacía en un mar de lágrimas por no poder ayudarla. Me maldije a mí mismo y al bebé que había producido tal dolor. Por eso retrasé mi llegada la segunda vez que ocurrió. Lo hacía intencionalmente, pero aun así Dios me obligó a ser testigo de este mal parto. Entre la sangre había un feto con cara de pez. Afortunadamente la hemorragia se detuvo pronto. Se acabaron los dolores y al otro día Nataly ya estaba lista para quedar embarazada de nuevo.

La sangre menstrual… la de los partos… la de los abortos… ¡Cuánta sangre hay en una mujer!

Un hombre diría: «Hay mucha agua bajo el puente». Y una mujer: «¡Salió mucha sangre!».

Una muchacha pierde su virginidad cuando empieza a menstruar, y no cuando se rompe su himen al hacer el amor por vez primera.

Sólo cuando Nataly está embarazada siento paz y tranquilidad. Ella se entrega plenamente a la preparación de sus partos, lo que hace que su coquetería pase a último término. Por eso trato con todas mis fuerzas de tenerla siempre encinta. Aunque eso me esté arruinando: al engendrar muchos hijos, también engendro muchas deudas.

El embarazo permanente de Nataly me sirve también de excusa para buscar y tener otras mujeres. Cuando mi esposa está a punto de dar a luz, nunca permite que me acerque, pues los médicos le dijeron que era muy peligroso para el bebé. Recurrí a todos los medios para persuadirla. Todo en vano. Llegué al extremo de decirle que me iría con una prostituta. Ella me contestó un tanto asombrada que me asegurara de que efectivamente fuera una prostituta y no una amante.

Así fue cómo, por primera vez, reconocí mi infidelidad delante de ella y recibí permiso para irme con prostitutas. Alegre por el convenio obtenido, sólo me aseguraba que las mujerzuelas dieran ánimo a mis deseos y los calmaran, sin mermar el amor por mi esposa.

Esto ocurrió durante el embarazo de Mashka. Pero aun después del nacimiento ya era imposible suspender el permiso. Cierta vez que quería hacer el amor con Nataly, me contestó que no tenía ganas. Salté de la cama y comencé a vestirme. Ella sólo dijo sarcásticamente:

—No te vayas con putas baratas. No sea que enfermes y luego me contagies.

Al principio me relacionaba sólo con las prostitutas, para que en la sociedad no surgieran rumores sobre mi infidelidad conyugal.

Nataly se adaptó a la idea de que me fuera con las golfas. Sin embargo, los celos hacia las otras mujeres se agravaron enormemente. Si en un baile yo siquiera detenía la mirada en alguna mujer, ella se ponía furiosa y se vengaba haciendo gala de su coquetería.

Una vez, al besar la mano de la condesa T., separé su índice y pulgar, y lamí con mi lengua esa parte, símbolo de la vagina. No me di cuenta de que Nataly lo había observado. Esto la enloqueció, pues yo besaba su mano de la misma manera cuando era mi novia. Esa noche, después del baile, me dio una bofetada y se puso a gritar y a llorar desaforadamente:

—¿Por qué te casaste conmigo? ¿Para que coquetees con otras? Nunca me has amado. ¡Únicamente quieres poseer mi belleza! ¿Y ahora qué? ¿No soy lo suficientemente bella para ti? ¡Eres un macho insaciable!

Caí de rodillas ante ella y le supliqué que me escuchara. Le juré que la amaba, aunque no podía decirle toda la verdad: que era incapaz de despertar en mí un deseo ardiente, esa lujuria que fácilmente me inspira la novedad de cualquier mujer. Tal reconocimiento le provocaría una herida tan profunda que nunca podría cerrarse. Ahora ella misma entiende la situación. Lo mejor que pude haber hecho fue alejarla de la tentación, cuando la desesperación podía lanzarla a los brazos de un amante.

También le dije que cortejar a otras mujeres siendo casado era cuidar del amor de mi esposa, preocuparme por mantener el fuego del matrimonio. Le aseguré que el hacerle el amor a otra mujer pronto se olvidaba. Mientras que la pasión hacia mi esposa se agudizaba, y lleno de deseo corría de regreso a casa, después de un éxtasis que no había tocado mi corazón. A partir de este día se ampliaron intensamente los límites de mi libertad, ya que había mencionado no sólo a las prostitutas sino a mis amantes…

Nataly me preguntaba de vez en cuando:

—Si te contagias de una mala enfermedad, ¿qué voy a hacer?

—Eso no va a pasar conmigo —decía yo, convenciéndola, aprovechando mi autoridad y su inexperiencia.

Siempre fui muy cuidadoso. Visitaba sólo aquellos burdeles donde la dueña cuidaba a sus pupilas como si fuera su madre. Además yo mismo las examinaba antes del acto. Siempre les hago un examen minucioso de todo el cuerpo. Que no haya en algún lugar una erupción o irritación. Les palpo debajo del brazo y en las ingles y veo que no haya ninguna hinchazón. Hago que abran la boca y saquen la lengua. También puedo diagnosticarlas por el olor y color de su vagina. Por último verifico que no exista inflamación. Recuerdo que en cierto prostíbulo me apodaban «el doctor».

Mi sentido del olfato es tan fuerte que puedo llegar a percibir cuando cualquier mujer tiene la menstruación. Recuerdo que al advertirla en Ana[27], le pregunté:

—¿Qué le gusta más, Ana, el aroma de una rosa o el olor del arenque?

Ella se puso roja como una rosa exhalando el olor del arenque.

También me llegué a apostar con mi amigo Naschokin a que podía saber por el olfato cuándo estaba menstruando su amante gitana, y le ganaba irremediablemente. Cuando estoy en los bailes, me fascina identificar a las mujeres que están menstruando. En mi juventud me divertía mucho, al avergonzarlas con mi perspicacia durante un baile. Las más ejercitadas se entregaban a mí, adivinando mis otros talentos y capacidades, por tener un olfato tan desarrollado.

Al reconocer mis correrías con las prostitutas, Nataly me preguntó qué hacían ellas que ella no supiera hacer. Entonces me animé y empecé a contarle ciertas cosas, con mucha inspiración. No todo, por supuesto. Tuve que escoger muy bien lo que le iba a decir, ya que no se pueden confesar a la esposa detalles de esa naturaleza sin provocar que se aparte de uno.

Le relaté, por ejemplo, la vez en que me oriné sobre la vagina de una prostituta.

—¡Qué asco! —exclamó Nataly y me volvió la espalda. Noté que mi confesión la había excitado, así que me dispuse a hacerle el amor por atrás, con su aprobación silenciosa.

«Si mi licor no le gusta, ¿qué podría decir de otra cosa?», pensaba yo, al imaginarme el cuadro que le acababa de contar, para llegar al éxtasis con placer: un río desembocando en un bosque piloso.

Nataly gozó junto a mí, pero no me dijo lo que pensaba. Simplemente se quedó de espaldas, sin abrazarme ni besarme en agradecimiento.

De alguna manera se comportaba conmigo como mis amigos se comportaban con sus esposas o con las prostitutas. Al terminar, se volvían de espaldas disponiéndose a dormir. No, Nataly no me ama. Al notarlo hago todo lo posible para aumentar su indiferencia. Cuando el deseo se apodera de ella, me permite apagar el fuego de su pasión y satisfacerla. El resto del tiempo sólo me tolera.

Al principio Nataly comenzó a sentir celos de su hermana Ekaterina (Koko). Así que decidí casarla con Khlustin[28]. A causa de mi torpeza, al final lo intimidé con un duelo y el susodicho desapareció cobardemente.

Más tarde Nataly me confesó que había invitado a sus hermanas a vivir con nosotros, para salvarlas de las bofetadas de su madre y del padre loco. Pero lo cierto es que prefería que mejor me apasionara con ellas que de las mujeres ajenas. Pobre de mi Nataly, que no entendía que el incendio en un bosque no quema sólo un árbol ni se detiene nada más porque sí. Al contrario, cuantos más árboles se consuman por el fuego, más grande será el incendio. No quise explicarle todo esto. Sólo me froté las manos. Siempre lo hago antes de hacer el amor. Esta costumbre se arraigó en mí durante la infancia, cuando empecé a masturbarme. No lo hacía con una mano, sino con las dos, como si me frotara las manos, entre las cuales aprisionaba el falo. En este gesto se reflejaba toda mi naturaleza, que se entregaba totalmente al amor, asiéndolo no con una, sino con ambas manos… Así estoy más cerca de Dios.

Nunca había podido decirle que no a una mujer. Por lo menos le hacía el amor una vez aunque sólo fuera por amabilidad, y es verdad. Mi corazón siempre ha pertenecido a la más complaciente.

Aza[29] vino ya enamorada de mí y de mi poesía. Se me entregó, aun antes de pasar por el coqueteo. Koko, su hermana mayor, tenía tanto miedo de quedarse virgen hasta la vejez, que también decidió probarlo por curiosidad, y al ver el ejemplo de su hermana menor, ella misma me lo propuso. Para hacerlo escogió un medio muy incómodo y torpe. Intencionalmente dejó caer un florero sobre su pie para no asistir a un baile con Nataly y con Aza y así quedarse conmigo. Pensó que nadie intuía sus argucias, pero yo noté el intercambio de miradas sospechosas entre Nataly y Aza.

Koko exageró un poco y de veras se lastimó el pie. Un mozo trajo una bandeja con agua fría y la ayudé a meter el pie en el agua, cual médico profesional. Ella me obedecía sin vergüenza. Cuando el dolor se calmó le

ordené acostarse en la cama y le puse el hielo sobre la pierna. Estaba recostada y vestía sólo un camisón. Me miraba con expresión sumisa. Coloqué mi mano debajo del cobertor, la tomó, la llevó a su boca y le dio un beso. Aceptó mi mano sin sorpresa, como si fuera la suya. Cuando llegó el momento de tomar mi falo, ya lo ansiaba. Su pie un poco dañado distraía su atención, aunque no unto como para olvidar el placer. Su himen estaba tan dilatado que no sangró.

Koko se había estado preparando para este día desde hacía mucho tiempo. Ella misma tomó mi pene en su mano, y más tarde me confesó cómo intentaba sonsacarle a Nataly todos los secretos de nuestra pasión, y por las noches chupaba su dedo medio como si fuera un pene.

Con Aza también ocurrieron cosas ridículas. Empezó a tener celos de Nataly y decidió decirles a todos, incluyendo a mi esposa, que era mi amante. Naturalmente pensaba que Nataly no se daba cuenta y no sabía nada.

Aza creía que sólo ella me amaba como yo lo merecía y buscaba con su franqueza herir a Nataly en lo más hondo. Llegó al grado de esconder debajo de mi almohada un crucifijo que siempre llevaba al cuello. Hizo que todo el mundo buscara su cruz por todas partes, hasta que la encontraron en mi cama. Inmediatamente se lo dijeron a mi esposa y Nataly sorprendió a todos cuando les dijo:

—Estoy dispuesta a compartir todo con mi hermana y con mi marido.

Como Aza no esperaba tanta generosidad de parte de Nataly, se retiró avergonzada de su actitud.

Koko se comportaba de otra manera, me exigía escoger entre Aza y ella, porque a Nataly la aceptaba como un mal inevitable. Yo quería poseer a las dos. En general me gustaba tener a mi alrededor muchas mujeres, para escoger a la más deseable según el estado en el que estuviera en ese momento.

Poco después apareció D'Anthés en mi vida y, al ver la manera en que me irritaba su presencia, Koko lo conquistó para vengarse de mí, pero cuando no obtuvo de D'Anthés un sentimiento recíproco, empezó a intrigar. En secreto le informaba a D'Anthés de los lugares donde Nataly iba a estar, para que él se apareciera como por casualidad.

Esto lo supe por la propia Nataly, a quien D'Anthés reveló que había un soplón en nuestra familia. No nos costó mucho trabajo llegar a la conclusión de que era Koko. Entonces se lo pregunté directamente. Ella se mostró confusa, inmediatamente se sonrojó y trató de salir del cuarto. Yo la tomé de la mano, me le acerqué y le dije al oído:

—¿Sabes que a tu querido D'Anthés lo utilizan como a una mujer?

Koko me miró con asco y lanzó un tremendo grito:

—¡Eso es mentira!

Entonces le contesté con una frase que ya había estado preparando de antemano:

—Pensé que lo sabías desde hace mucho. ¿Acaso no has notado que cuando entras a la sala siempre se vuelve, mostrándote las nalgas?

Koko se zafó de mi mano y salió del cuarto gritando que me odiaba. En ese momento también comprendí que había encontrado en mi propia casa a un enemigo indomable. Por otra parte, prefería tener un enemigo que peleara de frente, claro y furioso, en lugar de uno clandestino, hipócrita y retorcido.

Fui el primero en enterarme de que efectivamente D'Anthés se entregaba a la sodomía. Con cuánta alegría divulgué esta novedad a todo el que me encontraba. Supe de esto en un burdel y me lo contaron las mismas prostitutas que él frecuentaba. Me contaron en secreto que les pagaba mucho dinero por hacer que ellas lamieran su ano roto y ensangrentado.

Cuando Hekkeren[30], el viejo libertino, adoptó a D'Anthés, a nadie le cupo ya la menor duda. Al enterarse, Koko por fin se aseguró de que lo que yo le había dicho era cierto. Sin embargo, en lugar de asco sintió por él una profunda lástima, al considerarlo una víctima de las pasiones viciosas de Hekkeren. La verdad es que no había nada que ella no pudiera justificar o disculpar en D'Anthés.

En cambio, Aza conquistó mi corazón. Toda su resistencia consistió en tratar de separarme con su lengua cuando intenté besarla por primera vez. Después me di cuenta de que ella me entendía como nadie más. En cierta ocasión, cuando le estaba leyendo mis versos, al escuchar: «No. Ya no daría cualquier cosa por…», ella empezó a llorar, me abrazó y sólo alcanzó a decir:

—Oh, mi pobre muchacho.

Esta actitud también me sobrecogió y las lágrimas brotaron de mis ojos. Aza comprendió lo mucho que había sufrido al constatar que Nataly no me amaba, o para ser exactos, que me amaba a la fuerza, sin encanto ni pasión. El mismo encanto que empecé a ver en sus miradas cuando observaba a D'Anthés. A mí nunca me miraba de esa forma. Un recuerdo que llevaré grabado en mi mente durante toda mi vida fue cuando, en una carta, Nataly me decía si yo sería más guapo con la edad. Cuánto dolor oculto, cuánto deseo insatisfecho de belleza había en esa simple pregunta, hecha a manera de broma…

Incluso cuando Nataly se acerca con sus ojos abiertos, siempre ve a través de mí a un ideal. Pero Aza me ama y anhela fundirse conmigo aun a plena luz. En esos momentos, con cuánta avidez admiro la sutil semejanza que guarda con Nataly.

Yo mismo siempre he procurado a las mujeres bellas y nunca me hubiera podido casar con una chica insípida. Rivalizar por la belleza es algo inherente a los humanos y nada puede reemplazarlo. Los espasmos amorosos sólo temporalmente logran debilitar este anhelo, pero al cabo revive con nueva fuerza. Debo confesar que no estoy en el lugar indicado, que Nataly sería más feliz si fuese la esposa de D'Anthés, por eso odio cada vez con mayor intensidad a este hombre tan apuesto. Si él no fuese tan agradable a la vista de ella, no le recordaría a cada instante la diferencia entre él y yo. Si lograra llevarme a Nataly a la provincia, me salvaría de esta comparación tan desagradable y Nataly no advertiría tanto mi fealdad. No, estoy engañándome a mí mismo. Es suficiente con ver la belleza una vez para no olvidarla nunca.

Jamás debí haberme casado. Yo quería vivir como cualquier otro, pero no me ha sido dado. No puedo permitir que mi esposa tenga un amante y pretender que no me he percatado, como hacen todos los demás. No puedo tener amantes y, como todo el mundo, escondérselo a mi esposa.

Le propuse a Nataly que invitáramos a Aza a nuestra cama, pero en ese mismo instante me arrepentí, pues vi cómo una nueva llaga se abría en nuestra relación. Nataly me miró con desprecio y respondió:

—Eres más abyecto de lo que pensaba.

No debí de involucrar a mi esposa en el estupro, pero en esos momentos pensé que no había nada más natural que dos hermanas acariciando al mismo hombre amado.

La noche anterior le propuse lo mismo a Aza, quien se sorprendió mucho:

—¿Y qué vas a hacer con las dos?

Cuando le expliqué todo y en detalle, contestó ardiendo de pasión:

—¡Quiero hacer todo lo que tú quieras!

¡He aquí una respuesta ideal de una mujer que te ama…! Poco después Aza me preguntó si me casaría con ella si Nataly muriera en uno de los partos. Imaginé por un instante la muerte de mi esposa y me entró un horror peor que si hubiera pensado en mi propia muerte.

No tuvimos más remedio que permitir que las hermanas de Nataly se fueran a vivir a nuestra casa de campo, ya que Ekaterina se había liado con D'Anthés, y a su vez Aza se había enamorado de Arkashka[31]. A pesar de esto, en el otoño tensé la cuerda y recuperé a ambas.

Me di cuenta, sin que me lo dijeran, de que Koko y D'Anthés eran amantes. Buscaban cualquier pretexto para rozar sus manos. Y sobre todo había una copulación desvergonzada de sus miradas, que eran más expresivas que las palabras. Con mi experiencia, era muy fácil adivinar lo que querían ocultar: la intimidad, esa gran particularidad de las relaciones entre los nuevos amantes. Si en realidad los amantes quieren disimular su relación, no deberían aparecer nunca juntos ante la sociedad, sino

encontrarse únicamente a solas, pues en el mundo siempre hay alguien que detecta inmediatamente la intimidad entre un hombre y una mujer. Y en cuanto uno lo note, muy pronto la verdad llega a ser evidente para todos.

Por eso estoy tan seguro de Nataly. Cuando la observo junto a D'Anthés, veo en la avidez de sus miradas no el deseo ardiente del poseedor, sino esa ansia de posesión que advierto en los ojos de todos los hombres que miran a mi esposa. Algo muy parecido pasa con Nataly. Conozco muy bien la dulzura de esa sonrisa que aparece en sus labios antes de tener relaciones y que nunca la he visto cuando mira a D'Anthés; aunque sigo observándola muy perspicazmente. Ojalá de una vez se hiciera visible esa sonrisa y pudiera salir de la duda para siempre. Por supuesto que Nataly no sabe de su sonrisa de lascivia, o al menos no lo ha hecho consciente. Yo nunca se lo he comentado. Es un as que guardo en la manga y espero en Dios no tener que utilizarlo nunca.

Koko dejó de permitirme la entrada a su recámara y por las noches comenzó a cerrar su puerta con llave. Sentí que me habían quitado algo que me pertenecía por derecho y desde entonces mi odio por D'Anthés se acrecentó.

Todas las noches comprobaba la puerta de Koko, que permanecía cerrada hasta que en una ocasión la encontré abierta. Entré y vi a Koko recostada. Su actitud me hizo desearla aún más, pero a la vez me enfureció. Como si nunca la hubiera visto desnuda. Si hasta le había hecho el amor por todos lados. No puedo aceptar que una mujer que ha sido mía de pronto tenga la osadía de volverse inaccesible. La mujer que ha sido mía una vez es mía para toda la vida. Por eso los hombres prefieren casarse con las mujeres vírgenes, porque al poseer un hombre a una mujer, él la va a tener bajo su poder de por vida, lo quiera ella o no.

Koko abrió la boca para gritar más fuerte, pero me adelanté y le di una buena bofetada, con lo cual su grito reprimido se convirtió en sollozos.

—Te odio. Me das asco, cara de mono… Estoy embarazada de D'Anthés —me dijo con lágrimas en los ojos y voz de serpiente.

A duras penas pude contenerme para no clavarle las uñas en su largo cuello. Inmediatamente imaginé el gran escándalo en la sociedad, los chismes iban a pulular, manchando el honor de mi familia. Sabía que mis enemigos iban a divulgar el rumor de que ese hijo era mío. El único modo de arreglar este asunto tan bochornoso era obligando a D'Anthés a que se casara con Ekaterina, y, de negarse, lo retaría a duelo.

Para mis adentros también pensé que ese matrimonio lo haría menos peligroso hacia Nataly. Al menos, así me parecía en aquel entonces. La verdad es que estaba buscando cualquier pretexto para retarlo a duelo, pero si aceptaba casarse con Ekaterina, me retractaría.

—¿Acaso crees que D'Anthés se casaría con una mujer vieja y sin dote? —le pregunté a Ekaterina.

—¡Aunque no se casara conmigo, siempre le perteneceré! —contestó con una mirada retadora entremezclada de miedo.

En sus pupilas se reflejaba la llama de una vela. Por eso la frase de «sus ojos en llamas» venía muy al caso.

—Te voy a mandar fuera de la ciudad, al pueblo, para que lo olvides. Tú no eres la única. A D'Anthés no le faltan mujeres. Y no voy a permitir que deshonres mi nombre. Mañana por la mañana te me vas…

Koko empezó a suplicarme que la dejara siquiera una semana más en San Petersburgo. Dejé que me siguiera implorando durante un rato más. Después cambié el tono de mi voz y le pregunté suavemente si se casaría con él.

—Daría mi vida por ese matrimonio —exclamó y de nuevo las lágrimas corrieron por su rostro.

—Entonces puedo lograr que se case contigo —le dije con voz firme. Inmediatamente sus ojos cobraron vida con un brillo de esperanza.

—¿De veras puedes? Si lo haces, rezaré por ti toda mi vida.

—Entonces… no te me resistas —le dije retirando el cobertor que la cubría. Ella se encogió como un ovillo y empezó a temblar. Por un instante me dio lástima, pero las ganas de hacerla mía no habían disminuido. Seguía asegurándole que la casaría con D'Anthés y no la mandaría al pueblo. Ella dejó de resistirse cuando afirmé que la boda se celebraría a finales de diciembre o, a más tardar, a principios de enero, ya que después no se

podría disimular su vientre crecido y el escándalo sería inevitable. Todo lo calculé perfectamente y la firmeza de mis aseveraciones la convenció.

Ella me creyó y se relajó; estaba acostada sin moverse. Como muerta. Tal vez deseaba sólo que yo terminara lo más pronto posible.

Cuando la estaba haciendo mía, pensaba que por primera vez podía eyacular dentro de ella sin peligro, aunque yo no quería llegar al orgasmo solo.

Deseaba humillar a D'Anthés y su amor por él. Así que tenía que hacer que ella llegara al éxtasis conmigo. Sabía cómo lograrlo. La excitaba tremendamente que entrara y saliera, después que fuese de un lado a otro, siempre rozándola, sin entrar en su útero, sólo frotando y frotando su botón de amor sin darle descanso. Koko empezó a alejarse de mí, para que mi pene no la alcanzara. Curiosamente me apretaba como yo le había enseñado, para no hacerme terminar antes de tiempo sino hasta que ella misma se encendiera. Le metí el dedo en el ano. Me gusta enseñarles cosas a las mujeres, que les acaban gustando.

No tardó mucho para que yo sintiera cómo Koko se sometía a mi lujuria y se entregaba a mí, aunque quizá pensando en D'Anthés. Por desgracia en este caso no podía hacer nada. Sólo una cosa me satisfacía al menos: era mejor estar en su cuerpo que en sus sueños.

Por fin la hice gemir de placer como si experimentara algo nuevo y sorprendente. Al terminar sentí claramente en mi dedo ocho convulsiones suyas. Gozaba contando sus espasmos eróticos. Antes no eran más de cinco, y muy débiles. En cambio ahora pareciera que el embarazo lograba que el placer sexual fuera más poderoso. Se había desacostumbrado a mí. Su cuerpo, en cambio, me había reconocido con alegría.

Después del último espasmo, Koko de nuevo estalló en sollozos. Tal vez sufría por la incapacidad de su cuerpo a resistir al placer.

Con el fin de provocar el duelo con D'Anthés, empecé a manifestar mis celos, cada vez con más fuerza, en cuanto se acercaba a Nataly. Interpretaba mi papel con facilidad y lo hacía rabiar a cada rato. Sin embargo, tenía que

admitir que ese D'Anthés se comportaba con dignidad y se me resistía haciendo gala de sentido del humor, lo que provocaba que me pusiera fuera de mí, y lo insultara con groserías.

Justo en ese momento empezaron a llegar las cartas anónimas, que aumentaron conforme pasaba el tiempo. Como no hice caso, enviaron copias de una carta a todos los conocidos, de tal suerte que todo el mundo se iba a enterar. Maduré inmediatamente un plan que consistió en culpar a D'Anthés de ser el autor de la carta, utilizándolo como pretexto para retarlo a duelo.

Ese mismo día le envié el desafío, pero Hekkeren, su protector, llegó a pedirme la gracia para «su muchacho», e impuse mis condiciones. El viejo juró que iba a convencer a D'Anthés para que a más tardar en dos semanas pidiera la mano de Koko.

Mis hijos son muy divertidos, como diría el difunto Delvigue. Son los protectores de mi vida familiar y los más celosos guardianes de su madre contra la tentación y la seducción. Entonces, cuantos más hijos tenga, mejor. Además, cada embarazo de Nataly es una nueva excusa para mi infidelidad.

Cómo me gusta el vientre redondo de mi esposa, en el cual desaparece el ombligo dando lugar tan sólo a un punto oscuro. Abajo se esconde su vagina emanando un nuevo y muy especial olor a embarazo.

Cuando por la primera vez yo vi a mi hijita Mashka, me conmovió hasta lo más profundo esa milagrosa transformación del placer en la vida de un ser humano. Es muy agradable pensar que cada ser humano es la materialización de las más exquisitas convulsiones.

Nataly está convencida de que sólo puede quedar embarazada cuando tiene un orgasmo. Naturalmente que éste tiene que ser muy fuerte para que sienta cómo su matriz absorbe mi semen; como sabe que deseo tener más hijos, también insiste en que siempre la lleve al éxtasis del clímax. Aunque con ella no es tan fácil. Cuanto más tiempo llevamos casados, menor es mi interés por esforzarme. Sólo lo hago porque si la dejo insatisfecha yo

mismo la estoy incitando a que me sea infiel y a echarla en brazos de un amante.

Al principio me gustaba superar su lentitud y su frialdad, porque confirmaba mi talento como amante. Pero al corroborar mi fuerza y potencia sexual con mi esposa, intentaba aplicarla a otra mujer. A veces a medianoche, al fingirme dormido, sentía cómo Nataly se masturbaba, sin hacer el más mínimo gemido para no despertarme.

Estoy seguro de que con D'Anthés nunca actuaría así. Haría el amor a todas horas del día y de la noche. A veces creo volverme loco. No importa en qué esté pensando, mi mente siempre me lleva hacia D'Anthés. Tengo que matarlo. Es la única forma de empezar una nueva vida, justa, tranquila y honesta. Así podré serle fiel a Nataly. Es el mismo sentimiento que tenía antes de casarme, la certidumbre de encontrar por fin la felicidad, pero ahora, pensando en la muerte de D'Anthés. Así me liberaré de todos mis pecados, de mis deseos viciosos y hasta de mis deudas.

A la espera del duelo inevitable, me pongo cada vez más nervioso, colérico y por momentos irascible. No hay forma de evitarlo ya que a mis espaldas todo el mundo comenta, murmura, y yo soy el centro de sus risas burlonas…

Me desquito mi ira con todos, incluso con mis hijos, a quienes al menor pretexto los azoto con una vara. Si bien mi corazón está lleno de piedad, mi mano está gobernada por el diablo.

La primera vez que levanté el vestido de Mashka para azotarla con la vara, comenzó a llorar:

—¡Nunca más volveré a hacerlo, papi!

En ese momento entró Nataly furiosa, me quitó la vara y se llevó consigo a mi hijita. Me desplomé en un sillón. Estaba extenuado y sin fuerzas. Pasé ahí toda la noche. Desde entonces, cuando disciplino a mis hijos con la vara, cierro la puerta. Nataly grita que soy una bestia salvaje, que no soy un buen padre, que parezco su enemigo… ¿Quién sabe? A lo mejor tiene razón…

Nunca tengo tiempo para mis hijos. Entre la poesía y las mujeres apenas me queda un rato para jugar con Sasha[32] y Mashka, ya que Grishka[33] y Natasha[34] todavía están en la edad de la inconsciencia infantil.

Últimamente he descubierto un enorme placer al sentirme orgulloso de ellos ante mis invitados, casi tanto como cuando escribo un buen verso. Voy por ellos a su habitación y los llevo ante mis amigos. Sus caritas somnolientas me recuerdan las de los gatitos recién nacidos. Mis invitados quedan enternecidos cuando los ven. Pero, en general, los niños me irritan y cada vez con más frecuencia. Trato de alejarme de ellos. Sus gritos, sus risas agudas, sus lágrimas y enfermedades me impiden concentrarme y hacen que pierda mucho tiempo. La paciencia me dura a lo sumo media hora y después tengo que huir de ellos.

Tampoco soporto ver el sufrimiento en sus rostros, aunque sea tan inevitable e inofensivo como la salida de sus dientecitos. A veces me dan ganas de aullar ante mi propia impotencia y correr apresuradamente hacia ellos. Al verlos sufrir me pregunto si no he cometido un crimen al permitirles nacer, pues al concebir a mis hijos jamás imaginé los dolores futuros que tendrían que padecer. No. Ni siquiera pensaba en concebirlos. Sólo me ocupaba de mis propios sufrimientos, en los celos hacia Nataly y, sobre todo, en lo molesto que es interrumpir el placer de la eyaculación y hacerlo fuera para no embarazarla. Eso sí era molesto. A menudo y cuando realmente observo sus manitas… sus piernecitas… sus caritas, entro en un estado de éxtasis poético al pensar que son fruto de mi fruto, carne de mi carne, cuerpo de mi cuerpo. De pronto ese sentimiento tan hermoso es sustituido por otro más poderoso, el del engaño. Siento que me trajeron a la fuerza y me encerraron en una jaula. La responsabilidad hacia los niños es una jaula eterna e inevitable, de la cual nunca podré escapar.

Esa responsabilidad me oprime aunque la escogí voluntariamente y a pesar de las advertencias de la razón, seguí los sentimientos de esa costumbre humana.

Ahora estoy convencido de que no va a salir nada bueno de mi vida familiar y este convencimiento no incrementa mis sentimientos paternales.

Antes cuidaba sólo de mi propio honor, luego empecé a defender el honor de mi esposa. Ahora tengo que preocuparme por el honor de mis hijos y de mis cuñadas. En otras palabras, el honor que tengo que cuidar desde mi matrimonio ha crecido tanto que es muy fácil de ofender. Debo

estar alerta a cada instante. La misma existencia de D'Anthés ya es una afrenta a mi honor. Por eso tengo que batirme inmediatamente con él.

El emperador me dijo que cuidaría de Nataly y de mis hijos en el caso de que yo muera, como si mi final estuviera determinado de antemano. Esto es otra ofensa más a mi honor, pues es el tipo de atención que se le da a una concubina, le respondí bruscamente al zar. Al oír esto se levantó de su sillón, dándome a entender que la audiencia había terminado. Tal parece que teme repetir el caso de Bezobrazov[35] y quiere librarse de mí lo más pronto posible.

Pero como no hay mal que por bien no venga, debido a mi paternidad conocí a dos nodrizas muy bellas. Fue un verdadero placer hacerles el amor durante la lactancia. Al principio una de ellas sentía gran vergüenza por hacerlo delante de los niños, pero muy pronto su pudor desapareció. La puse de rodillas con los dos gemelos debajo de ella. Sus enormes senos llenos de leche se desparramaron en la boca de los recién nacidos. En ese momento entré en ella y llegó al clímax casi de inmediato, y ello muchas veces. En otras ocasiones lo hicimos sin las criaturas, pero no llegaba al éxtasis tan pronto.

Cuando me siento felizmente enamorado, aunque sea temporalmente, me lleno con los placeres mundanos del momento y no me inquieta ni el pasado ni el futuro. Pero cuando mi corazón está vacío, mis pensamientos revolotean y se van al pasado o se dirigen al futuro, que termina inevitablemente con la muerte. Entonces me invade la tristeza que todo lo envuelve. Por eso el amor es mi única salvación pues me libera del pasado y del futuro, haciendo que goce del hoy, del momento feliz.

Si el tiempo se detiene para el enamorado, entonces estar permanentemente enamorado es el único modo de detener el transcurso del tiempo. Y como estar enamorado permanentemente de una sola mujer es imposible, me enamoro y me apasiono de diferentes mujeres.

Un seno desnudo está expresamente pidiendo ser besado y el nimbo alrededor del pezón es el halo de la divinidad.

La inmoralidad de la vagina femenina no está en sí misma, sino en ser una gran omnívora. Un pene tiene su carácter y puede demostrarlo al no erguirse, mientras que el sexo femenino siempre está dispuesto. No sabe decir no. No puede rehusarse.

Las mujeres están llenas de falsedad: las damas de la alta sociedad pretenden que no quieren, y las prostitutas que sí.

Hay dos momentos de felicidad absoluta: cuando lleno del goce anticipado te diriges a visitar a una amante deseosa y deseada; y el otro, cuando regresas liberado de ella y del deseo.

El conde K. regresó de París y al encontrarme con él lo acosé a preguntas acerca de las mujeres francesas. Me dijo que eran extraordinariamente guapas y elegantes y que incluso las prostitutas de la calle parecían reinas.

—¿Cuántas probaste? —inquirí por mera curiosidad.

—Ni una sola —me contestó.

—¿Cómo pudiste perder tantas oportunidades?

Mientras lo criticaba por su falta de acción y por el hecho de estar en París y perder el tiempo de esa manera, el conde sólo permanecía callado y me miraba con una tristeza profunda.

—¿Pero por qué? ¿Por qué no lo hiciste aunque fuera sólo con una? —le dije, sin poder creerlo.

—Porque amo a mi esposa, por eso —contestó.

Al escuchar una respuesta tan simple y sencilla, me sentí avergonzado.

La rutina hace que muy pronto empieces a hacer el amor con tu esposa en la oscuridad, sin mirarla desnuda, con pereza, con cierta apatía. La percibes al tacto, olvidando sus convulsiones sensuales. Muere la admiración estética de verla y olería noche tras noche.

Sin embargo, cuando hago un intento por hacer a un lado la pereza, prendo velas, disuelvo las tinieblas, y al separar sus piernas me detengo a observarla con una mirada fresca, el éxtasis se despierta nuevamente en mí, aunque sin la fuerza de antes.

Y entonces una sed de admiración me lleva a lo desconocido, el ansia de placeres fuertes y sexos nuevos me sigue atrayendo, y no puedo detenerme ni siquiera por conservar el amor por Nataly.

Qué doloroso es constatar que no soy lo suficientemente atractivo para ser amado y deseado por todas las mujeres.

El vello del pubis es el signo precursor del milagro. Lo más perfecto en el cuerpo femenino es el triángulo regular que forman el vello oscuro y espeso, que no deja penetrar la mirada más allá. A veces es espeso, aunque no tiene la forma del triángulo, sino de una fina franja que cubre sólo los

labios de tal manera que por los dos lados del pubis quedan las entradas. Antes no me gustaba. Ahora sueño con la variedad de la imperfección, después de saciarme con la absoluta armonía de la música de las esferas del cuerpo de mi Nataly.

Experimento uno de los placeres más grandes cuando me acuesto de espaldas y tengo ante mis ojos el espectáculo maravilloso de un corazón de nalgas femeninas, cuando su cabeza está en mi ingle y la mía en su vagina. Entonces mi lengua alcanza fácilmente su clítoris y cuando echo para atrás la cabeza me encuentro con esa abertura de donde emana la más dulce ambrosía.

Y después, cuando estamos descansando, el gran gozo obtenido no me deja dormir. Qué dulce es admirar todos los detalles de su sexo después del orgasmo… oler su aroma… sentir su respiración caliente sobre mi ingle. Separo más sus nalgas para gozar de esta vista maravillosa. Y ella me responde lamiendo mi pene y chocando su clítoris contra mi boca, llamando con un deseo perezoso a mi lengua.

La sangre es uno de los sortilegios del sexo femenino. Cada mes, la naturaleza hiere a la mujer en su interior. En otras palabras, el sexo de la mujer es una herida que nunca cicatriza y sigue sangrando mes a mes…

Me estremezco de placer con el olor de esa sangre. Durante ese periodo, la mujer se convierte a mis ojos en algo más deseable y bien amado. Cuando hago el amor durante la menstruación, me imagino mi falo como una daga que se clava en su carne. Al meterlo tan profundo y durante tanto tiempo, la sangre se derrama más y más por sus caderas. Ella gime con desesperación del dolor mezclado con el inmenso placer, y por fin lanza un grito; ¿es su último aliento o el final de su lascivia?

Me fascina esta cópula sangrienta, intensa y candente. Cuando nos separamos, ambos estamos cubiertos de sangre, como si tuviéramos un gran cinturón muy ancho y muy rojo. Después nos bañamos juntos y al despedirme introduzco el dedo en su vagina, dejo que la sangre se seque y durante mi regreso a casa, de cuando en cuando lo pongo ante mi nariz, inhalo y su aroma me lleva de nuevo a su lubricidad caliente. Todavía al día siguiente mi dedo sigue impregnado de los dulces recuerdos del paraíso, en el cual me sumergí durante breves instantes.

Su clítoris palpita bajo mi dedo. Si mi tacto es un poco débil, no llega el orgasmo. Si es demasiado intenso, ella se retira de mí. Como a un ciego, la conduzco hasta el final tan sólo por el tacto. Conozco bien el camino y la mujer me entrega el destino de su placer y de su gozo.

Cada amante que tengo y con la cual comparto sentimientos, particularidades y formas de hacer el amor es todo un universo que me regala la Providencia. Por eso, cuando tengo varias amantes al mismo tiempo, me traslado constantemente de un mundo a otro. Esto, naturalmente, me obliga a mentir, pues cada mujer quiere ser la única para mí. O al menos cada una quisiera estar segura de ser la única a quien amas y de que con las otras sólo estás copulando. Esta fe hace que cada mujer sea mía, no únicamente en cuerpo, sino en alma. A cada una de ellas le doy la

seguridad de mi amor, lo que es verdad, pues en el éxtasis del orgasmo estoy enamorado de la mujer con la cual lo comparto.

Una misma vagina me cansa, pues deja de existir en ella el milagro. El pecado, la dulzura de la lubricidad, consiste en la resistencia a la naturaleza, cuyas leyes nos enseñan que la lujuria debe morir con el matrimonio, cediendo su lugar a otros sentimientos tales como la ternura, la amistad, el deber conyugal o el amor hacia los hijos. El erotismo, por el contrario, nos enseña que cada vagina nos renueva la lujuria y la potencia sexual. Pero la vida justa y honesta deja muy poco tiempo para las aventuras sexuales. Sólo deja un lapso muy breve, apenas para que se atraigan un hombre y una mujer, se unan en matrimonio y procreen hijos. Las pasiones se marchitan muy rápido en el matrimonio, a pesar de que los cónyuges traten de provocar las dulces convulsiones en uno y otro. Irremediablemente terminan en el camino que conduce al desierto de la costumbre, cuando en otro tiempo vagaban en el oasis florecido de la pasión.

La vida desordenada que llevaba antes del matrimonio me enseñó a venerar no tanto al sexo femenino como a su variedad. Una vez que se prueba este remedio mágico contra la pasión que se apaga, ya de casado se necesita más que de soltero.

Para los hombres que no han probado la variedad en el sexo, el lapso de tiempo en que lentamente se va apagando la lujuria y la pasión pasa tan lentamente que no lo notan, y cuando lo hacen ya es demasiado tarde y han envejecido.

Mi pasión hacia Nataly murió al mes escaso de la boda, cuando todavía no se acostumbraba a su nuevo estado de mujer casada. El solo pensamiento de saber que no voy a probar un nuevo sexo, y que voy a tener que serle fiel a mi mujer de por vida, me horroriza mucho más que la idea misma de la muerte, que es inevitable.

Después de probar el fruto prohibido, Adán y Eva conocieron la vergüenza y se turbaron por su desnudez. La vergüenza fue obra del diablo. Al verlos apenados, Dios supo inmediatamente que habían pecado y los expulsó del Paraíso por su desobediencia, pero les dejó el placer sexual como consuelo. Al copular, Adán y Eva no sintieron vergüenza y ello les recordó el Paraíso. Así son los amantes que en su desinhibición encuentran su propia gloria. Como el diablo tampoco duerme, ha creado a la sociedad humana, envuelta en el muy profundo pánico[36] de la vergüenza.

Dios permitió que el hombre tuviera una esposa, sabiendo que con el transcurso del tiempo el pecado de la voluptuosidad se iría reduciendo a la nada, pero castigó el adulterio, porque con cada nueva mujer el pecado renace y perdura gracias a la variedad de ellas que hay en la sociedad. El ser humano es una criatura de Dios y la sociedad es obra del demonio.

Dios no sólo expulsó a Adán y Eva por violar su mandamiento, sino que multiplicó éstos hasta que fueron diez. Si violas aunque sea sólo uno de esos mandamientos, nunca llegarás al cielo.

He violado un mandamiento de Dios que podría ser el más importante: «No amarás a la mujer de tu prójimo». Y estoy a punto de violar otro, si logro deshacerme de D'Anthés.

La mentira humana partió de la vergüenza. La vergüenza es el ocultamiento hipócrita de lo que poseemos. Si nos liberáramos de la vergüenza, también nos liberaríamos de la mentira y no quedaría nada de demoniaco en la sociedad humana. Sólo habría amantes felices.

La pasión es mucho más corta que el amor. Por eso los seres humanos se juran amor eterno y no eterna pasión. Al principio, el deseo es tan intenso que para apagarlo hay que obtener un orgasmo tras otro. Poco a poco, el arrebato pierde fuerza y llega el día en que el hombre se libera

completamente de él y queda así por largo tiempo. Sólo prevalecen el amor y la costumbre, pues con la fidelidad el apetito carnal queda agotado. El tálamo nupcial es la cuna de la pasión, que con el paso del tiempo se transforma en su tumba.

Cuando estoy de viaje y estamos separados, la fascinación que siento por mi esposa ausente es tan intensa, y ella tan inaccesible, que tengo que apagar mis ansias con cualquier mujer. Ya sean las actrices alemanas que viajan conmigo o las muchachas que atienden las tabernas al borde del camino. Necesito de ellas para no volverme loco de abstinencia. Dios sabe que al estar con otra soñaba invariablemente con mi mujer.

Cuando regresé de Siberia[37] enfermé de gonorrea y para terminar el tratamiento fui directamente a Boldino[38] y le escribí a Nataly diciéndole que no volvería a ella con las manos vacías. Una vez que me sentí curado, fui a ver a un médico a Moscú, quien después de los análisis correspondientes, confirmó que me encontraba totalmente sano. Cuando finalmente regresé a la casa, Nataly había salido a un baile. Corrí a buscarla, pero no entré. Sólo le pedí a un mozo que la llamara diciéndole que era urgente. La esperé en la carroza y al verla venir saqué el pene de mis pantalones, y cuando mi belleza abrió la puerta, se topó en plena nariz con un falo erecto y ávido de pasión. Hacía mucho frío, pero mi miembro se calentó rápido.

¡Oh, la ausencia! Qué dulce resulta cuando no es eterna… Nataly estaba ardiente como nunca antes. Fue una noche intensa en la que no dormimos. Pero al día siguiente retornó la costumbre, que sustituyó a la pasión por la tranquilidad.

Miro los centenares de libros que adornan mi despacho, y aunque sé que después de hojearlos la primera vez nunca más vuelvo a tocar la mayoría,

no pienso deshacerme de mi biblioteca. ¿Qué pasaría si quiero leer este o aquel libro algún día? Continúo gastando hasta mi última moneda en adquirir libros nuevos y nuevas prostitutas.

Comprar libros es en sí mismo un placer, muy diferente de la propia lectura. El examinar, oler, hojear una nueva edición representa en sí una felicidad muy particular.

Los libros me dan la seguridad de que cuando los necesito siempre están ahí, accesibles en cualquier momento y a mi disposición. Lo mismo pasa con las mujeres. He de tener muchas y con la misma disponibilidad de poder abrirlas cuando quiero, como los libros. Según mi punto de vista, los libros y las mujeres tienen mucho en común. Abrir un libro es lo mismo que separar las piernas de una mujer: el conocimiento se revela ante la mirada. Cada libro, como cada mujer, tiene su olor muy especial, aunque esté impreso en la misma imprenta y con la misma tinta tipográfica. Contar las páginas de un libro virgen me llena de un placer inexplicable. Incluso un libro insulso me produce placer cuando lo abro por primera vez. Cortar las páginas de un libro intonso, por necio que sea el libro, es lo que más me atrae. La principal diferencia entre un libro y una mujer consiste en que me atrae más un libro inteligente, es decir: la belleza de su portada no tiene ninguna importancia para mí.

Así como una mujer puede llegar al orgasmo con cualquier hombre hábil y experto, así un libro se abre ante quien lo toma entre sus manos. Otorga el deleite de su conocimiento a cualquiera capaz de comprenderlo. Por eso soy posesivo con mis libros y no me gusta prestarlos a nadie. Mi biblioteca es mi harén…

El amor nos esclaviza por el miedo a la pérdida del ser amado. El miedo se manifiesta en nuestra conducta y la mujer lo percibe de una manera muy clara. La indiferencia hacia la mujer nos hace libres e independientes,

porque no tememos perder lo que no apreciamos. La mujer respeta nuestra libertad y se somete a ella como a una fuerza superior.

En una pareja, el poder del hombre sobre la mujer radica en ocultarle el temor a perderla. Es similar a la actitud estoica de los héroes ante la muerte. La disposición de morir hace al hombre libre y fuerte. Cuando la mujer ve al hombre dispuesto a abandonarla, se enamora y se aferra más a él. Su debilidad se transforma en amor por él. Por eso el tener varias amantes es una manera de conservar la indiferencia a perder a alguna de ellas.

Cuando hago el amor con Aza, imagino que Nataly está debajo de mí, y al hacerlo con Nataly, imagino a Aza en su lugar. ¿Acaso esto significa que ninguna mujer puede satisfacerme en su totalidad? Mis deseos son tan exigentes que la realidad misma es incapaz de saciarlos.

¿Por qué dicen que un hombre «toma» a una mujer y que ella se «entrega»? Cuando en realidad la mujer recibe en su cuerpo el miembro que el hombre le da…

La diferencia entre una prostituta y una mujer «decente» de la alta sociedad consiste en que la primera te da un precio exacto y lo expresa abiertamente, mientras que la mujer decente no quiere comprometerse con una cifra concreta, y trata de sacarte lo más posible.

¿Cómo es posible no gustar del *ballet* y aficionarse a él? Si es la única manera de ver piernas desnudas ante la sociedad y saciarse de ellas en

permanente admiración, sin peligro para la propia reputación. El *ballet* vuelve legal el examen visual de las piernas femeninas. Si el arte posee tal poder de perdonarlo todo, tal vez algún día se vuelva tan refinado que permita admirar las piernas separadas de una mujer, sin que provoque en nadie sentimientos de indecencia y deshonestidad. Pero esos tiempos están lejanos…

La fidelidad en el matrimonio no es un estado que nace del deseo, sino de la voluntad. Porque el ansia por otras mujeres no desaparece, sino que se incrementa con el correr del tiempo. El respeto, el amor y el temor a correr riesgos son los que detienen la infidelidad. Muchos hombres ocultan tanto su lubricidad por otras mujeres, que se horrorizan al verla reflejada en otros. Algunos ven la pasión con desapego, como animales en una jaula forjada por su voluntad. Pero ¿cuán segura es esa jaula?

Cuando en el matrimonio renace la pasión, es porque se han debilitado o están por romperse los lazos conyugales. Tomemos por ejemplo a los amantes: el deseo y la lujuria se convierten en pecado, porque son como chispas que deben morir. Cuando esto no sucede es debido a que las mujeres gozan fuera del matrimonio.

Es así como llegamos a entender el concepto original del pecado, donde la lujuria es enemiga del amor. La cópula entre esposos no es pecaminosa, porque se hace sin lascivia. Mientras que las relaciones extramaritales están llenas de lubricidad y, por ello, de pecado. Por eso todo intento en el matrimonio por recuperar la pasión es viciosa, incluso la separación temporal. La pasión que renace por corto tiempo en una separación temporal pone en peligro el matrimonio, pues somete a la esposa a la tentación de la infidelidad. El matrimonio fue creado para destruir la pasión, aunque paradójicamente haya sido la pasión la que condujo al matrimonio.

De aquí se desprende, pues, que la pasión sea pisoteada… por la pasión misma.

El matrimonio nos engaña por su legitimidad y por lo accesible que resulta para saciar nuestros deseos. Pero al jurar fidelidad, no sospechamos que también prometemos abdicar de la lujuria.

El matrimonio sirve para distraer de la sensualidad, por medio de ella misma.

Entonces, por el bien de un matrimonio estable, hay que renunciar a la voluptuosidad y a la pasión… ¡Jamás…!

La lubricidad es disposición del cuerpo, el amor es disposición del alma. Disposición que no es nada más que la pasión del alma.

Cuanto más conoces a las mujeres, más te convences de que no puedes compararlas ni decir que una es mejor o peor que otra. Cada mujer que has conocido es irreemplazable. Ningún amor se aleja. Siempre queda contigo y dentro de ti. Por eso cada mujer es inolvidable.

Recuerdo a todas mis prostitutas con la misma precisión que a mis beldades de la alta sociedad. Cada mujer tiene un orgasmo a su manera. Cada una tiene un cuento de hadas inimitable en su seno, y el pene empieza a distinguir y a apreciar estas especiales diferencias tarde o temprano.

Una vez que le hacía el amor a una mujer caprichosa de la alta sociedad de quien estaba cansado, recordé a una muchacha fea y comencé a pensar en ella. Después de esto, ¿cómo puedo decir que una belleza es mejor a otra común y corriente?

Una mujer bella me halaga por su aspecto estético, y desde el punto de vista de la opinión pública, una mujer de la alta sociedad anima el orgullo y amor propio. La posesión de ella provoca envidia entre los demás hombres

y eleva la vanidad de uno mismo. Pero estos sentimientos no tienen nada que ver con la pasión.

Siendo adolescente, me asombró tanto el milagro que se abría ante mí por la visión del sexo femenino, que de repente me di cuenta de que ya había puesto a su poseedora en un altar como a una diosa, y le había jurado fidelidad. Después comprendí que no era otra cosa que idolatría y paganismo. Los iconos son muchos, pero Dios es… único.

Yo no idolatro a una u otra mujer, sino su vagina. Y cuando el fuego de mi oración empieza a debilitarse, me dirijo hacia un nuevo sexo, para seguir conservando esa chispa divina. Una sola mujer no es capaz de sustituir el mundo entero de las mujeres.

¿O es que acaso se puede reprochar a un caminante que entre a rezar a los distintos templos que se encuentra en el camino si le reza al mismo Dios?

Es muy difícil hablar sobre la vagina femenina pues es perfecta, es una armonía divina. Se puede reflexionar acerca de la imperfección, explicándose el porqué, lo distante que está de la perfección; y señalando el camino de su perfectibilidad.

En el caso del órgano femenino hay que hacer un esfuerzo para no entregarse al poder impaciente de los sentimientos, sino meditar en la forma de adorarlo.

El arte de las actrices consiste en que al interpretar un papel mantienen fría el alma, mientras se observan tranquilamente desde afuera. Representan el amor pero no lo sienten en absoluto, y tienen que desempeñar muy bien su papel para que el público les crea. Las actrices imitan el sentimiento más sagrado del amor y cuanto más convincentes sean fingiendo, obtienen más fama, reconocimiento y dinero.

El arte de una prostituta se parece mucho al arte de una actriz. ¿No será por esto que la sociedad las menosprecia a unas tanto como a las otras? ¿No es por esta misma razón que las actrices son tan casquivanas?

Los pecados de una mujer no consisten en tener una vagina, a la cual debería glorificar, sino en que poseyendo este milagro se quede a menudo indiferente ante una relación sexual. Este, según yo, es el más grande de los sacrilegios ante la divinidad de su perfección. Se acusa a las mujeres de perfidia por su habilidad para permanecer indiferentes, cuando el hombre se consume por el fuego del deseo. Una mujer puede engañar fácilmente. Fingir una pasión ardiente y burlar a su amante, no con otro, sino con él mismo.

La eyaculación es una prueba indiscutible de la sinceridad de los sentimientos del nombre hacia su amada. Cualquier prueba en la mujer puede ser falsa, pues con aprender un poco del sexo, puede imitar, de manera artística, las convulsiones sexuales sin sentirlas.

Un hombre siempre goza del sexo, en tanto que una mujer se queda con frecuencia indiferente o, lo que es peor, siente cierta repugnancia. Ésta es la malignidad de la naturaleza femenina, su lamentable imperfección.

Mi intenso estudio sobre la vulva no me ha permitido comprender por qué surgen sentimientos tan fuertes con sólo mirarla. Al verla, siempre tengo que hacer esfuerzos inauditos para contenerme y no lanzarme como un animal en su profundidad con mi falo.

El sexo femenino no se ve bien durante el coito. Cuando me separo para observarlo, sin retirar el pene, sólo veo vello rodeándolo. Además, el gran placer final siempre distrae la atención, concentrada en detener y prolongar esa felicidad sensual.

Frecuentemente, cuando hago el amor no veo el sexo sino la cara de la amiga sexual del momento. Aun cuando lo beso, se encuentra tan cerca de mi cara que no puedo examinarlo con cuidado. Si me separo para admirarlo, la poseedora empieza a exigir un contacto carnal intenso, en lugar de una mirada ardiente.

Cuando ante mí tengo a una mujer acostada, y sin pudor abre las piernas, estoy mirando el misterio cuyo poder es indiscutible. Entonces el intelecto intenta razonar y enfriar la pasión, asegurando que sólo son pliegues de la piel, pero el corazón no queda satisfecho. Según mi opinión, éste es el secreto de la vida y de la muerte. Esta mirada hipnótica de la entrada a la vagina es la cara misma de Dios.

La fidelidad hacia una sola de ellas es un monoteísmo. La concupiscencia, el ímpetu por tener muchas es algo similar al politeísmo pagano y no hay que olvidar que el periodo del paganismo fue llamada la Edad de Oro.

Cuando veo a una mujer, siempre me hago algunas preguntas acerca de ella: ¿Cómo es su sexo? ¿Su clítoris es grande o pequeño? ¿Qué olor tiene? ¿De qué color son sus labios genitales? ¿Su vello púbico es espeso? Para mí todo esto guarda un enorme significado. Es el encanto al conocer a una mujer. Un temblor y una inspiración de deseo y amor.

Al observar cómo camina una mujer, imagino cómo se frotan los labios de su vulva uno con otro. Y si su clítoris se roza, en el transcurso de sus pasos logra un orgasmo.

Jesucristo era ignorante respecto de la sensualidad al señalar que si el hombre mirara a una mujer con lujuria cometería adulterio en su corazón. Por mi experiencia lo diría de otra manera: «Cualquiera que vea a una mujer, ya está cometiendo adulterio en su corazón». Si no lo cometió fue porque la mujer no lo excitó.

¿Qué es la belleza? Desde tiempos remotos los sabios siempre se han cuestionado sobre la esencia misma de la belleza. Cuando mi esposa aparece en el salón de baile, todo el mundo se vuelve a mirarla. Entonces la belleza se reconoce, pero no se puede definir.

Para obtener un goce pleno del sexo femenino, hay que hacer el amor y verlo al mismo tiempo. Para lograrlo tomo a dos mujeres. A una la coloco

debajo de mí y a la otra encima. Gozando con una mientras le hago el amor, me estoy saciando de la otra sólo con verla.

Mi cuerpo y mi alma no caben en sí mismos por el éxtasis obtenido. He aquí el vivo Sol de la vagina. Tan brillante que mi cuerpo no lo soporta y tiembla con convulsiones para rescatarse a sí mismo. La ceguera total acaba de repente con el deseo. De súbito me siento liberado del absoluto poder de ella, que me había poseído, apenas hacía unos instantes. Soy arrojado a otro mundo. Aún estoy mirando la vagina que se encuentra ante mis ojos y ya no me excitan esos pliegues de carne recubiertos de mucosa. Me horroriza este cambio tan brusco en mí. Insulta la vanidad de mi admiración. Me abruma la insensibilidad con la cual admiro mi reciente ídolo. Es incomprensible que sólo sea un instante el que separa una gran admiración de una gran indiferencia.

De inmediato me sobrecoge un pensamiento: Cuán insignificante es el poder de la vagina, si desaparece tan rápido. Sin embargo, la experiencia hace renacer otra idea: ¡Qué omnipotente es! Si al reducir un éxtasis a cenizas, a los pocos minutos es capaz de hacer surgir un brasero de deseos.

Y su imagen se coloca de nuevo en un altar sagrado.

Después del decepcionante alivio que producen las convulsiones, la mujer pierde de repente su poder mágico sobre mí. La veo tranquilo y somnoliento, como puedo ver el fuego de una hoguera o como las olas revientan en la orilla; hasta que su contorno divino empieza a hacerse visible de nuevo, y me envuelven las ondas del deseo, y el fuego de la pasión hacen que me vuelva a enardecer.

Tal vez sea por eso por lo que me atraen tanto los incendios. Su voracidad, su concupiscencia y cómo atrapan todo lo que imprudentemente se encuentra cerca de ellos. Me alegra la distancia que me separa del fuego, pero me falta voluntad para separarme de las vaginas que me queman y calcinan mi alma.

Hay que advertir que la vagina tiene valor en sí misma y su encanto no depende del cuerpo al que pertenece. Aun una cara y un cuerpo feos no pueden destruir su fuerza de atracción.

Si colocamos a dos mujeres, una guapa y otra fea, y cubriéramos sus rostros con un velo espeso, entonces al hacer el amor con la fea puedes sentir un gozo no menos esperado que al hacer el amor con la bonita. Es más, si no sabes quién es quién, podrías preferir a la fea. Entonces, el alma de una mujer se oculta en su vagina y no en su corazón.

Una vez seguí a una prostituta para hacer realidad una fantasía. Empezaba a anochecer y pasaba por la calle sin notar mi presencia. Mientras la observaba caminar daba vida a mis sueños y rogaba a Dios por que no se volviera. Tenía la fantasía de hacer el amor con una mujer sin verle el rostro. Ésta tendría no más de treinta años, una cinta delgada alrededor de su cintura y anchas caderas. Su vaivén al caminar denotaba que era una prostituta con oficio.

Todo salió a pedir de boca. Ella entró a una casa. No había nadie en el patio. En el centro había un pequeño cuarto con leña adentro. Alcancé a la mujer y sin permitir que se volviera le dije bruscamente:

—No te vuelvas. Quiero hacerte el amor y te voy a pagar muy bien, pero no quiero ver tu cara. ¡Entra al cuarto de la leña!

—Nada más no me lastimes —suplicó.

Entramos al cuarto.

—Haz lo que te diga y no vas a arrepentirte —le dije en tono conciliador.

Puse una mano sobre su vientre y con la otra apreté su espalda, para que se inclinara. Obedeció dócilmente. Le subí el vestido mientras mi pene ya sentía los latidos del corazón. De nuevo apreté su espalda y ella se puso de rodillas. Separé sus nalgas, las elevé y su vulva afloró inmediatamente. Era

toda belleza. Me arrodillé y empecé a besar su sexo. Gemía de placer. La seguí besando e introduje la nariz en su vagina, que percibió cómo se iba humedeciendo. Su olor era magnífico y saludable. Adoro ese aroma y no permito que mis amantes se laven antes de una cita amorosa. AJ ver que ella se entregaba por completo a la pasión, introduje mi falo duro a la hendidura, ya sonrosada por el deseo.

El sol que penetraba por las rendijas de las maderas me cegaba. Ella se esforzó por complacerme y cuando eyaculé, respiró aliviada.

—No te vuelvas —le repetí. Tuve miedo de que en el último momento me mostrara su rostro, y lo echara todo a perder.

Después de arreglarle el vestido puse cinco rublos de plata encima de sus nalgas y salí rápidamente del cuarto. Nadie me vio.

Mi sueño se había realizado: había hecho el amor con una desconocida sin ver su rostro. Me dio lástima haberla asustado, pero de otro modo ella hubiera puesto su cara frente a la mía, y en ese momento no era lo que yo deseaba.

Como un diamante inapreciable, el sexo femenino está colocado en una magnífica montura de vello espeso, entre el ano y la uretra. El cuerpo femenino no tiene absolutamente nada que pudiera causar asco o repugnancia. Su sexo lo bendice y santifica en toda su divinidad y su olor es un *bouquet* de fragancias combinadas. El vello de la axila me recuerda a su vello púbico y éste es el estandarte de su vagina.

Hace algunos años el conde Naschokin tomó un seguro de vida, no sé si por novedad o por miedo de su esposa Olga. Ahora al recordarlo me pongo a pensar por qué no he hecho lo mismo. Tomar un seguro de vida es un acto desinteresado, pero hace que la esposa caiga irremediablemente en el pecado. Así es la naturaleza humana que prefiere llevar el pensamiento

hacia la dirección del pecado, cuando se presentan posibilidades y no hay obstáculos. Si la esposa sabe que después de la muerte de uno recibirá buen dinero, no evitará el sentir consuelo pensando en lo que va a recibir. También me pregunto si estos pensamientos aumentarán la fidelidad de la esposa. ¿La harán más dependiente del destino del marido? Tales ideas, aun en contra de su voluntad, enfriarán irremediablemente el ardor con el que esperaría la recuperación de su esposo.

Y si una esposa joven espera librarse de un marido viejo y odioso, ¿no ayudaría ella con su negligencia, aunque fuera involuntaria, a acelerar la forma de que llegue a su fin? Incluso, si es cobarde e infame, puede llevarlo intencionalmente a la tumba.

Es inmoral asegurar la vida por mucho dinero, pues al recibirlo la esposa después de la muerte del cónyuge, la hará muy rica, mientras que cuando vivían los dos eran pobres y estaban endeudados. En este caso, la muerte del marido mejora la situación financiera de la esposa de tal manera que el seguro la mantendrá en una constante tentación de acelerar la muerte de su esposo. Viéndolo así, resulta que la vida humana se intercambia por dinero.

El marido ha previsto cierta cantidad para que después de muerto consuele a su esposa. Entonces, y para ser consecuente con esta lógica, el marido también debería arreglar todo de tal modo que ella tampoco sufriera no sólo por la falta de dinero, sino por prever quién le satisfaga los deseos carnales.

No. Definitivamente no tengo la nobleza suficiente para hacer todo eso.

La obligación del marido es cuidar de su esposa, pero la esposa debe rechazar por honor y por orgullo «preocupaciones» de este tipo.

En la India, cuando muere el marido, queman a la esposa y la entierran junto a su difunto. No es difícil imaginar los cuidados que ella debe prodigarle cuando está enfermo. El miedo a su muerte es un buen incentivo para su amor y fidelidad.

La muerte del marido no debería proporcionar beneficios materiales premeditados a la esposa. Comprar un seguro de vida es comprar también un sentimiento de paz de la esposa en vísperas de la muerte del marido, en lugar de que ella temblara de horror y de miedo. Asegurarle su vida sólo

sería válido en el caso de que te murieras y fueras a dejar a tu mujer y a tus hijos arruinados y en la quiebra absoluta.

Yo no tengo por qué preocuparme, pues el emperador no la dejará desamparada. No abandonará en la desgracia a una viuda joven, bella y tan largamente deseada.

La vida familiar de mis antepasados se vio ensombrecida por grandes celos y una crueldad extrema. De una a otra generación este sadismo se fue debilitando. Mi bisabuelo mató a su esposa con arma blanca, mientras que mi abuelo sólo la encerró de por vida en la casa. Mi padre únicamente se interesaba por sí mismo y fue totalmente indiferente hacia mi madre. Yo he dado el último paso: confío en mi esposa pese a todos los rumores. Cierro el círculo familiar con broche de oro: esta vez no es mi esposa sino yo quien va a morir en forma violenta.

Con Kern[39] yo sólo hablaba de cosas insignificantes porque era muy superficial. Solamente me interesaba su hermoso cuerpo. No tengo la culpa de que la mayoría de las mujeres no puedan seducirme con nada más. Aunque a veces me encuentro con mujeres que tienen intelecto y sentimientos muy finos. Es agradable conversar con ellas, sobre todo después de hacerles el amor. Estas mujeres, que son muy pocas, no se molestan en decirme que a mí sólo me atrae su cuerpo, porque saben, primero por su propia experiencia, que no es cierto. Y segundo, porque son

lo bastante inteligentes para entender que una generalización de este tipo las convertiría en el hazmerreír de todo el mundo.

Las mujeres tontas no quieren reconocer que en su vagina está su esencia, que ésta es independiente de ellas y que los hombres tienen que tratarlas por ser las poseedoras de ese maravilloso regalo. Las mujeres estúpidas no comprenden que uno busca su vagina y quieren entregarse a un hombre en cuerpo, alma y espíritu.

Cuanto más fuerte es el deseo en el hombre, menos capaz es de distinguir entre la palabra «mujer» y la palabra «vagina». Su deseo satisfecho es lo único que le confirma la existencia en la mujer en su conjunto, y no sólo de su vagina. Es por eso que una mujer inteligente se entrega a un hombre, no únicamente para saciar su deseo sexual, sino para que además pueda apreciar su intelecto, su talento, su bondad y todo lo bueno que ella tenga.

Ana Kern y otras mujeres tontas le confirman a todo el mundo que yo considero a las mujeres como seres inferiores y primitivos. Y en efecto eso pienso, pero sólo cuando son éstas las que están bajo mi cuerpo.

Un beso es el preludio para ir más allá de la tentación y caer en el adulterio. Los cónyuges jamás se besan como los amantes y además empiezan a hacer el amor de inmediato.

Al ver a D'Anthés cortejando a Nataly, vienen a mi memoria los recuerdos de cuando yo rondaba a Ana Kern en Olenin. ¿Es venganza o inocente coincidencia? Tal vez no lo averigüe nunca.

Sin embargo, los recuerdos de Ana Kern son muy agradables. Sus espasmos me apretaban tan intensamente que, en ocasiones, no podía salir de su hermoso cuerpo. Su prima Anette[40] también sentía los espasmos, pero éstos se reflejaban en su rostro. Al llegar al orgasmo hacía un rictus

que descomponía totalmente su rostro y a veces me daba miedo y tenía la impresión de que así podía quedarse para siempre. Me hubiera gustado escuchar lo que decían Ana y su prima, cuando entre las dos me escribían una carta de amor. Kern y yo definíamos una buena cópula como aquella que no es rápida, sino intensa. Debía agradecerle a Rodzianko[41] por tan buenas lecciones.

Después de una larga separación, Ana vino corriendo a casa de mi amigo Delvigue, donde yo la esperaba. Llegó con un abrigo de pieles cubriendo sólo su camisón. Hacía un intenso frío y le dijo a su padre que iba a ayudar a mi hermana con las preparaciones de la boda. Una vez a solas nos aislamos en mi despacho y pusimos en el suelo su abrigo, que se manchó con los jugos de nuestro amor.

Su padre la admiró por su compasión y su bondad, y no perdió ocasión para contar ante sus invitados cómo ella, semidesnuda, corrió por la nieve para ayudar a mi hermana. No pude contener la risa y, para ocultarla, besé fraternalmente a Ana.

Delvigue arteramente se casó con ella en segundas nupcias. Lo más sorprendente fue que la primera y la segunda esposa se convirtieron en muy buenas amigas. Esto no lo pudo soportar Delvigue y murió de agotamiento el año de mi boda, lo que definitivamente fue un mal presagio. Debí de suspender mi matrimonio un año. Tal vez de viajar al extranjero[42], así mi matrimonio no hubiese ocurrido, pero se dio, y fracasó para siempre.

El casamiento me trajo infinitas preocupaciones económicas y las necesidades crecían año tras año. Esto me hizo depender de gente tan odiosa como el emperador. Los usureros me daban dinero dejando en prenda las joyas de Nataly, mientras que el zar prefería una fianza más viva: la propia Nataly.

Deseaba que mi esposa bailara ante sus ojos. No lo hizo porque prefirió no enfrentarse a su legítima esposa y tener que darle explicaciones. El zar pensaba también que regalarme dinero significaba la compraventa de Nataly; por eso me lo prestaba, para acallar su conciencia.

¡De ningún modo! Lo despacharé después de D'Anthés. Por el momento tengo que someterme, pero muy pronto mi situación va a cambiar. *Sovremennik*[43] pronto me dará algo de dinero, aunque me siento renuente a ocuparme de ello.

El ansia de librarme del poder del dinero me llevó a ejercer los asuntos más desagradables. Y depender más y más del éxito de actividades que me son ajenas. Tuve que hacerme comerciante, negociar con Viazemsky[44] y regatearle para ganar cien rublos más por unos muebles que le di. Vender la maldita estatua de *Catalina La Grande*[45] al sagaz de Myatlev[46]. Administrar mi patrimonio, que mi padre devastara casi totalmente. Gastar mi tiempo y mi vida corrigiendo los textos de escritorzuelos sin talento que sueñan con ver su nombre publicado.

Y hay que reconocer que en todo esto no tuve el mínimo éxito, pues no se puede destacar en algo en lo que no se está contento. Hay que amar como a una mujer el trabajo que uno hace o el negocio en el que uno trabaja. Y entonces hasta lo más insignificante se vuelve importante, y el entusiasmo trae éxito y felicidad. El amor otorga trascendencia y significado a todo lo que haces por él, y te recompensa con hacerte independiente de todo lo demás.

Tengo que confesar que soy feliz cuando el sexo femenino se abre ante mí y puedo escribir en mi despacho, gozando de antemano pensando en la próxima vagina.

La falta de dinero me irrita, pero no logra volverme infeliz. Siempre he pensado que siempre que me proponía aprender algo lo lograba. Así que empecé a reflexionar y a centrar mi mente en ganar dinero. Después comprendí que es como la poesía: no se puede aprender, es necesario tener el talento y la inspiración. Ahora sé que nunca voy a ganar suficiente dinero con mi trabajo literario y que me espera el fracaso en los demás ámbitos, pues soy incapaz de hacer dinero. No tengo parientes ricos de quienes esperar una herencia, por lo cual mi futuro económico no es nada prometedor. Al final el emperador me perdonará mis deudas, y voy a aceptarlo, pues mi deuda es tan inmensa que incrementarla sería indecente.

Mi suegra mandó mil rublos para el cumpleaños de mi hijo Sashka. Si Nataly fuera tan prolífica como las gatas, obtendríamos de mi suegra buenas ganancias, aunque tampoco creo que su generosidad durara mucho tiempo. No hay nada tan humillante como pedirle dinero prestado a Dimitri[47], sabiendo que yo fui quien le ayudó a conseguir un préstamo de Golitsin[48]. ¡Odio la usura! Y la perversión se encuentra donde se necesite el dinero. ¡No puedo, no quiero, no sé, odio ser un comerciante! Mi cabeza debería estar libre para escribir poesía, pero el deber de cualquier hombre casado es llenarla de estulticia con preocupaciones materiales. Si esto sigue así, la Musa inspiradora y Venus, la diosa del amor, van a quitarle a los maridos sus virtudes pasionales para hacer el amor.

Hace poco más de un año la pobre Polinka[49] murió de fiebre puerperal, después de siete semanas de sufrimientos. Dios sabe que no quería eyacular dentro de ella, pero me suplicó tanto que lo hiciera, pues no podría llegar al orgasmo de otra forma. Cuando me enteré de su embarazo le propuse que diera a luz y le prometí que cuidaría de ella y de nuestro bebé. Pero ella sabía que si esto sucedía tendría que irse de mi casa, y quería quedarse a toda costa. Una vieja curandera rasgó sus entrañas con una varilla de metal y le provocó una hemorragia que no pudo parar y a la que siguió la fiebre. ¿Qué podía hacer yo? Le llevé un médico que dijo que no había ninguna esperanza para mi querida Polinka.

Qué dulce y grato recordar su transformación de una simple muchacha modesta y silenciosa en toda una voluptuosa bacante, que gozaba enormemente al introducir yo mi falo en ella. Ponía sus piernas sobre mis hombros y me decía:

—Qué bueno, señor, que tenga los hombros tan anchos.

Entonces supe por qué a las mujeres no les gustan los hombres de hombros estrechos.

Cuando le hacía el amor, a veces perdía la conciencia y sólo decía para sí:

—Más, más…

Mi pobre y dulce Polinka…

Hace tiempo que aparté las pistolas en la tienda de Kurakin[50] y de vez en cuando voy a verlas para confrontar mi rostro con la muerte. Miro a través de la oscuridad del cañón, en donde se oculta mi destino y me pregunto a mí mismo: «¿Cuándo…?».

Las dos pistolas en la caja, con seis balas cada una. Seis. El número maldito que veo en todas partes. Seis por seis, son los treinta y seis años que tengo. Estamos en 1836, termina en seis. Nataly tiene veinticuatro años, dos más cuatro igual a seis. Me da miedo esta cifra diabólica.

Las dos pistolas se me figuran dos amantes que lamen uno al otro sus partes más íntimas. La cercanía del amor y de la muerte en todos lados prueba que la muerte es dulce como el amor y no hay por qué temerle.

Cada vez más me solicitan las mujeres de la alta sociedad, cuanto más éxito tiene mi esposa en la Corte. Es muy halagador para ellas el entregarse a mí, su vanidad las lleva a tal grado que se sienten felices de que yo las prefiera a ellas, en lugar de estar con la beldad de mi esposa. Ello hace que empiecen a considerarse más bellas e irresistibles de lo que en realidad son.

Idalia[51] hace mucho que está enamorada de mí y Nataly y yo nos reímos de ella. Mi esposa ya dejó de sentir celos y ahora se refiere a mis aventuras como si hablara de una enfermedad incurable. Y quién sabe… Puede ser que tenga razón y efectivamente sea una enfermedad mortal…

Una vez que Nataly y yo notamos las miradas ardientes de Idalia, le dije bromeando que lo que ésta estaba buscando era que le metiera la mano bajo el vestido. Nataly dudó que yo me atreviera a hacerlo y le aseguré que, si me lo permitía, no había nada más fácil en el mundo, e incluso le propuse que fuera mi testigo. Ella aceptó bajo una condición: que no hubiera violencia y que Idalia no se enterara de nuestro acuerdo secreto.

Maduré el plan inmediatamente. Le pedí a mi esposa que entablara una charla amistosa con Idalia y que, después del baile, le ofreciera que la lleváramos a su casa en nuestra carroza, con el fin de continuar nuestra charla.

Nataly cumplió su tarea admirablemente. Ella misma se animó y se apasionó. Al terminar el baile, los tres nos sentamos en la carroza. Idalia junto a mí y Nataly enfrente.

Idalia se sorprendió y me preguntó que por qué no me sentaba con mi esposa.

—Considérelo más bien un signo de hospitalidad —contesté—. Como mi esposa ya está acostumbrada a nuestra carroza, no le teme a la oscuridad, mientras que usted es nuestra invitada y podría darle miedo.

Estaba tan oscuro que apenas podía distinguir a Nataly, a pesar de su vestido blanco. Hablamos animadamente, comentamos acerca de las andanzas de cierta dama conocida por todos, al tiempo que yo ponía mi mano sobre su rodilla. Ella se estremeció, pero siguió hablando. No sabía si Nataly lo había notado, e hizo como si no hubiera pasado nada. Yo tampoco sabía si mi esposa se había dado cuenta de mi acto de valentía, pero esperaba que sí lo hubiera advertido.

Idalia tomó mi mano y la retiró de su rodilla, tratando de no llamar mucho la atención. Decidí ir recogiendo su vestido por un lado. Al mismo tiempo contaba un chiste muy gracioso, que había escogido especialmente para la ocasión. Hacía ademanes con una mano, mientras con la otra trabajaba debajo del vestido de Idalia. Todos se reían a carcajadas y se balanceaban de un lado a otro de la risa, lo que yo naturalmente aprovechaba para alcanzar a meter mi mano casi hasta la entrada divina. Lo más que hizo Idalia fue cerrar las rodillas, pero yo había llegado hasta su pubis y con mi dedo alcancé la entrada a sus profundidades.

Llegó el momento que más me deleita en esa lucha juguetona por acercarme. Es ese preciado instante en que he llegado tan lejos que la mujer empieza a entender lo inútil de su resistencia y en vez de cerrar las rodillas las separa, se relaja y empieza a gozar, y mi mano, que luchaba con las caderas cerradas, de pronto resbaló en las entrañas húmedas de sudor y de deseo.

Pero pasó algo imprevisto: sin querer la arañé y lanzó un grito que aproveché para sacar la mano rápidamente. Preocupada, Nataly preguntó qué había pasado. Idalia, tal vez pensando que la había lastimado intencionalmente, le respondió que yo me había propasado. Tuve que justificarme explicando que debido a lo animado de la charla había puesto sin querer mi mano sobre la rodilla de Idalia. Ella rezongó, pero no se atrevió a confesar la verdad.

En eso que llegamos a la casa de Idalia y auné mis disculpas a la despedida. Para suavizar la situación tan tensa, mi esposa aseguró a nuestra invitada que no habría que prestar tanta atención a una cosa tan insignificante, y que ella no sentía celos en absoluto. Esta confesión enfureció mucho más a nuestra invitada, quien, colérica, entró a su casa.

Nataly dudó de mi victoria y para confirmársela puse mi dedo sobre su nariz.

—Tal parece que no se ha bañado en una semana —dijo con rabia, reconociendo mi triunfo.

Desde entonces Idalia me odió cada día con más fuerza, aunque estaba segura de que Nataly no había observado nada y continuaba su amistad con ella, pero en cuanta ocasión se le presentaba, y a espaldas nuestras, expresaba sus condolencias por la pobre Nataly, quien había arruinado su vida casándose con un libertino tan desagradable como yo. En venganza, fue ella misma quien propuso su apartamento a D'Anthés para que tuviera citas íntimas con Nataly[52]. La propia Idalia me lo comunicó en una carta anónima, pero reconocí en seguida el aroma de su perfume impregnado en el papel. Hasta ese entonces ya había recibido muchas cartas con ese aroma.

Cuánto odio y malicia nacen en una mujer que ha sido rechazada. Si le hubiera hecho el amor después del incidente, seguiría enamorada de mí como antes. Pero en aquel entonces estaba tan ocupado con otras mujeres

que no tuve tiempo para Idalia. Si me lo hubiera pedido amablemente, jamás hubiera rehusado, aunque su pasión era demasiado indiscreta.

Yo debía de saber que nunca hay que rechazar a una mujer que se ofrece voluntariamente. Después de hacer el amor una o dos veces, puedes quitártela de encima, convenciéndola de que hay que separarse, a pesar de ti mismo, por circunstancias fatídicas y misteriosas, pero jamás por otra mujer. Entonces se alejará guardando para siempre los mejores recuerdos de ti. Y lo más importante es que siempre estará dispuesta a entregarse y te adorará irremediablemente, si le aseguras que eres capaz de retar al destino, y cada vez que apareces en su recámara le juras que no has podido vivir sin ella. Hasta las mujeres más inteligentes se rinden ante este juego. ¿Cómo puedo hacer si no me creen hasta que las engaño?

Sin embargo, a mí me falta voluntad para actuar con tanta previsión y perspicacia y prefiero cortar una relación de forma torpe lo más pronto posible para entablar una nueva.

Esta vez, y por una broma, me gané un enemigo irreconciliable y peligroso.

A veces D'Anthés me da mucha lástima, aunque sé que tengo que matarlo. Es un bastardo mimado, a las órdenes de un viejo sucio y tonto. Aun así, no puedo evitar culpar a D'Anthés por su pasión hacia Nataly; al contrario, lo envidio porque yo ya perdí esa pasión hace mucho tiempo.

La enfermedad de mi madre me unió a ella. Habíamos estado alejados uno del otro demasiado tiempo y su muerte próxima nos reunió de nuevo. Mi madre no había podido soportar la vejez y no dejaba de sufrir al recordar su juvenil belleza. Al estar con ella y verla morir, me entregué a los recuerdos de la infancia. Era la nostalgia de un pasado perdido y sin esperanza. Recordé mis constantes ansias por obtener su cariño. Buscaba acercarme a

ella, abrazarla y besarla, pero me rechazaba invariablemente. No hay duda: siempre quiso más a Levushka[53]. Recuerdo a los tres años subir corriendo a su recámara y verla ahí, desnuda, recostada de espaldas en la cama con las manos detrás de la cabeza, mirando hacia la ventana. Volvió su cabeza lentamente hacia mí, para después darme la espalda. Mis ojos se fijaron en aquel cabello negro, que contrastaba con la blancura de su cuerpo. Fue una visión que me quemó y eché a correr. Incluso ahora veo ese cuadro ante mis ojos en todo su esplendor.

Al volver en sí y con una sonrisa llena de lágrimas, me dijo:

—Cuando finalmente me acostumbre a ser vieja, será la hora de morir.

Estaba agonizando y sólo acerté a murmurarle al oído que nos veríamos pronto. Temía tanto a la muerte, que quise calmarla con esa convicción que yo tenía. La esperanza brilló en sus ojos, como si le hubiera prometido la salud.

Al morir, sentí que parte de mí había perecido junto con ella. Al darte la vida, la madre se queda con una parte de ésta cuando muere. La otra parte que queda en tu cuerpo espera la ocasión de reunirse con el alma de ella. Mi madre me protegía de la muerte y, al morir ella, me enfrentó cara a cara con la muerte.

Una vez, cuando mi madre estaba tan enferma que ya no podía levantarse de la cama, vi a mi padre llorando junto a ella. Ésa fue la primera vez que lo vi llorar y la escena me conmovió profundamente. Me arrojé hacia él, lo abracé y besé su cabeza. Toda mi ira hacia él desapareció al verlo tan débil e impotente. Puedo enfurecerme muy fácilmente contra un hombre fuerte o que pretende serlo, pero al ver llorar a una persona, esa lástima infinita supera todos los demás sentimientos, y además, en este caso, era mi propio padre…

Lágrimas empezaron a fluir de mis ojos, al sentir amargura hacia la insensibilidad y la dureza de mi padre. En ese instante olvidé y perdoné su egoísmo, su terquedad y su avaricia. Mi madre le tendió la mano y él la tomó entre las suyas, y yo cubrí las de los dos con las mías. Así se recuperó nuestra unión, que se había perdido a causa de nuestra intolerancia, sobre todo la mía. Los tres lloramos al presentir a la muerte tan cercana, la soledad y el horror ante lo inevitable. Ése fue el reencuentro con mis

padres, aunque desgraciadamente duró muy poco tiempo.

Sólo en ese momento se me develó el significado del mandamiento sobre el amor hacia los padres. Ellos son la causa de mi existencia en el mundo y si no los amo, es imposible amarme a mí mismo. Para estar en paz, hay que amarse a uno mismo. No se puede amar la consecuencia odiando la causa. Odiar a los padres significaría odiar la vida que nos dieron.

Es insoportable ver a los padres, viejos, llorando, y no poder ayudarlos en su desgracia. Desde entonces, por más intolerable que haya sido, siempre recordaré a mi padre llorando y con los hombros temblorosos.

Cuando llevé el ataúd de mi madre a la abadía de Sviatogorsky[54], sentí como si me estuviera enterrando a mí mismo. Fue un sentimiento que no me abandonó ni por un instante. Los puños de tierra cayendo sobre el féretro retumbaban como el latir doloroso del corazón. Miré al cielo azul y sentí que el alma de mi madre me observaba. Sonreí y le dije en voz baja:

—Hasta pronto.

Imagino con una prístina claridad que las almas de los padres se unen a las de los hijos en el otro mundo. Mi alma se unirá a la de mi madre; la suya a la de su madre y así hasta llegar a Adán y Eva, cuyas almas regresarán al reino de Dios, llevando consigo las de todas las generaciones posteriores. Si esto fuera así, entonces, ¿cuál es el objetivo de nuestro paso por la tierra? ¿Tal vez la lujuria?

No dudo del propósito de mi vida cuando la Musa o Venus me visitan, pero su estancia es tan breve que, al irse, los sentimientos espirituales de nuevo me cercan y no encuentro aún respuesta a la pregunta tan simple de cómo seguir adelante. Mi vida se hace demasiado compleja y todos los hilos de mis acciones se enmarañan en una madeja que no se puede desenredar, pero como al mismo tiempo no puedo vivir con ellos, tengo que cortarlos.

Aun sintiendo celos, el hombre no deja de admirar y de gozar de una amante bella. Mientras que una bella esposa sólo trae al marido angustias interminables. Pues el placer pronto se torna insulso, y la posesión de una mujer bella únicamente brinda un instante de satisfacción a la vanidad personal.

Los hombres alrededor de tu esposa eyaculan sólo de soñar con esa beldad, y se pisan los talones como machos en celo, mientras que el marido tiene que protegerla de los intrusos, apartarla de las tentaciones y cuidar su nombre y su honor. Cuanto más hermosa es la esposa, tanto más puede convertirse el marido en el hazmerreír, si ella le es infiel. Cuanto más bella es la esposa, más gente la admira y más machos esperan su turno. ¿No es acaso un precio muy alto el que se debe pagar por poseer a una mujer tan bella pero que a uno ya no le excita?

¿Cuál es la diferencia entre un pensamiento pecaminoso y un acto pecaminoso? Las ideas nos llegan involuntariamente, pero pecamos con voluntad. No podemos conocer los pensamientos ajenos, sino sólo a través de los hechos realizados. A menudo ocultamos tan profundamente nuestras propias ideas, que nuestra conciencia es incapaz de distinguirlas. No hay ninguna duda de que el pecado se inicia con el pensamiento y el único obstáculo en el trayecto del pecado es la propia voluntad, la cual puede ser muy débil. Cuanto más fuertes y claros sean nuestros pensamientos, más difícil será refrenar el pecado, sobre todo si hay amplia oportunidad de cometerlo.

Un flirteo, un cortejo insistente a una mujer, es un modo de reforzar pensamientos pecaminosos que la conduzcan irremediablemente hacia la infidelidad y es una prueba constante a su voluntad. Un seductor con experiencia sabe que la voluntad de una mujer tiene su límite y lo único que trata de lograr hábilmente es su permiso para continuar el galanteo.

Las mujeres tontas y frívolas aceptan las pretensiones del coqueteo, sin comprender o no queriendo aceptar que están cediendo al asedio de su «fortaleza», cuya «población» se debilita de hambre y sed, y cuyas puertas están por abrirse al encuentro del deseable enemigo.

Un marido experimentado no puede quedarse indiferente. Debe alejar de su esposa al terco seductor y eso es lo que yo estoy haciendo. Pero la sociedad crea condiciones ideales para coquetear libremente y lograr que una mujer caiga en el pecado. La sociedad maliciosamente equipara el pensamiento del pecado con el pecado mismo, simplificando el paso fatal, y haciendo suponer que es imposible e inútil resistir a los pensamientos secretos. Aquí es donde los chismes y los rumores cobran la fuerza de los hechos, y debo defenderme de ellos con la misma amargura que si fueran ofensas personales.

Siendo soltero, adoraba la alta sociedad por esa falta de distinción, pero al casarme empecé a odiarla. Ahora todos mis pensamientos y deseos están entremezclados: utilizo a las mujeres ajenas en la sociedad, pero no quiero que hagan lo mismo con mi esposa.

Para mí, el pensamiento del pecado es igual al pecado mismo. No sé por qué: ¿tal vez por la fuerza de mis ideas o a consecuencia de mi naturaleza poética, o quizá por falta de carácter? Con sólo pensar en una mujer, la razón me abandona mientras empiezo a hacer todo lo posible para poseerla.

Respeto a mi esposa, principalmente por su capacidad de resistir pensamientos y deseos secretos, que no ha tenido la valentía de confesarme, o de los que ha sido lo bastante razonable como para no hacérmelos saber.

Incluso los pensamientos me resultan insoportables cuando conciernen a Nataly, porque a través de mi fe en ella penetran las dudas en mi alma, provocadas por la inseguridad que tengo en mí mismo.

«¿Es posible que efectivamente ella no sea como yo?». Esta pregunta ronda por mi cabeza a cada instante, y cuando contesto: «Sí, ella es diferente», me tranquilizo y vuelve a mí la inspiración poética.

Recientemente y cada vez con mayor frecuencia, me asalta la ominosa respuesta, y entonces me siento enloquecer. «¡No! ¡No seas como yo, mi querida Nataly, sé tú misma! ¡Sé fuerte y fiel, ten piedad de mí!». Las pasiones me están matando y ya no me queda mucho tiempo de vida.

Nataly me confesó lo que vio en sus sueños, pues es en los sueños donde se revelan los deseos ocultos que no nos atrevemos a aceptar ante nosotros mismos. ¿Significaría esto que no debo tener motivos para sentir celos de ella? Si el sueño pasó de la memoria a la conciencia, es porque antes pasó de la realidad al sueño, y entonces es un deseo muy peligroso, porque lo que soñamos es en realidad lo que anhelamos[55].

El hecho de que el emperador pasara en su carroza delante de nuestras ventanas no era casual. Nataly había tomado unas copas de más y me confesó que cuando yo iba a San Petersburgo veía al zar en secreto, y la señal de mi partida era dejar la cortina izquierda abierta. Esto me lo dijo cuando le pedí que me masturbara en vez de hacer el amor, e imprudentemente dijo:

—Oh, mi Nicolás —e inmediatamente se dio cuenta de lo que había dicho.

—¿Qué? ¿Cuál Nicolás? —le grité. La borrachera se le bajó en seguida y se puso roja hasta el cuello. Me juró que me era fiel. Que el zar sólo la había obligado a que lo masturbara, prometiéndole que no le pediría nada más. Según su manera de ver las cosas, así ni él le era infiel a su esposa, ni Nataly a mí.

Quise correr inmediatamente al Palacio, pero Nataly me lo impidió con sus llantos y súplicas. Entonces decidí ir a la Tesorería del zar a saldar todas mis deudas, pero Nicolás I me humilló doblemente al impedirme pagarlas, con la salvedad de que si lo deseaba me las condonaría. De esta manera siguió ejerciendo su poder sobre mí.

Al día siguiente fui a ver al emperador; le dije que lo sabía todo y que había decidido batirme a duelo con D'Anthés. Y en un arranque sarcástico le propuse que aprovechara la ocasión para matarme, porque de no ser así…

Lo miré fijamente a los ojos. En seguida comprendí que no impediría el duelo, pues entendió que, si yo mataba a D'Anthés, el siguiente sería él. Salí corriendo del Palacio, para no seguir cometiendo más tonterías. ¡Sálvame Dios de un regicidio! ¡Mátame antes!

¿No es verdaderamente un milagro que una mujer que me es absolutamente ajena se vuelva completamente cercana, sólo por tener una vagina? Una *bashkiria*[56] que encontré en un viaje, aunque hablaba apenas unas cuantas palabras en ruso, me entendió con una sola mirada y yo la comprendí. Le regalé un anillo y en la noche salió conmigo a las estepas. ¡Ah, cómo nos compenetramos el uno con el otro!

El amor, como la muerte, equipara al amo y al siervo, y elimina todas las diferencias entre la gente. Su sexo está en el mismo lugar que en las rusas y tiene ese mismo aroma particular.

El pene y la vagina, como el oro, te permiten entrar en cualquier país y vivir con riquezas, sin conocer el idioma, ni las costumbres locales. En un país ajeno, te sientes extranjero entre los hombres, porque tienes que hablar su lengua para poder comunicarte con ellos. Por eso a cada país al que iba prefería vivir entre amazonas.

El padre de la muchacha *bashkiria* la llamó justo a tiempo, porque ya no sabía cómo hacer para que se fuera. Ella se deslizó por debajo de mí y desapareció en la oscuridad, sin decirme su nombre… Pero eso, ¿qué importancia tiene?

Hay secretos del alma que uno se lleva hasta la tumba. La vida familiar se compone de los secretos de dos almas, y por eso es más difícil mantenerlos ocultos.

No existe un matrimonio sin secretos, pero al morir, con la muerte mueren los secretos.

Como de costumbre, cuando trabajo en mi despacho me vienen a la mente las imágenes de las vaginas que he probado. Son tan claras y reales que casi

me parece percibir el sabor de cada una de ellas. Mi cuerpo arde de deseo, pero cuando entra Nataly todo se desvanece, como siempre.

Nataly me pregunta algo. Yo contesto. Ella se va. Ya no hago esfuerzos por poseerla y entonces mis fantasías se encienden de nuevo, el placer me inflama y me masturbo con los ojos cerrados.

La concupiscencia nace en el interior del hombre. Para que surja en la infancia no necesita de una vagina. Cuando descubrí que tenía pene y lo toqué, sentí un placer indescriptible. Al seguir tocándome llegué al máximo gozo, sintiendo convulsiones voluptuosas. Después la invitante belleza de la vulva me fue revelada junto con la gozosa efusión de mi pene y el milagro de la copulación, que ocurre de acuerdo con el dicho de que dos cabezas son mejor que una, y esto pasa también con dos cuerpos.

Cuando te casas con la primera vagina que conoces, encuentras un refugio muy seguro, pero nunca tendrás el descubrimiento ulterior de que tres cuerpos son mejor que dos. Si te aíslas de otras mujeres, y haces que tu primera mujer sea la única y la última, entonces invariablemente se debilita el goce sexual y con el paso de los años ya no provocará en ti ninguna sorpresa, pues ha sido sustituido por la costumbre. Tales etapas pasarán inadvertidas, porque saciaste tu vida con una sola vagina, sin conocer ni probar otras, y sin encontrar un modo de mantener tu sexualidad en su punto culminante. Entonces te parecerá que aprendiste a engañar al tiempo y lo que envejecerá serán tus sentimientos, pues cada vagina te devuelve algo de juventud. Pero esta magia no se da de forma gratuita. La vida familiar quita muy rápidamente la juventud y la frescura de los deseos, lo que siendo soltero sabías cómo mantener. Quien ha sido consentido con platillos refinados y bien sazonados tiene que quedar satisfecho con un solo plato, que, por muy suculento que sea, será el único que se le servirá cada noche.

Afortunadamente hacer el amor no es igual que comer, y se puede sobrevivir mucho tiempo y no morir de hambre. A unas semanas de mi matrimonio, recuperaba el deseo absteniéndome durante varias noches de

una sola vagina. En otras palabras, mi sensualidad marchita podría florecer en una misma noche debido a una nueva vagina o después de tres noches de abstinencia con la misma.

El renacimiento de la sensualidad por la vagina legítima se debilita cada noche más y más, no sólo en su fuerza, sino hasta en los colores, que nunca se recuperan totalmente.

Cuantas más mujeres se disfruten durante la vida de soltero, mayor el sacrificio que se requiere después del matrimonio. Tienes que amar enormemente a tu esposa, para que la privación sea llevadera. El sacrificio es el castigo por la infidelidad. Pensé que al tener amantes podría evitar mi pena, pero el matrimonio, que está basado en el respeto mutuo, se resquebraja inevitablemente a pedazos.

En lugar de llevar a Nataly a Mijailovskoye[57], seguí aplazando la partida, porque quería estar cerca de los burdeles y de la sociedad, y aproveché con alegría su letárgica resistencia como excusa. Por eso N. me perdió el respeto y el interés, aunque me siguió siendo fiel, sólo por dignidad.

Al ver la vagina por primera vez, sentí no tanto un deseo de penetrarla, sino una veneración ante ese milagro de la naturaleza. Antes de hundirme en ella y atraído por una fuerza desconocida, la besé y mi recompensa a ese impulso fue el percibir su aroma y conocer su sabor. Desde entonces lo he convertido en un ritual: primero la beso y la pruebo, y a menudo ese beso dura tanto que la mujer logra el éxtasis.

No podría hablar de ello con asco o repugnancia y en el Liceo me sorprendí cuando escuché insultos y palabras despectivas acerca de eso. Muchos húsares habían declarado públicamente que sentían repugnancia hacia el olor de la vagina. Yo siempre la defendí con ardor, y aseguraron un gran futuro sexual, además de poético. Para mí, cada una de ellas era, y es, algo sagrado, sin importar si pertenece a una gran dama de sociedad o a la prostituta más barata de la calle.

Además de la lubricidad y la veneración, el sexo femenino siempre me provoca un sentimiento de ternura, al igual que cuando miro a un bebé recién nacido, a un gatito o a un cachorro. Pienso que esta ternura hacia los bebés proviene de su reciente permanencia y su salida de la vagina, pues ésta envuelve con una mágica luz todo lo que tiene en sus entrañas. Envidio mi propio pene, que ha tenido la dicha extrema de penetrar en el corazón de la vagina. Cómo desearía poder sumergir en sus profundidades mi lengua, mis ojos, mi nariz…

Precisamente por mi incapacidad de fidelidad, la aprecio tanto en otras mujeres, y la exijo inflexiblemente a mi esposa. Hasta he diseñado un ejemplo de fidelidad en la imagen de Tatiana[58]. Nataly trata con todas sus fuerzas de parecerse a ella; ¿quién dice que a mi esposa no le gusta mi poesía?

El mismo respeto siento hacia la fortaleza de carácter, que yo no tengo, pero que admiro en otros. Cuando era soltero no me preocupaba la debilidad de mi carácter, aunque era consciente de ella. Organizaba mi tiempo libre, el dinero y los deseos. Podía pasarme el día entero en cama, en una noche perder todos mis ingresos anuales, y en la madrugada hacer el amor con una joven hermosa, aunque sospechara que pudiera estar enferma. Nunca me preocupaban las semanas posteriores de tratamiento si la muchacha era bonita y yo estaba ardiente de deseo. Si por una noche con Cleopatra dos amantes dieron su vida, en esta época uno tiene que sacrificar algo por poseer la belleza.

Ahora, con el peso de la familia, sin dinero, ni tiempo, porque debo mantener a mi esposa y a mis hijos, vivo pidiendo préstamos y ocultando mis deseos. No he podido superar mis propias pasiones y mi vida está llena de deshonestidad, hipocresía y mentiras. Tengo que ocultar mis apetitos y mis deseos más íntimos ante la sociedad, porque lo que perdonan en un soltero nunca se lo perdonan a un casado, pues mancilla el honor de la familia. Recientemente, el honor de mi familia me preocupa más que la familia misma. Me da la impresión de que al proteger mi honor salvo mi

matrimonio de la desintegración total. Debo reconocer que el desenfreno de mis pasiones va a acabar con nosotros, aunque intento ocultárselo a todos, haciendo callar a cualquiera que se atreva a decir algo reprobable sobre mi esposa. Pero ¿cuánto tiempo va a durar esto?

La impaciencia es mi flagelo. Si despiertan mis ansias por una mujer, quiero poseerla en ese preciso momento. No puedo comportarme como es debido y, gracias a Dios, esto es precisamente lo que agrada a la mayoría de las mujeres. No puedo cortejar por mucho tiempo más que a aquellas que no me excitan en absoluto.

Cuando una mujer me rechaza, me enojo y estoy de muy mal humor, enfado que sólo me puede quitar otra mujer, afortunadamente sin mucho esfuerzo.

Al recordar mis máximos placeres, me doy cuenta de que no son los míos, sino los que provoco en mis amantes, pues su gozo lo vuelvo de inmediato mío.

Hay un recuerdo que surge a menudo en mi memoria. A.M. estaba sentada en la punta de mi lengua. Su clítoris, de aproximadamente un *versbok*[59] de largo, al introducirlo en mi boca o al simple contacto de mis dedos, hacía que ella perdía la conciencia por la voluptuosidad. Estando de rodillas sobre mí, yo besaba su clítoris al mismo tiempo que tiernamente acariciaba y apretaba sus duros pezones con los dedos. Me gustaba observar cómo su rostro se iba transformando. Las ondas de placer la inundaban una tras otra, y cada una era superior a la anterior. Las venas de su cuello se ponían tensas por el voluptuoso esfuerzo. Su cabeza inclinada hacia un lado, su boca entreabierta y una línea de saliva escurriéndose por la comisura de sus labios. En ese instante A. M. abrió los ojos y lanzó un último gemido de arrebato, como si estuviera entrando por las puertas del

paraíso. Me encantó que fuese tanto el placer que perdiera la conciencia de su saliva.

Desde entonces una gota de saliva que salga de la boca de alguna de mis amantes se convierte para mí en uno de los momentos más excitantes.

Si Nataly supiera que muchos de los impulsos de mi pasión fueron provocados no por su belleza, sino por este maravilloso recuerdo, se desilusionaría de mí mucho más pronto.

Es una lástima tener que imaginar a otras mujeres en lugar de a mi esposa, para lograr que ella llegue al orgasmo y yo también[60].

Cada nueva amante me afecta de forma positiva. Me hace sentir que soy bueno y que me porto bien. Me apasiono tanto, que hasta en mis pensamientos guardo fidelidad a ella. No importa si esta fidelidad dura poco tiempo, pues puedo ser nuevamente fiel a otra mujer.

Me he acostumbrado pues a imaginar cualquier sexo que haya en mi pasado, con tal de lograr el éxtasis lo más pronto posible después del orgasmo de Nataly. La indiferencia hacia la vagina de mi esposa está quitándome todos los deseos y, lo que es peor, está debilitando mi sexualidad. Estoy seguro de que Nataly piensa en D'Anthés para terminar más rápido, aunque nunca lo ha confesado. Bueno, una vez, después de contarle una de mis fantasías sexuales, me dijo con espíritu soñador:

—Qué bueno, Pushkin, que yo no pueda leer tus pensamientos… Ni tú los míos…

Como esposo me sentí totalmente incapaz de prevenir su traición mental. Si no puedo despertar amor en ella, quisiera encontrar la fuerza para dirigirla por medio del mesmerismo, e inspirarle los sentimientos que a mí me gustaría que tuviera. Pero se necesitaría una gran fuerza interior y capacidad de concentración, cualidades de las cuales carezco totalmente.

Una noche volví a encontrarme a D'Anthés, curiosamente en el mismo burdel. Me acuerdo que había ganado mucho dinero, me había emborrachado y tenía muy buen humor. Estaba en la sala, rodeado de chicas, pensando cuál escoger, cuando entró D'Anthés y, al verme, se

dirigió a mí mostrando una amplia sonrisa. Recuerdo que pensé orgulloso y triunfal que mis dientes eran más blancos que los suyos, así que también le sonreí y estreché su mano extendida. Por esos días él comenzaba a cortejar a mi esposa, lo que en aquel entonces me parecía más normal que reprobable.

—Todos los caminos llevan al sexo —me dijo y continuó—: La vez pasada no pudimos hablar. Ahora estoy muy contento de que Dios, o más bien el diablo, nos haya dado esta nueva oportunidad.

—¡Bienvenido! —contesté, mostrando las caderas de Tania, que estaba sentada sobre mis rodillas.

—Muy buena idea —confirmó animado D'Anthés, al sentarse cerca de nosotros—. Una delicia. Para un hombre no se puede compartir nada más agradable que la misma mujer…

Tomé conciencia de mi estado civil de casado, pues sentí en esa broma una insinuación hacia mi esposa, pero como estaba de buen humor y Tania en mis rodillas, me hice el desentendido. Tania, que no hablaba francés pero comprendía muy bien el lenguaje del amor, se agitaba en mis rodillas, sintiendo mi pene erecto y al mismo tiempo le guiñaba un ojo a D'Anthés, quien le puso una mano en la cadera. En ese momento los celos me encendieron pero me avergoncé de mí mismo: no puedo sentir celos por una prostituta, sobre todo cuando D'Anthés había ofrecido pagármela. Sin embargo, me gustó el poder de esta pasión malsana y decidí que D'Anthés no me la pagara, porque así, aunque por poco tiempo, Tania sería de mi propiedad.

Quité la mano de D'Anthés de la cadera de Tania y le dije:

—Yo no acepto limosnas. Ni siquiera en la forma de una prostituta.

—Usted debería saber lo que hace —contestó con una sonrisa y se fue al otro lado de la sala. Si Tania no hubiera sostenido mi falo en ese momento, le hubiese alcanzado para darle una buena bofetada por aquellas palabras tan ambiguas. Pero la habilidosa de Tania y sus manos mágicas hicieron que mis pensamientos volaran hacia otros rumbos más placenteros.

Al día siguiente Nataly recibió una carta anónima, que «de buena voluntad» le informaba de mis constantes visitas a cierta casa. Ella misma me mostró la nota con una sonrisa, pero en sus ojos vi gran indignación, a pesar de que ya habíamos acordado que ella me permitiría mi contacto con prostitutas. No compartí con ella mis sospechas sobre el presunto autor de la carta. Más tarde, cuando D'Anthés empezó a comportarse de una manera más persistente con Nataly, le dije que él había escrito esa carta, esperando que con esto ella perdiera el interés en él como pasó conmigo. Muy pronto comprendí que ya nada podía alejarla de él, sobre todo al observar que se estremecía al verlo. Realmente admiro la fortaleza de su carácter, obligándose a cumplir con su deber conyugal y rechazando la pasión. Pero por lo impetuoso de D'Anthés, Nataly no podrá contenerse eternamente y debo hacerle el amor constantemente para que se descargue de esta pasión. Qué amargura me produce escribir sobre su pasión. Creo que me repito mucho. Ahora recuerdo que ya había escrito antes sobre esto, pero no tengo tiempo para releer este diario y corregirlo.

Si Dios no nos hubiera dado hijos, nada nos hubiera ligado más que la costumbre, que oprimiría más a Nataly que a mí. El problema es que ella

está enamorada de él y él de ella, y así es más fácil transgredir una costumbre.

Cuando estamos solos, no tenemos nada de qué hablar, aparte de las deudas y de los niños. No tenemos intereses comunes. Ella ya no tiene respeto, ni consideración hacia mí. Para ella me convertí en un libertino ordinario y el erotismo entre nosotros desapareció totalmente. Sólo ha quedado en mí la vanidad y el orgullo de poseer su belleza, pero eso no vale todas las desgracias que han caído sobre mí. Veo crecer en ella su irritación por mi fealdad. Si no tuviéramos hijos, lo aprovecharía como pretexto para separarnos.

Cuando estás haciéndole el amor a otra mujer, llegas al éxtasis por la pasión, y cuando lo haces con tu esposa, llegas al orgasmo por fricción. La pasión es la lubricidad divinizada por el amor. En el matrimonio el amor se convierte en cenizas y prevalece sólo un débil deseo como inevitable tributo a la fisiología.

Sólo cuando me casé comprendí hasta qué grado la pasión es espiritual. El alma exige un temblor espiritual, que se cristaliza únicamente en la novedad. Aspirar a la variedad y a la novedad es igual a aspirar al conocimiento, del cual Dios nos previno. Si el conocimiento es pecado, entonces todo lo nuevo también lo es. Por eso la solidez de una familia se basa en tradiciones, en viejas costumbres. La intervención de la novedad en el matrimonio, la intromisión de nuevos conocimientos, lo destruye. Cada infidelidad es la renovación del pecado del conocimiento.

En el matrimonio, la espiritualidad del temblor sensual hacia la esposa no desaparece del todo, sino que se traslada hacia los hijos y se transforma en sus almas. Por eso la Iglesia católica, pese a que sabe que la pasión lleva al matrimonio, considera al acto sexual como pecaminoso si no tiene como propósito el generar una nueva vida. Tal prohibición prolonga la vida de la pasión, porque el plazo de abstinencia puede ser tan largo, que cuando los esposos tienen de nuevo relaciones la costumbre se olvida y revive la pasión. Al cabo de dos o tres meses desaparecen la voluptuosidad y el ansia

de placer, y vuelve a ocupar su lugar la abulia de la costumbre. Así es como se repite el torbellino eternamente circular de la naturaleza.

En una de las últimas cartas anónimas que llegaron se citaba una prueba de la infidelidad de Nataly, que al principio me pareció irrefutable. Se mencionaba un lunar en el lado interior de su muslo derecho, que únicamente se puede apreciar cuando separa las piernas. Enfurecido empujé a Nataly y la amenacé con el puño alzado dispuesto a golpearla, cuando Aza entró al cuarto y se colgó de mi brazo, que ya estaba a punto de lanzar el golpe. Nataly lloraba y gritaba jurándome que me seguía siendo fiel. Mientras por el suelo sollozaba amargamente, le grité, poniéndole la carta en el rostro:

—Mira aquí.

Mi querida Aza, que es mu y inteligente, examinó rápidamente la carta, y después de unos momentos exclamó:

—¡Todo está muy claro! ¡Es Koko, quien le contó a D'Anthés acerca del lunar!

Nataly levantó la cabeza y con la voz todavía entrecortada señaló:

—¡Aza tiene razón! ¡Es ella! Cuando de niña apenas estaba aprendiendo a ir al baño, señalaba mi lunar diciendo que no me había limpiado bien la pierna.

Esclarecido el misterio, nos reímos y le pedí disculpas a Nataly.

Un esposo joven, al sentir la pasión por otra mujer, siente pánico: «¡Qué horror! ¡Qué pronto he dejado de amar a mi esposa!». Y lo más tonto es que se lo dice a su mujer. Noblemente abandona el lecho matrimonial y empieza a hacerle el amor a una nueva mujer en cualquier lado, por días y noches enteras. Entonces se percata de que está más harto de su nueva amante que de su esposa, a quien en realidad no ha dejado de amar, y termina por

regresar a casa. Su esposa, molesta al principio, terminará por recibirlo con los brazos y las piernas abiertas de par en par.

Cuando el joven es otra vez seducido por una nueva mujer, ya sabe que esta pasión no destruye de ningún modo el amor hacia su esposa. Al contrario, esto lo estimula, despierta de nuevo su pasión hacia ella y así comprende que no hay necesidad de hacérselo saber.

La inexperiencia identifica al amor con la pasión. Pero un hombre maduro reconoce que donde hay amor no hay pasión, pues el amor dura y la pasión muere. La esencia del amor se distingue de la pasión en que ésta reside tan sólo en la superficie de los sentimientos. El triunfo del amor consiste en resistir el deseo hacia otra mujer. La gloria del amor es la resignación a que la pasión muera para que viva la fidelidad. El amor, cuando va surgiendo, es inocente y casto, porque excluye a la pasión de sí mismo.

No me faltó capacidad intelectual para llegar a esta conclusión, pero me faltó el carácter y el valor para detenerme ante la tentación de un nuevo amor, pues en cada mujer hay una Eva, una nueva vida. Cada vez que un sexo femenino se abre ante mis ojos empieza para mí una renovada existencia llena de aventuras y excitantes sensaciones. La duración de esta nueva vida puede ser de un mes o de cinco minutos, pero en cada una de ellas existe la marca de todo proceso vital: nacimiento, juventud, madurez, vejez y muerte. La vida nace no de la vagina, sino dentro de la vagina, y en ella se reproduce la vida antes de nacer Nuestras convulsiones sensuales semejan las contracciones del parto, pero para la pasión es el nacimiento de la muerte. De esta forma, la penetración en la vagina es un acto vital y la salida de ella es la muerte. Profundizando: el corazón vislumbra en un abrazo cómo la pasión es concebida en la matriz y cómo de la muerte resurge la lujuria. Así, la vida de la pasión es uno de los grandes misterios de la naturaleza humana.

Si decides serle fiel a tu esposa, lo más difícil es aceptar que nunca (el horror me sobrecoge cuando pronuncio esta palabra), nunca más volverás a

sentir el éxtasis divino de ver un nuevo sexo femenino.

Hay «nuncas» inevitables a los que sólo nos queda acostumbrarnos: el nunca más la juventud, el nunca más la belleza, el nunca más la habilidad intelectual o física. Pero un voto de fidelidad se hace por voluntad propia. Para un joven es fácil cumplir con esta promesa, pues ignora lo que es hacer el amor y el hacerlo es el premio a su fidelidad; pero yo sabía que el sexo es accesible no sólo por fidelidad, sino por lascivia o por dinero.

Mi forma de vida cambió tan pronto que me sentí como pez arrojado a la costa: al principio se disfruta de la tibieza y de otras sensaciones nuevas y agradables, pero luego por el calor del sol sientes que te asfixia.

Para mí, el matrimonio se transformó en un monstruo, a quien le corté una cabeza con mi libertinaje, pero le quedaron dos más: la fidelidad de mi esposa y la preocupación por mis hijos.

No siempre me he atrevido a ir al encuentro del destino que me ha sido vaticinado. Incluso ahora no iría, pero el honor me obliga. Confieso que en un baile me escapé de un oficial rubio, que me miraba con cinismo. También recuerdo cómo evité al conde Muraviov[61], conocido por su carácter insolente y ofensivo.

También ahora me gustaría escapar de D'Anthés y no enfrentarme a él, si yo fuera todavía soltero.

En un baile, Hekkeren se acercó a mí y me dio una carta, diciéndome que era algo muy importante. Decidí ver hasta qué grado el viejo libertino estaba dispuesto a humillarse para arreglar este asunto. Para mí era fácil, porque estaba decidido a ir hasta el final del problema. Al recibir la carta se me cayó por un descuido, y al ver que yo no hacía ningún esfuerzo por levantarla, Hekkeren se inclinó quejumbroso, la tomó y me la entregó de nuevo.

—Se está esforzando en vano, barón —le dije, al tiempo que tiraba otra vez la carta, para humillarlo aún más.

Le costó mucho trabajo contenerse para no abalanzarse sobre mí y pegarme. Me eché a reír, le di la espalda y me fui. Ahora me muero de curiosidad por saber lo que decía esa carta.

El poder del magnetismo no sólo está en los ojos de la mujer, sino en su sexo. Al principio no puedo dejar de mirarla, luego cumplo la orden de poseerla y, al final, me produce un sueño fantástico. Aunque a decir verdad, mi pasión por el mesmerismo no funcionó. Nataly no pudo someterse a mis experimentos. Turchaninova[62] me enseñó algunos métodos y yo quería practicarlos para avivar el fuego de la pasión en mi esposa y poder así sacarle sus pensamientos más secretos, pero ella no quería concentrarse. Los experimentos le causaron gran hilaridad y a mí se me acabó la paciencia. Al fin y al cabo mi falo la hipnotizaba mejor que mis ojos.

Pasaría lo mismo con Nataly que con Lizanka, a quien llevé conmigo a Mijaylovskoye. Nataly no sabría qué hacer consigo misma: trajinaría con afán, se aburriría y yo estaría escribiendo, sin deseo alguno de entretenerla. Por eso tengo miedo de llevar a N. al campo.

Para mí, el ausentarme de la sociedad es alejarme de la fuente de la cual me surto de bellezas. Además de vagina, estas bellas mujeres poseen un aura esplendorosa que está ausente en las mujeres simples.

Cuando vi por vez primera a Durova[63], inmediatamente me convencí de que era hermafrodita. Si no hubiese sido tan vieja, la habría seducido. Mi curiosidad me llevaría a descubrir qué tiene entre las piernas. Durova habla

de sí misma en género masculino. Vivía en un cuarto pobre del hotel Demut y le ofrecí mi apartamento, pues entonces vivíamos en el campo. Tramé cómo haría para aparecerme súbitamente y desvestirla mientras le hablaba o para invitarla a que se bañara conmigo. Su adoración por mí era tan evidente que no hubiera tenido problemas para persuadirla. Pero no se inmutó y fue lo mejor que pudo pasar.

Al final de mi visita decidí darle un beso en la mano. Durova se sonrojó hasta las raíces del cabello. Me sentí como D'Anthés besándole la mano a una mujer que se considera hombre y se presenta a sí misma como Alexander Andreyevich.

En cualquiera de nosotros hay mucho de bueno y de malo. La felicidad familiar, el respeto y el amor entre los esposos logran que florezcan

sentimientos buenos y que se marchiten los malos. Pero si muere el amor y desaparece el respeto, sólo las heces empiezan a salir por todas partes…

El ardor, la impaciencia y el erotismo trémulo es lo único que me convence de que aún estoy vivo.

Algunas veces me viene una idea: ¿Qué pasaría si Nataly se muriera de fiebre puerperal? A través de este horrible pensamiento imaginé tranquilamente la liberación instantánea de todas mis preocupaciones… Dejaría los niños al cuidado de Aza. El emperador condonaría todas mis deudas, para garantizar el futuro de mis hijos. No. No es un sueño ardiente, sino un pensamiento frío y por eso puedo librarme fácilmente de él y ni siquiera me lo recrimino en absoluto. Hace mucho que dejé de asustarme de los pensamientos sacrílegos que surgen a veces en mi cabeza.

Así de fácil imagino a Nataly llorando en caso de que muera en el duelo. Después de llorar inconsolable durante una o dos semanas, poco a poco se irá recuperando y comenzará a sonreírle a la vida, que continúa. Y al fin, por primera vez después de mi muerte, dos o tres meses más tarde, la imagino jugando con su sexo, calmándose a sí misma en su luto. No estaría cometiendo pecado al estar pensando en mí, que ya estaría muerto, y no en D'Anthés. Al cabo de unos dos años se casaría de nuevo y yo, desplazado por el tiempo, ya no podría introducirme en sus pensamientos en esos momentos de voluptuosidad con su nuevo marido. Pero cuando sienta su pene por vez primera, involuntariamente lo comparará con el mío. Dios quiera que esta comparación sea en mi favor, pues la memoria de la vagina no es para mí inferior que la memoria del corazón.

En nuestra noche de bodas, Nataly y yo nos peleamos, lo que era otro signo de mal agüero. A pesar de toda mi ternura y precaución, Nataly gritó dolorosamente, y al ver la sangre se asustó y se encogió como un ovillo. Al principio pensé que fingía para evitar que me acercara de nuevo. Pensé que no era más que el principio y su actitud me excitó aún más, así que no podía esperar para hacerle el amor de nuevo. Cerró las rodillas y se quejó diciendo que le dolía mucho. La tranquilicé asegurándole que ya no le iba a doler, pero ella, terca como siempre, se alejaba de mí. La convencí de que se recostara sobre su vientre, y aceptó tranquila pensando que en esa posición su sexo era inalcanzable para mí. Empecé a acariciar la redondez de sus nalgas y poco a poco fui separando sus piernas. Su vagina estaba cubierta por sangre roja y dulce que lamí ávidamente. Nataly preguntó qué le estaba yo haciendo, como si no fuera capaz de sentirlo. Al no obtener respuesta, ocultó su rostro entre la almohada, mientras yo ensalivé mi pene y lo introduje en su sexo. Nataly lanzó otro grito:

—¡Me duele! —e intentó volverse de espaldas, pero su fuerza fue menos intensa que mi lujuria.

—Ten paciencia, bonita mía —murmuré a su ardiente oído, procurando no moverme bruscamente. Las lágrimas corrieron por sus mejillas y en ese momento llegué al éxtasis.

—¿A ti también te duele? —preguntó compasivamente mi esposa, al sentir mis convulsiones. Me costó mucho trabajo convencerla de que los movimientos que a ella le habían causado dolor a mí me habían provocado un gran placer.

Cuando quise volver a hacerle el amor, ya no permitió que me acercara. Quise sentarme en ella, pero encorvó sus rodillas y me dio un golpe bajo. Furioso, decidí darle una lección. Me fui de casa de la madrugada y pasé todo el día siguiente con mis amigos. La dejé sola como escarmiento y para que pensara en que jamás debía rehusarse al marido.

Cuando regresé por la noche la encontré llorosa, asustada y muy obediente. Pensó que la había abandonado para siempre, y al verme de regreso se puso contenta y dócil. Se me entregó sin restricción, asegurándome que ya no le dolía nada.

En toda mi vida no he podido encontrar la fuerza necesaria para matar a un hombre. En todos los duelos que he tenido, he permitido a mis oponentes disparar primero. Luego me negaba a disparar o lo hacía al aire. Creía que Dios me cuidaba y le encomendaba mi vida. Por eso hasta ahora no me ha tocado ninguna bala.

Si el duelo tuviera lugar inmediatamente después del desafío, todo sería distinto. Mientras que al pasar el tiempo, mi ira se debilita y el duelo ya no parece una venganza que pague un insulto, sino un juego con bastante riesgo. Aunque intelectualmente entiendo que hay que matar al enemigo para que no te mate primero, el corazón no me lo puede permitir. Es como si decidiera cometer un asesinato. Siempre hay ardor en un combate y se mata en el calor del momento. Un duelo es un acto frío, artificial, con reglas y condiciones que irritan la mente más que el sentimiento. En un duelo se comete un asesinato a sangre fría, lo que es para mí insoportable. Mi generosidad y mi perdón son más nobles que un homicidio conforme a reglas.

Cuando veo salir humo de la boca de la pistola de mi adversario y sé que la bala ha pasado de largo, una inmensa alegría de vivir me invade de pies a cabeza y quiero compartir esa alegría con mi antiguo enemigo, negándome a tirar. Pero también sé que si una bala llegara a darme, entonces, el odio se encendería nuevamente en mí, dispararía con todas mis fuerzas y alcanzaría a derribar a mi agresor.

Ya en el momento mismo del duelo, las causas que lo provocaron me parecen debilitarse, y sólo el miedo al deshonor me obliga a poner fin al asunto. Pero el éxtasis vital que me embarga después de un duelo es tan intenso, que cuando he pasado por periodos depresivos, pienso en un duelo como remedio contra mi enfermedad espiritual. Generalmente me sucede que se me ofende exactamente en los momentos más lúgubres y desdichados, y un duelo me ha servido entonces como flujo de sangre sin transfusión.

Envidio a mis adversarios por tener la suficiente fuerza interna para disparar contra mí. Porque mi único deseo, llegado el duelo, es que todo

termine lo más pronto posible. Ahora siento temor de mi flaqueza. Nadie había interferido tanto en mi vida como D'Anthés. Ya es imposible pensar en una reconciliación. Uno de los dos tendrá que morir. Esta vez no me someteré plácidamente al duelo, ni permito que el odio se enfríe. Afortunadamente, D'Anthés se preocupa de que esto no ocurra y me hace más fáciles las cosas.

Si ya hubiera matado a alguien, me sentiría más seguro. Pero también entiendo que si antes hubiese dado muerte a un hombre, mi vida no hubiera seguido siendo la misma. Habría adquirido la capacidad de matar a sangre fría. Lo entendí por primera vez en el Liceo, cuando se descubrió que Sazonov[64] había cometido siete asesinatos. Desde entonces me he preguntado cuáles son los cambios por los que pasa un hombre después de haber cometido un homicidio. Ahora me arrepiento de no haber entablado una conversación a fondo con Sazonov. Empecé provocando duelos para probarme ante la posibilidad de matar a un ser humano.

En *Eugenio Oneguin* me atreví a matar a Lensky[65], tal vez para realizar en la poesía lo que nunca me atrevería a hacer en la vida real.

Las condiciones en el desafío a D'Anthés tendrán que ser totalmente despiadadas para obligarme a asestar el tiro mortal.

El pánico me sobrecoge al sentirme sin una mujer dispuesta a abrir sus piernas para mí. Este sentimiento se parece mucho al miedo de un buceador que sólo puede estar sumergido en el agua por unos instantes. Está tranquilo porque sabe que en el momento que quiera puede subir a la superficie y respirar profundamente, pero si algún obstáculo le impidiera subir, empezaría a asfixiarse y un miedo mortal lo taladraría de inmediato.

Así me siento yo. Como si todos los días me sumergiera en un océano infinito de preocupaciones cotidianas y sólo pudiera respirar a fondo cuando un sexo femenino, cual mariposa, se abre ante mí. Si no lo tengo, empiezo a ahogarme. La soledad hace que me vuelva un sátiro, y esto me ocurre cuando me alejo de Nataly por un viaje o cuando ella me deja. Las

prostitutas son mi salvación en esos periodos y por eso nunca puedo estar sin dinero.

Hace mucho tiempo que no sólo no me opongo a que Nataly vaya sola a los bailes, sino que me da gusto. Por un lado sale ella, y por el otro voy a conseguir una vagina fresca. Al hacer el amor, imagino cómo voy a regresar a casa antes que ella, para desvestirla, cansada y sudorosa después de bailar. Luego voy a introducir mi pene en ella un par de veces, antes de dárselo a que lo bese, para que ella confunda el olor de otra mujer con el suyo propio.

Pero una vez en que me apresuré e hice que primero lo besara, me gritó indignada:

—¡Hueles a otra mujer!

—Es Aza —le mentí, sin pestañear—. Por fin *conoces* el olor de tu propia hermana.

Nataly se tranquilizó un poco pues Aza era un acuerdo mutuamente aceptado, pero como no había podido someterse del todo a ese compromiso, empezó a vengarse contándome que al bailar con D'Anthés, éste se había puesto a fantasear, susurrándole al oído cómo sería la primera relación sexual entre ellos.

Enloquecido, me puse a gritarle que lo iba a desafiar, en tanto Nataly sonreía burlonamente; y con causticidad le pregunté:

—¿Por cuál de los dos vas a llorar?

—Por el que muera —contestó, seria.

—¡Es una respuesta digna de una puta, no de una esposa! —respondí sin piedad.

—Pues tú eres un mero semental —contestó inmediatamente y agregó —: Y soy una tonta al seguir siéndote fiel…

—Eso está mejor —y me calmé porque sabía que era sincera y la creí otra vez.

Un deseo puede surgir por estar sobrecargado de semen y sin pensamientos eróticos. El deseo puede provocarse al imaginar el cuerpo femenino o al estar frente a él. Estoy rodeado de deseo por todas partes y éste se vuelve ilimitado.

D'Anthés me tiene envidia. Al casarse con Koko, quiere poseer a las otras hermanas, como yo. En una fiesta brindó públicamente por mi esposa. Me acerqué a Koko y le dije en voz alta:

—¡Ahora, brinda tú a mi salud!

Ekaterina se sonrojó hasta las orejas y salió corriendo de la sala. D'Anthés salió tras ella y yo sentí que me había vengado.

Para tener mucho dinero hay que ansiarlo y amarlo verdaderamente. Yo sólo lo respeto por su poder pero sé que no vendrá a mis manos. Amo y anhelo a las mujeres, y ellas me corresponden y vienen hacia mí. Amo y tengo pasión por la poesía y la Musa se vuelve loca por mí. Me gustan los juegos de azar y me dan placer, a pesar de que pierdo, ya que es parte del juego. Entonces, cuando pierdo, no hay injusticia: El dinero sigue sin llegar, mientras que mi juego favorito me da satisfacciones y alegría. ¿No es sensacional esta idea?

Recuerdo haber visto a Smirnova[66] en su ataúd, y recuerdo imaginar cómo habría hecho el amor con ella si estuviera viva. Mentalmente la colocaba de rodillas, mientras apoyaba mis manos en su joroba, para mayor comodidad.

Si hubiera estado viva, se lo habría propuesto, pero no se dio el caso. Hubiera sido agradable: ella conocería por primera vez a un hombre, y yo a una jorobada…

Al ver las miradas ardientes del emperador hacia mi Nataly, miro a la emperatriz con la misma pasión, esperando que él lo note. Siento que se ha percatado de que la pasión hacia mi esposa repercutiría en mi pasión por la suya. Apuesto a que lo ha notado, y cuando no asisto a los bailes de la Corte ha dejado de decir que yo desprecio sus invitaciones.

Cuánto deseo conocer todos los detalles más íntimos del cuerpo de la zarina. Quiero sacarles esos secretos a mis amantes que son doncellas de la emperatriz y realizan la ceremonia de desnudarla. Entonces, al zar, si llega a hartarme, le contaría sobre la cicatriz que tiene su esposa en el seno derecho.

El destino se venga de mí del mismo modo. D'Anthés le está sacando a Koko los secretos más íntimos del cuerpo de Nataly.

Cada vez que veo a cualquier hombre rubio cerca de mi esposa empiezo a provocarlo. Quiero comprobar esa antigua predicción: obligarla a cumplirse o hacerla retroceder al pasado, que es lo más seguro.

Así soy en todo. Quiero llevar toda posible destrucción hasta sus últimas consecuencias, y no esperar a que ocurra por sí misma. Si un botón del vestido de mi esposa está flojo, lo retuerzo hasta que se desprende. Si aparece un grano en mi rostro, no lo dejo madurar y lo exprimo hasta que sale toda supuración. Si surge una disputa con alguien, la llevo inevitablemente hasta el duelo.

Leyendo al marqués de Sade, entendí las raíces de su perversión, que en sus orígenes puede despertar una gran ternura, como un cachorro de león. Pero que Dios no te deje esperar a que crezca, y luego creas que el animal es inofensivo sólo porque lo has visto crecer…

A Nataly le cuesta trabajo llegar al orgasmo. Parece que los deseados espasmos están a punto de estallar, pero su cuerpo no soporta la tensión de la espera, el deseo se debilita, parece sumergirse en una caverna oscura y tengo que elevarla de nuevo hasta la gloria. Cuanto más dura la tensión y la espera, sus espasmos parecen más dolorosos que placenteros. Dolor que trae alivio, ¿no es una de las definiciones del placer? A lo mejor Nataly preferiría ese dolor a los esfuerzos que hago para lograr que ella goce.

Si en una mujer el límite entre el dolor y el placer es tan vago, que pueda tomar el placer por el dolor, ¿no podría también tomar el dolor por placer?

Una vez que Nataly sufría con convulsiones por no lograr el éxtasis, le mordí un seno e inmediatamente tuvo un orgasmo. Debido a las huellas de mis dientes, no pudo usar vestidos escotados durante todo un mes, lo que naturalmente provocó el descontento de los hombres en la Corte. Ya que encontré su secreto, estoy aprendiendo a disfrutarlo; ahora la muerdo, la golpeo, la pellizco. Hace unos días exageré su placentero dolor y se enfureció tanto que con su rodilla me dio un golpe bajo e hizo que me doblara del dolor, y recordé nuestra primera noche de bodas, sólo que esta vez fue intencional.

Se asustó y empezó a moverse nerviosa alrededor mío, llorando y sin saber qué hacer para ayudarme. En seguida tomó una decisión muy sabia. Empujó su cabeza entre mis rodillas, que estaban presionadas contra el estómago, tomó mi pene en su boca y empezó a gratificarme como nunca antes. En un principio el dolor era dominante y apenas me contuve de empujarla, pero poco a poco fue cediendo, se entremezcló con el placer, y añadió un nuevo matiz a la sensualidad.

—¡Allí tienes al marqués de Sade! —dije con espíritu soñador.

—¿Qué? —Nataly preguntó mientras se metía la verga de nuevo en la boca.

Las mujeres se someten al poder del deseo, al poder del dinero y al poder de la fuerza. Muchas mujeres son lentas y lánguidas en sus deseos, así que Dios le dio al hombre la fuerza y el dinero que, manejados hábilmente, te entregan a cualquier mujer, y sólo tienes que excitar en ella el poder del deseo. Al enardecerse éste ya no necesitarás ni la fuerza, ni el dinero.

Recuerdo muy especialmente a las mozas campesinas que trabajaban al servicio de mi casa. Sobre todo a Olinka. Cuando la invité a mi recámara, se pegó a la pared murmurando.

—No, por favor, señor. Déjeme ir —pero no se atrevía a desobedecer a su dueño.

Le invité una copa de vino y se emborrachó rápidamente. Cuando le regalé un collar, corrió a besarme con mucha disposición, en señal de gratitud. Pero yo quería un beso de deseo y no un beso de gratitud.

Logré que nuestras lenguas se tocaran y se puso a temblar entre mis brazos, pero cuando quise meter mi mano entre sus piernas, la rechazó.

—¡No te atrevas a resistir! —le ordené; se sometió y sintió un gran alivio pues hizo todas las cosas que hubiera querido sin ninguna inhibición, y ahora es más obediente.

Después ella misma llegaba a mi habitación por las noches. En lugar de saludarme, tomaba mi mano y la metía entre sus piernas para complacerme. Pronto se quedó embarazada. Yo quería que se quedara en mi hacienda de Mijaylovskoye y que ahí diera a luz. Pero mi amigo Viazemsky, sabiamente, me aconsejó enviarla a algún otro lugar para casarla. Bendita Olinka.

En el Cáucaso[67] me acercaba a menudo al borde de un precipicio y sentía cómo crecía en mí ese deseo de lanzarme al vacío. No buscaba la muerte, era feliz, pero una poderosa fuerza me impulsaba a dar ese paso mortal. ¿Hasta qué grado tenía que estar seguro de esa parte de mí mismo para no

cometer esa locura? ¿De dónde, de qué parte de mí, surge ese deseo de matarme sin razón alguna? Tal vez la mirada ante el abismo es tan magnífica y la sensación de la caída libre tan apasionante, que en ese momento otra parte de mí se olvidaría de lo inevitable de la muerte ante la belleza sin par de la naturaleza. Ese deseo irresistible de arrojarme no era un deseo de morir, sino de olvidarme de la muerte.

Cualquier paso irreversible que uno da en la vida despierta miedo, y el temor es más fuerte cuando lo que va uno a hacer no es muy común. Mi miedo al matrimonio se mitigaba por la costumbre generalizada de que debe uno casarse al llegar a determinada edad. Si en la sociedad existiera la costumbre de lanzarse al abismo, yo superaría ese miedo con menor dificultad que el matrimonio. A menudo sueño que voy a acercarme al borde del precipicio, y corriendo me arrojo sin ningún miedo. La sensación del vuelo es tan intensa, que despierto con el sentimiento de no haberla experimentado en su totalidad.

A veces mi atracción hacia el abismo es tan poderosa que me fuerza inmediatamente a alejarme. Estando al filo del precipicio, la fascinación crece con tal fuerza que si permaneces por mucho tiempo acabará arrastrándote.

Algo parecido siento al ver una vagina. Puedo admirarla todo el tiempo que quiera pero terminaré irremediablemente dentro de ella y ahí mi deseo encontrará su muerte. Pero antes de morir experimento el regocijo del vuelo. La diferencia es que en la caída libre hacia el vacío el «vuelo» es sin ningún movimiento de «adelante-atrás», mientras que el «vuelo» sexual permite al deseo morir y renacer, en vez de morir del todo.

Un cuerpo que cae en la profundidad de un abismo verdadero se destroza, mientas que el alma resucita. ¿De veras resucita? Temo a la muerte por estas dudas que me queman y no quiero precipitarme.

Las dudas sobre el resurgimiento del deseo pasada la pasión sexual, ¿me contendrían de correr hacia una mujer? Durante los años de estudiante en el Liceo, mi amiga N. se resistía con todas sus fuerzas a mis ataques impetuosos. Ahora recuerdo que me decía que después de hacer el amor perderíamos todo el interés de seguir haciéndolo. Pero mi fuerza de la

atracción por el sexo ha sido tan grande que por él sacrificaría no sólo el futuro, sino la vida misma.

La astucia de la especie consiste en que de esta imprudencia depende la prolongación de la vida en la Tierra. La imprudencia del deseo de arrojarse al abismo también debe de tener su «astucia», oculta en el interior de la palabra «muerte». La vida debería revivir en nosotros después de la muerte, al igual que el deseo se renueva después de hacer el amor.

Al arrojarte al abismo, vives contados instantes durante los cuales estás a la voluntad de Dios, caes bajo su poder, libre de la gente y de sus leyes. Son instantes en que te encuentras cara a cara con Dios. Y nada puede detener tu aproximación a la verdad.

Es igual que al hacer el amor: encuentras una gran libertad y desaparecen todas las reglas, leyes y costumbres mundanas, ante el advenimiento de la verdad del placer. La diferencia consiste en los sentimientos iniciales: una gran atracción hacia el sexo, y un espanto, simultáneamente seductor y repulsivo, hacia el abismo. Aunque la diferencia no es tan drástica si se recuerda el miedo a la primera relación y el conflicto al tomar conciencia de haber cometido un pecado. Pese a estas prohibiciones, para quienes como yo se preparan de antemano al encuentro sexual y aprenden a masturbarse cada día, para quienes toman cada palabra relacionada con el sexo como un mandato de Dios, la primera relación se vive asimilada a un sentimiento de justicia, que hace que el miedo se suprima y desaparezca.

Los estoicos practicaron lo mismo, al prepararse para la muerte, afirmando que filosofar significaba aprender a morir. Las constantes reflexiones sobre la muerte los llevaron a enamorarse de ésta como de una salvadora. Estaban listos a morir en cualquier momento. La llamaban y la aceptaban con toda serenidad. Situación incomprensible para un mortal común y corriente. Sin embargo, su sensibilidad se relacionaba con su miedo a la muerte, y sospecho que al mismo tiempo no podían evitar una admiración prohibida por el gozo anticipado de la muerte. Y así, de nuevo, se veían atrapados por sus propios pensamientos.

Para resumir, quiero afirmar que nunca me precipitaré desde lo alto de una montaña, mientras el abismo del sexo se abra ante mí. El amor es la

muerte en vida. La falta de sexo es la ausencia de muerte la vida, que conduce a la búsqueda de una muerte verdadera. Un hombre no sólo vive sino que muere y resucita, como las hojas de un árbol. Si no lo logra con la ayuda de la «muerte en vida», Dios lo obliga a morir en realidad.

La vida nos permite comprender por diferentes medios que la muerte no sólo no debe atemorizarnos, sino parecemos agradable. ¿Acaso nuestro sueño no es un arquetipo de la muerte misma, que nos otorga el más largo olvido de la vida? No tenemos miedo al olvido total, por el contrario: lo deseamos porque nos trae paz y tranquilidad.

Asimismo, una relación sexual nos insinúa cuan agradable podría ser la muerte, pero no le prestamos mucha atención. Si pudiéramos morir dos veces, la segunda vez ya no tendríamos miedo. Es como una virgen que teme a la primera relación pero, al obtener placer, ya no teme la siguiente ocasión. La va a desear y la va a seguir anhelando, sin prestarle importancia al dolor inicial, cuando lo compara con el placer logrado.

Por eso morimos sólo una vez, para que al conocer su encanto no nos dé por preferirla a la propia vida. Por ello Dios no podría mantenernos vivos, como no pudo mantenernos inocentes, porque si fuera así, viviríamos permanentemente intentando el suicidio. El sexo nos fue concedido como sustitución de no poder morir múltiples veces. Al descansar un poco de la dulce muerte, nos precipitamos para sentirla una y otra vez.

Hay gente dominada por la idea de la muerte. La considera hermosa y espera que cuanto más pronto llegue, mejor será. Ésos son los que intentan suicidarse y se someten constantemente al peligro. En mí no hay un claro deseo de morir, aunque me comporto de tal modo, como si llamara a la muerte a cada instante y la provocara con todas mis fuerzas. Hay gente que busca abiertamente la muerte: los salvan de ahorcarse, les quitan la pistola de las manos; pero aunque sus seres queridos se preocupen por ellos, al fin y al cabo logran su cometido y por su propia mano se mandan al otro mundo. Para esto se necesita valentía y un carácter muy fuerte del que yo carezco. Prefiero obligar a que D'Anthés haga ese trabajo sucio. Tal vez si hubiera matado antes a alguien, sería más fácil ahora acabar no sólo con él, sino conmigo mismo.

Agradezcamos a la Providencia que no nos ha permitido saber cuál será el último día de nuestra vida. El conocimiento de ello haría de ésta una sentencia de muerte con una fecha definida: nos perseguirían sufrimientos insoportables, que aumentarían día con día, minuto a minuto, segundo a segundo. En cambio, podemos estar serenos y ser felices porque nuestro último día nos es desconocido. Si supiera la fecha de mi muerte, podría decir con certeza: hoy estoy jugando a *shtoss*[68] por última vez en mi vida, o éste es el último verso que escribo o mañana va a el último encuentro con mis amigos, y no habrá lugar para «una vez más».

Al casarme, juré fidelidad a mi esposa. Le juré a Nataly que sería *mi última mujer*, como si hubiera muerto para las otras mujeres.

Es aterrador pensar, al mirar mis manos, mis piernas, mi pene, que después de un día determinado todo mi cuerpo estará inerte y se irá pudriendo. Y que de las manos y las piernas quedarán con suerte los huesos; qué desolación que mi pene, que ha sido esencia y fundamento de mi vida, desaparezca sin dejar rastro alguno.

Me veo muriendo, mirando por última vez mis libros, mi cama, los árboles, el sol; ¡qué infortunio saber que al morir no volveré a verlos! Lo mismo sentí un mes después del matrimonio, al ver a otras mujeres a mi alrededor, pero sobreviví. Como escribió B.[69]: «Sí, di mi palabra, pero no estaba en mi poder». La costumbre nos obliga a jurar sobre lo que nunca hemos conocido y de lo que no somos conscientes.

Bueno, ¿cómo podía jurar fidelidad eterna, si no sabía lo que era ser fiel una semana? La costumbre se aprovecha de nuestra ignorancia y nos hace prestar un juramento del que más tarde nos arrepentiremos. Los juramentos de amor eterno son testimonio de la fuerza del amor presente, pero de ningún modo puede garantizarse éste en el futuro.

Ahora, cuando ya es demasiado tarde e irreversible, acepto una verdad que, por la precipitación, no había tomado en cuenta: si la esposa es la última mujer escogida voluntariamente por mí, entonces debería ser extraordinariamente dulce. En vísperas de la muerte no se puede predecir

un futuro que no hay, así que tengo que aferrarme al hecho de que mi querida esposa *sea* la última, ¡ya que no habrá ninguna más!

Me doy cuenta de mis errores, pero nunca he sabido cómo corregirlos. Esto sólo confirma que podemos predecir nuestro destino, pero no somos capaces de cambiarlo. El descubrimiento de los propios errores cometidos es el descubrimiento del destino y la imposibilidad de corregirlos es el poder del destino. Reconocer los errores es un castigo muy severo pues sería mucho más fácil considerarse a uno mismo justo, y culpar de todo a los demás e intentar acabar con ellos, consolándose con la ilusión de la victoria sobre el destino. Pero incluso esa dicha me ha sido negada.

Me encanta esta ira que surge en mí por cualquier motivo, hasta el más insignificante. Me otorga la voluntad de estar listo para el crimen. Esta voluntad es aterrorizante, pero afortunadamente desaparece rápido. Si no estuviera atado a las leyes del honor, llevaría siempre una pistola conmigo y dispararía a cualquier ofensor.

Últimamente Nataly me enfurece. Veo en ella la causa principal de mi intolerable vida. Se casó conmigo sin amor, sin deseo, únicamente para liberarse de las bofetadas de su madre. Si me hubiera querido y hubiese sabido conservar su pasión ardiente, no sé, tal vez yo no andaría con otras mujeres cortejando y vagabundeando. Para colmo, ahora mi propia esposa me deshonra ante la sociedad. No por su infidelidad, sino por su estulticia. Su estupidez siempre me ha hecho perder el equilibrio emocional, y ahora la encuentro simplemente insoportable. A veces su bella y tonta cara me

resulta tan detestable que no sé a quién matar primero: si a D'Anthés o a ella.

Una coqueta tiene la mente sucia. Una muchacha inocente no podría resistir una pasión, simplemente porque no sabe qué es y no puede imaginar las consecuencias. Solamente la mujer que conoce la fuerza de la pasión tanto en el hombre como en ella es capaz de coquetear, dándose cuenta de lo difícil que le será detenerse cuando un hombre la toque.

Al mirar a mi *madonna*, se despiertan en mí dos deseos, dos sentimientos encontrados: rezar por su fidelidad y al mismo tiempo maldecirla por ella. Su fidelidad es un eterno reproche a mi libertinaje, una herida que nunca cicatriza, viejas llagas que ella intenta reavivar. Estoy seguro de que si yo no la hubiera traicionado, ella me hubiera traicionado a mí.

Para vengarme de D'Anthés y al mismo tiempo burlarme de él, le hice el amor a su amante, pero él la había contagiado de gonorrea y, a su vez, yo contagié a Nataly. Entonces resulta que D'Anthés, sin haber hecho el amor con mi esposa, tocó su sexo a través de mí. Afortunadamente, en ese tiempo Nataly tuvo un resfriado muy fuerte y la convencí de que tomara unos baños con una medicina que me habían dado a mí, garantizándole que la aliviaría muy rápido. Por las noches le puse una pomada en la vagina, diciéndole que era para que mi pene se deslizara mejor. Así la curé sin que se diera cuenta, pero Aza, al encontrar la crema, descubrió casualmente el secreto y se armó un escándalo. Fue una fisura irreparable.

Estas notas que ahora escribo no me atrevería a mostrárselas a ninguno de mis amigos, ni siquiera a Naschokin, porque ni el mejor amigo es capaz de aceptar y entender mi alma abierta por completo. Yo mismo no me atrevo a releer lo escrito: ese miedo ante mis propios abismos es demasiado fuerte. He tenido el impulso de arrojar al fuego todo esto. Pero esa cobardía la tuve hace años cuando quemé unos manuscritos. En aquel entonces temía al presidio, a los trabajos forzados[70] en Siberia; ahora le temo a Dios, quien ya ha mandado a un ángel o a un demonio para castigarme en la persona de D'Anthés: porque así es él, bello como un ángel y astuto como un demonio. Ya empiezo a divagar. Al tocar cualquier tema siempre regreso a D'Anthés.

La vejez es un regreso a la infancia. La muerte es un regreso al nacimiento: a la vagina. Es decir, a la vagina de la tumba…

Qué me importa lo que N. tenga en su mente o en su alma, siempre y cuando me abra sus piernas.

Al dar el primer paso hacia la infidelidad, me coloqué en el camino tortuoso donde cualquier paso posterior, por más honesto que fuera, me habría llevado al camino del abismo. Debido a mi temperamento no sé contenerme y estoy llevando todo al extremo: a la autodestrucción.

En la sociedad se considera de mal gusto hablar de un embarazo que se inicia, porque está demasiado cerca del acto carnal. Un vientre creciente desvía la atención a su contenido, y aleja así de las mentes toda forma de deseo.

Cuando la vagina está en el éxtasis de la lubricidad, late al igual que el corazón.

Acabo de recibir otra carta anónima donde se me informa que el viejo Hekkeren está preparando la huida de D'Anthés al extranjero junto con Ekaterina, Nataly y mis hijos. Además me dicen que el emperador ya lo sabe todo y prometió no poner obstáculos para salvar a la pobre de Nataly de su «marido loco». Le mostré la carta a Nataly; se puso de rodillas, comenzó a llorar y me pidió disculpas, jurándome que todavía no había dado una respuesta definitiva. Mandé la carta a Hekkeren, obligando a su hijo adoptivo —a D'Anthés— a que me desafiara a duelo, para vengar a su padre.

El duelo será mañana. Es probable que copias de esa carta anónima hayan sido enviadas a otra gente. Ahora, después del diploma[71], sienten lástima por mí y no me lo cuentan todo. Pero siento miradas en la nuca y murmullos a mis espaldas.

Leí la carta a Aza, en estos momentos es la persona más cercana a mí, quien me pregunta si no me he olvidado de tirar al blanco; y me suplica que vaya a practicar de inmediato. Estoy seguro de que si me hubiera casado con ella, mi vida habría sido totalmente otra, y mucho mejor…

Cómo me gustaría matar a D'Anthés e ir a su entierro sólo para ver a Hekkeren y reírme en su cara…

Todo el día de hoy estuve con Zizi[72]. No quise ver a Nataly. Mi indiferencia hacia ella debilitaría mi decisión de batirme con D'Anthés. Me estoy jugando la vida para salvar la honra familiar y con este matrimonio pletórico de preocupaciones y carente de alegrías. Me estoy jugando la vida por eso y no por las libres pasiones a las cuales he dedicado toda mi existencia. Al principio Zizi no quiso ceder. Tuve que hablarle de mi próximo duelo. Corté parte del vello de su pubis para llevarlo conmigo e inhalar su aroma en el trayecto para recordar así nuestras noches en Trigorskoye[73]. Cuando tuve mi último orgasmo, cada explosión de semen me pareció un disparo[74].

Alexander Sergéyevich Pushkin, considerado unánimemente como el padre de la literatura rusa moderna, nació en Moscú en 1799 en el seno de una familia de la antigua aristocracia (si bien tenía un bisabuelo negro, de lo que se enorgullecía) y, como era habitual para la clase a la que pertenecía, recibió una educación basada principalmente en la cultura francesa. Compuso sus primeros versos durante los años en el Liceo Imperial y, con sólo quince años, vio publicados sus poemas en la revista Vestnik Evropy. Al completar sus estudios, encontró trabajo en San Petersburgo donde dio rienda suelta a sus dos intereses principales: las mujeres y la literatura. Como consecuencia de la participación en unos salones literarios progresistas y de la publicación de poemas considerados ideológicamente peligrosos para el imperio, fue obligado a exiliarse en Yekaterinoslaf y en Odesa. Durante el exilio compuso varias obras, entre las cuales *El prisionero del Cáucaso*, de claro estilo byroniano, y empezó la redacción de *Eugenio Onegin* que completó sólo a su vuelta a San Petersburgo (1830) donde el zar Nicolás I lo acogió bajo su protección. Poeta consagrado,

mujeriego desenfrenado, endeudado crónico, adicto al juego, odiado por la aristocracia a la que pertenecía por nacimiento pero no por ideología, Pushkin, en 1831, contrajo matrimonio con la bellísima Natalia Goncharova que fue la causa indirecta de su muerte cuando, en 1837, retó a duelo a D'Anthès, un militar francés que asediaba a su mujer, y que lo dejó mortalmente herido. Pushkin abrió el camino de la que sería la gran literatura rusa de los siglos XIX y XX.

Notas

[1] D'Anthés, G. S. (1812-1895), adversario de Pushkin, al que hirió fatalmente en el duelo del 27 de enero de 1837. D'Anthés dejó Francia y llegó a Rusia en 1833, convirtiéndose en oficial de una de las prestigiosas divisiones del ejército ruso. Se casó con Ekaterina, la cuñada de Pushkin, el 10 de enero de 1837. <<

[2] A. F. Kirhgoff, famosa adivina de origen alemán. Le hizo cuatro predicciones a Pushkin. Todas resultaron ciertas. La última señalaba que podría tener una larga vida a menos que sufriera una desgracia a los 37 años a manos de un hombre alto y rubio. <<

[3] Barkov, Ivan Semyonovich (1712-1768), autor de poemas eróticos nunca publicados en Rusia. <<

[4] Delvigue, poeta ruso (1798-1831), amigo de Pushkin. <<

[5] Nataliya Níckolayevna (1832-1863), la esposa de Pushkin. <<

[6] Estado donde residían los suegros de Pushkin. <<

[7] Nicolai I Pavlovich, zar de Rusia (1796-1855). <<

[8] Goncharova, Ekaterina Nickolayevna (1809-1843), cuñada de Pushkin. En el diario se la cita como Katka, Koko, Katrin y K. <<

[9] Lugar donde estaba el Liceo en el que estudió Pushkin. <<

[10] Pushkina, Olga Sergeyevna (1797-1868), hermana de Pushkin. <<

[11] Olenina, Anna Alexeyevna (1808-1888). Pushkin estuvo profundamente enamorado de ella en 1828. <<

[12] Pushkina, Sofía Fyodorovna (1806-1862), una pariente lejana de Pushkin de quien estuvo enamorado en 1826. <<

[13] Karamzin, Nicolás Mikhailovich (1766-1826), escritor e historiador. <<

[14] Este comentario nos hace pensar que con Z. Pushkin se refería a su amante Zakrevskaya, Agrafena Fyodorovna (1799-1879). En su carta del primero de septiembre de 1828 a Viazemsky, P. A., Pushkin escribe que «… me ascendió a su procurador de hombres (a lo cual siempre estuve inclinado…)». <<

[15] Nevsky Prospekt, una avenida principal de San Petersburgo. <<

[16] Markevich, N. A. (1804-1860), escribió en sus memorias que Pushkin, cuando era estudiante en el Liceo, el colegio para los hijos de la aristocracia rusa, hizo una apuesta con sus amigos a que aparecería una mañana con las nalgas desnudas frente a Palacio. La vieja emperatriz lo vio, lo mandó llamar y lo reprendió fuertemente, pero no lo comentó con nadie. <<

[17] Naschokin, Pavel Voinovich (1800-1854), un amigo cercano a Pushkin que vivía en Moscú. <<

[18] (?) Olga Andreyevna, Naschokin, amante gitana que vivió con él. <<

[19] Como se indicó anteriormente, es una localidad próxima a San Petersburgo en donde se encuentran el palacio de verano del zar y el Liceo. <<

[20] Donde estudió Pushkin. <<

[21] Los antepasados de Pushkin por la línea paterna procedían de Etiopía. <<

[22] Pushkina, María Alexandrovna (1832-1919), hija de Pushkin. <<

[23] La *madame* de un famoso burdel de San Petersburgo. <<

[24] Muy probablemente Pushkin se refería a su poema *El Zar Nikitay* donde cuarenta bellezas nacen sin genitales. <<

[25] Viazemsky, Petr Andreyevich (1792-1878), famoso poeta, crítico literario e íntimo amigo de Pushkin. <<

[26] La cuñada de Pushkin. <<

[27] Wolf, Ana Nickolayevna (1799-1857). <<

[28] Khlustin, Semyon Semyonovich (1810-1844), amigo de Nataly. <<

[29] Goncharova, Alexandra Nickolayevna (1811-1891), cuñada de Pushkin.
<<

[30] Barón van Hekkeren de Bevervard (1791-1884), en ese entonces embajador de Holanda en San Petersburgo y padre adoptivo de D'Anthés. <<

[31] Rosset, Arkadi Osipovich (1812-1881). <<

[32] Pushkin, Alexander Alexandrovich (1833-1914), hijo de Pushkin. <<

[33] Pushkin, Grigori Alexandrovich (1835-1905), hijo de Pushkin. <<

[34] Pushkin, Natalia Alexandrovna (1836-1913), hija de Pushkin. <<

[35] Bezobrazov, Sergei Dimitriyevich (1801-1879), conforme a ciertos rumores, le dio un cachete a Nicolás I, quien en venganza aprovechó su derecho de pernada: pasar la primera noche con la esposa de Bezobrazov. <<

[36] El pánico era para los griegos el temor a las fuerzas de la Naturaleza. <<

[37] En 1833 Pushkin viajó a Siberia para obtener información para sus estudios históricos. <<

[38] Pueblo cercano a Moscú, con una propiedad de la familia de Pushkin y en donde le gustaba llevar a cabo su trabajo literario. <<

[39] Kern, Ana Petrovna (1800-1879), amante y vecina de Pushkin. Una mujer muy bella a quien le dedicó uno de sus más famosos poemas. <<

[40] Wolf, Ana Nickolayevna (1799-1857). <<

[41] Rodzianko, Arkadi Gavrilovich (1793-1846), poeta y el amante de Anette. <<

[42] En varias ocasiones Pushkin trató de obtener permiso gubernamental para viajar al extranjero. Desilusionado por tantos rechazos, trató incluso de viajar de forma ilegal, pero todos sus planes fracasaron. <<

[43] *Sovremennik (Contemporáneo),* la revista literaria del propio Pushkin. <<

[44] Viazemsky, famoso poeta ruso. <<

[45] Catalina II (1762-1796), emperatriz de Rusia. <<

[46] Myatlev, Ivan Petrovich (1796-1844), poeta ruso. <<

[47] Goncharov, Dimitri Nickolayevich (1808-1859), cuñado de Pushkin. <<

[48] Golitsin, V. S. (1794-1861), rico conde ruso. <<

[49] Una criada de la casa de Pushkin. <<

[50] Kurakin, Alexei, un comerciante. <<

[51] Poletika, Idalia Grigoryevna, dama de la alta sociedad. <<

[52] De acuerdo con las memorias, D'Anthés insistió e Idalia Poletilta invitó a Nataly Pushkin a su departamento y los dejó solos, aunque D'Anthés se desilusionó, pues esperaba a N. P. en su lugar. <<

[53] Pushkin, Lev Sergeyevich (1805-1852), hermano de Pushkin. <<

[54] El cementerio en donde la madre de Pushkin fue enterrada en 1836 y en el cual él fue enterrado un año más tarde. <<

[55] Afirmación que más tarde sostendría Freud, quien nació veinte años después. <<

[56] Mujer de la nacionalidad de los bashkirios, habitantes del norte de Rusia. <<

[57] Pequeño pueblo cercano a Moscú, propiedad de la familia de Pushkin. <<

[58] Personaje de su novela en verso *Eugenio Oneguin*. <<

[59] Antigua unidad de medida rusa que equivale aproximadamente a 4,45 centímetros. <<

[60] Observación similar a la que haría muchos años después Sigmund Freud cuando afirmó: «Cuando dos hacen el amor, al menos hay tres en la cama». <<

[61] Muraviov, Andrei Nickolayevich (1806-1874), escritor. <<

[62] Turchaninova, Ana Alexandrovna (1774-1848); la condesa era escritora y mesmerista. <<

[63] Durova, Nadezhda Andreyevna (1783-1866), una mujer de modales masculinos y que se vestía como hombre. Peleó en el ejército ruso en las guerras de 1807 y 1811-1812. Autora de unas memorias, uno de cuyos capítulos se publicó en la revista *Sovremennik* de Pushkin. <<

[64] Sazonov, Konstantin (1796-¿?), conserje en el Liceo donde estudió Pushkin. <<

[65] Lensky es un personaje de la novela de Pushkin *Eugenio Oneguin*; muere en un duelo. <<

[66] Smirnova, Sofía Mikhailovna (1809-1835), una mujer jorobada, conocida de Pushkin. <<

[67] Zona de montañas al sur de Rusia. <<

[68] Juego de cartas. <<

[69] Poema escrito por Baratinsky, Evgeniy Abramovich (1800-1844), amigo de Pushkin. <<

[70] En 1825, unos ciudadanos se rebelaron en contra de la monarquía. A este grupo se le llamó los «Decembristas» y Pushkin era amigo de varios de ellos. Como su rebelión fracasó, fueron severamente castigados y Pushkin temió ser acusado de haber tomado parte en la revuelta. <<

[71] El 4 de noviembre de 1836, Pushkin y varios amigos recibieron nn diploma anónimo en el cual se anunciaba que Pushkin había sido electo historiógrafo de una sociedad rusa de cornudos. <<

[72] Se refiere a Wolfi E. Nickolayevna (1809-1883). <<

[73] Localidad donde vivía la familia de Zizi, cercana al pueblo de la familia de Pushkin y donde era frecuentemente recibido como invitado. <<

[74] Pushkin fue herido de muerte en el estómago por D'Anthés, quien disparó primero. Pushkin logró disparar posteriormente, pero la bala no penetró en el cuerpo de D'Anthés, pues la detuvo uno de los botones de metal del uniforme y salvó la vida. Surgieron rumores en el sentido de que el Zar mandó a miembros de su seguridad a parar el duelo, pero a propósito fueron enviados a un lugar distante de donde tuvo lugar el duelo. Después de la muerte de Pushkin, D'Anthés fue degradado y expulsado de Rusia. Se fue con su esposa a Francia en donde vivieron de forma permanente. Nataly estuvo de luto por Pushkin a lo largo de dos años, justamente como él lo predijo en su diario, y se volvió a casar en 1844. <<